



LEONOR ALMENDROS



MI PUEBLO Y MIS RAÍCES



Recuerdos de Cástaras

MI PUEBLO Y MIS RAÍCES

Leonor Almendros

MI PUEBLO Y MIS RAÍCES



Recuerdos de Cástaras

2020

© Herederos de Leonor Almendros Rodríguez.

Edición especial digital para la web
Recuerdos de Cástaras (www.castaras.net),

recuerdos.castaras@gmail.com,
por cortesía de Ángel Juárez Almendros.

Junio de 2020.

Diseño y maquetación: Jorge García.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin la autorización de los titulares del *copyright*.

*Recuerdos de una vida envueltos en jirones
de amor y de dolor;
alud de evocaciones manando a borbotones
del alma de Leonor.*

PRESENTACION

El pasado mes de abril, un virus oriundo de China ponía fin a la fecunda y dilatada existencia de Leonor Almendros Rodríguez, castareña del Barrimedio de arriba, nacida en 1925, que se crio y vivió en Cástaras hasta mediados del siglo XX.

Cuarta hija y sexto y último fruto del matrimonio formado por María Rodríguez y José Almendros, casados en 1908, Leonor creció en un hogar de labradores típico de la Alpujarra. Labradores: herederos de aquellos hombres que dieron vida a nuestra tierra en el siglo XVI tras la devastadora guerra de los moriscos. Labradores, en el sentido más sobrio de la palabra, es decir, pequeños hacendados que cultivan sus tierras por cuenta y medios propios, a veces con la colaboración de otros paisanos que se ayudaban mutuamente mediante la multisecular figura solidaria del tornapeón. Y también artesanos, porque José ejercía ocasionalmente de albañil, oficio aprendido en lejanas tierras de ultramar, y María, como acreditada modista entre sus paisanas, contribuía a la economía familiar confeccionado vestidos y con otras labores afines, actividad de la que fueron continuadoras sus hijas en el mismo pueblo y en otras latitudes, con tal notoriedad que sus servicios se demandaron en palacios e iglesias para vestir a reinas y a vírgenes.

Leonor recibió educación primaria en la escuela unitaria de niñas de Cástaras, donde se seguía el plan de estudios establecido por reforma educativa de corte liberal, influenciada

por los ideales krausistas de la Institución Libre de Enseñanza, llevada a cabo por el conde de Romanones en 1902, y que estaba a cargo de doña Isabel, maestra que formó a varias generaciones de castareñas desde 1926 hasta 1961.

Pero Leonor asistió poco tiempo a aquella escuela, ni siquiera llegó a completar los tres grados en que se dividía la educación primaria de entonces, y su formación escolar quedaría truncada cuando iba a cumplir once años, por la huida de la maestra a la zona nacional al comienzo de la guerra civil. Empero, continuaría recibiendo el influjo cultural acrisolado en el hogar familiar a lo largo de generaciones, especialmente a través de su hermana María, mujer inteligente, culta, autodidacta, muy habilidosa y de buen gusto, que fue nombrada maestra provisional por el Comité de Defensa de Cástaras para ejercer en el pueblo durante la guerra civil. El influjo de una cultura recia, depurada en el terruño patrio y transmitida de padres a hijos, una y otra vez, a lo largo de centurias. Una cultura rural, pero muy digna, que hoy añoramos desde las adocenadas urbes del orbe encanallado.

A Leonor le tocó vivir una época en la que sus coterráneos andaban empeñados en negarse la convivencia. Y bien caro que lo pagaría, porque las actividades políticas de su padre, que fue alcalde de Cástaras en los convulsos años de la II República, así como promotor de centros político-sociales locales y de otras actividades de signo izquierdista, según información de la propia Leonor que no hemos podido contrastar documentalmente a pesar de haberlo intentado por todos los medios a nuestro alcance, fueron causa de persecución, represalias y acoso para toda la familia, por parte de las autoridades del bando triunfador, al término de la contienda.

El tránsito de la pubertad a la adolescencia y plena juventud de Leonor coincidió precisamente con el final de la guerra y con los grisáceos tiempos de posguerra. Los años más felices de su vida, en los que despertó su primer amor, precisamente con un guardia civil que llegó destinado a Cástaras en el marco de la represión de la guerrilla antifranquista, origen de la mayor tragedia acaecida en el lugar desde la guerra de los moriscos, que costaría la vida a varios castañeros, y que, para Leonor, sería motivo indirecto de un trágico desengaño amoroso con la pérdida del amor de su vida, como ella misma cuenta con amargura en un capítulo del libro.

Algún tiempo después, ya cicatrizadas sus heridas del alma tras varios años de abatimiento, contrajo matrimonio y abandonó Cástaras definitivamente para continuar su agri-dulce peregrinar por otros lugares: primero en Granada, donde engendró y formó a una numerosa familia de ocho hijos y tres más nacidos del anterior matrimonio de su marido, y luego en Tarragona y en Barcelona.

Llegada a la madurez y tras haber criado a sus hijos, con tan colmado bagaje de vida, despertó en Leonor la vocación literaria que anidaba en ella desde sus días de escuela y escribió una obra autobiográfica que con absoluto acierto titularía *Una vida con espinas*. No quedó ahí su afición, sino que continuó con una rica y variada producción literaria que abarca desde la poesía (*Vida y amor; Gaviota en vuelo; La sombra del destino; Sabor a vida; Mis pensamientos románticos*) hasta la novela (*Marinera; Una gata en celo*), pasando por el relato (*Mi viaje a California*) o el cuento (*Cuentos basados en mis sueños; El fantasma viajero*), así como la colaboración en revistas (*Memorandum*) y grupos literarios en el ámbito de Tarragona y Barcelona, ciudad

esta última en la que fundó una tertulia para divulgar poesía y literatura por casas regionales y centros de jubilados.

No podía Leonor dejar de lado los recuerdos de la tierra natal y de su familia, las historias aprendidas a la luz del candil, junto a la lumbre, o al calor del brasero, en la mesa camilla. Y así surgió esta obra que presentamos ahora: *Mi pueblo y mis raíces*, «una historia real» en la que con un estilo sencillo, amigable, muy vivo, nítido, peculiar, de vez en cuando naïf y por momentos poético, Leonor va desgranando una simpática y a veces desconcertante mezcolanza que parece brotar a borbotones de su corazón. El resultado: un cuaderno de notas en bruto, tal y como salió de su pluma, sin estudiados retoques ni cambios artificiosos. Contiene recuerdos e impresiones de los gozosos momentos de infancia y juventud, de las dolorosas circunstancias de la guerra civil y la posguerra, de las historias, fantasías y leyendas de la saga familiar, de costumbres y tradiciones castareñas, de entrañables recuerdos, en fin, como si de un potaje de puñaicos cocido en Cástaras, convertida en colosal olla de remembranzas, se tratara.

El manuscrito está datado en 1983 en Barcelona, a donde Leonor se había trasladado para acercarse a su hija menor, necesitada de especiales atenciones y de mucho cariño, y se realizó una edición, casi menestral, allí en la Ciudad Condal, con depósito legal de 2003.

Personalmente no he conocido a Leonor. Cuando nació ella ya no vivía en Cástaras. En el verano de 2005, mientras preparábamos la edición del libro *Cástaras, misterio entre aguas y piedra*, de mi tío Nicolás García Mezcuca, una vieja amiga de infancia me habló de *Mi pueblo y mis raíces* y de la propia autora. Desde entonces no paré hasta conseguir un ejemplar del libro, que Leonor tuvo el detalle de dedicarme

de su puño y letra: «a Jordi con simpatía» y que conservo con estima y agrado. Tan solo tuve con ella una larga conversación telefónica, hace ya ocho o nueve años, en la que me proporcionó información de primera mano para una investigación sobre el maquis en Cástaras que aún mantenemos abierta. Guardo un grato recuerdo de aquella charla, en la que nació el afecto que Leonor lograba cosechar sencillamente con su trato cercano y cordial.

Con ese afecto, al lamentar su pérdida, como cariñoso recuerdo y merecido homenaje a su memoria, en *Recuerdos de Cástaras* nos complacemos al editar, presentar y entregar esta obra, nacida del corazón de Leonor y amablemente cedida por sus hijos para nuestra web. Parafraseando al poeta panameño Ricardo Miró, diríamos que estamos

*poniendo en nuestras manos recuerdos de una vida
envueltos en jirones de amor y de dolor;
alud de evocaciones, afectos y emociones,
manando a borbotones del alma de Leonor.*

Jorge García García.

Alcalá de Henares, junio de 2020.



Leonor Almendros Rodríguez.



Cástaras, hacia 1920

Mi pueblo, Cástaras:

¡Mi pueblo, Cástaras! Un pueblo en el centro de la Alpujarra Granadina. Un pueblo pequeño pero grandioso.

Es mi pueblo donde toda una generación nació y murió, donde el sol calienta con la fuerza de sus rayos.

Donde el sol es un reloj, donde se ve nacer y morir. ¡Mi pueblo!, donde la gente es sencilla. Donde cruje el oloroso pan caliente blanco y moreno. En el que se comen las migas con torreznos junto al porrón con buen vino.

(Ese es mi pueblo). El que me vio nacer y crecer. El que tiene la belleza de una naturaleza salvaje, donde los ruise-

ñores nos acompañan con sus trinos, en las sombrías alamedas aquellos días calurosos del verano. Donde suenan los regueros de agua con sus tiernos berros, que manan de las fuentes claras.

Es un pequeño pueblo, dividido en tres barriadas con sus calles pendientes y empedradas, con blancas fachadas adornadas de claveles reventones y hermosos geranios en grandes macetones que penden de sus ventanas.

Pueblo pequeño en viviendas, pero grande en su término territorial que empieza en la sierra que linda a Trevélez y termina en la Contraviesa, costa del mar por la parte de Albuñol.

Produce cosechas de sierra y cosecha de costa. En la sierra tiene grandes zonas donde se cosecha centeno, cebada, patatas, habichuelas, trigo y maíz. Fértiles hortalizas, remolacha, nabos; abundantes cerezos, manzanas, castañas, nogales y serbas. Las tierras de la sierra son muy fértiles y abundantes en cereales. Los sembrados están sellados de blancos cortijos, donde los labradores se pasan la vida en tiempo de verano, cuando más trabajo tienen, en sus tierras.

Cuando llega el otoño, que han recogido todas las cosechas del verano y dejan sus trigos sembrados, se bajan al pueblo con los graneros llenos de cosechas del trabajo del verano y unos buenos cerdos para la matanza del invierno.

En invierno se lo pasan en el pueblo, los que tienen rebaños suben cada día a darles de pastar si no tienen un gran corral en el pueblo como algunos de los labradores lo tenían. Los que se quedaban permanentemente en el pueblo, era la gente señorial que sus tierras las tenían arrendadas y vivían de sus rentas.

También se quedaban de forma permanente los que tenían

negocios y los que tenían sus tierras cerca del pueblo, como mis padres.

Los que vivían en los cortijos de la Contraviesa, que eran cortijos muy bien construidos para vivir todo el año, porque son zonas en la parte de la costa, la temperatura les permitía vivir todo el año.

Por eso estas cortijadas de la costa eran grandes caseríos donde tienen iglesia, escuela y negocios, excepto cuando tenían que hacer diligencias en el ayuntamiento, entonces tenían que desplazarse a Cástaras, como pagar la contribución, los entierros y en la fiesta patronal, así como los días festivos, quedando bastante concurrido de cortijeros de la costa.

En días laborables, siempre había en el pueblo cortijeros costeros, bien porque tenían que hacer cosas oficiales o compras, la cosa es que, aunque lejos, tenían que dirigirse allí, pues Cástaras queda en el centro de la sierra y la costa.

Todas las tierras que hay en la vega, alrededor del pueblo y para la parte de la costa, son cosas propias de costa como olivo, higueras, almendros, árboles frutales de todas las variedades y viñedos.

La vega de Cástaras es rica por las abundantes fuentes que brotan de la tierra, por eso sus cosechas son fértiles, por la abundancia de agua que posee el pueblo.

Cástaras queda en el centro de tres montañas, por eso está hundido como en un valle, es terreno quebrado, tal vez sea la causa de tantos surtidores de agua.

El viento no azota muy fuerte, porque se halla hundido entre las tres montañas.

Desde el pueblo hasta la costa, cuando termina la vega cercana que hay alrededor, comienzan los terrenos de seco.

Toda la parte de la costa, como las zonas de la Contraviesa se componen de viñedo, almendros e higueras. El mejor vino de aquellas Alpujarras, los producen estas zonas de la Contraviesa, donde hay grandes caseríos, con sus grandes bodegones; son los mejores y variados vinos de estos contornos.

Cuando se dobla la Contraviesa se da vista al mar, lindando por la parte de Albuñol.

Albuñol es un pueblo marengo, cabeza de partido, cuando había un juicio de Cástaras, había que ir a Abuñol, pues pertenece a él.

En los cerros de Cástaras y toda la vega, las piedras son calizas, donde había varios hornos, allí hacían cal y yeso. En sus montañas hay hierro, azufre, mercurio y estaño; más rico en minas es el cerro de Mansilla y las montañas del Conjuero.

Mis antepasados se criaron y murieron en el pueblo. Había ramas de familias que pillaban medio pueblo, pues la raza de generaciones se iba propagando y todos quedaban en el lugar, había personas que nacían y hasta morían de viejos allí, toda su vida discurrió entre las cuatro paredes del pueblo.

En otros tiempos, cuando mis primeros antepasados, no había comunicación de unos sitios a otros, porque no existían carreteras ni, por supuesto, coches. Sólo había caminos pedregosos, por donde se transitaba exclusivamente con caballerías.

Cuando se hacía un viaje de lujo, al celebrarse una boda, por ejemplo, que se iba de un pueblo a otro, se estilaban unas

amugas, que son unos palos cruzados a estilo de catre, quedando una cruz de palos muy torneados a cada lado del jinete, que les servía para ir cogidos y en el centro ponían una almohada quedando el asiento confortable y acogedor; encima colocaban una manta con una lujosa colcha, quedando la caballería adornada como si fuera un altar.

Esas vestiduras se le hacían a una caballería para cuando viajaban damas de mucho prestigio, sobre todo cuando se trataba de una boda que había que ir de un pueblo a otro, y si era la novia quien viajaba, más adornos le ponían, como colchas blancas de croché con almohadones adornados con bonitos encajes.

Se formaban grandes cordones de caballerías y gente a pie, formando una gran romería. La fiesta duraba tres o cuatro días, a base de matar buenos corderos, sirviendo abundantes y ricos banquetes. Para las bodas en aquel pueblo, mi pueblo, Cástaras, los buñuelos se hacían en gran abundancia acompañados de buen vino. Pues una boda sin buñuelos era como una misa sin comunión; eran imprescindibles. La gente salía de la fiesta satisfechos y hasta ebrios.

La boda que se celebraba adecuadamente, el refresco como allí le decían, se hacía al salir de la iglesia, en casa de la novia.

Primero se repartían buñuelos y vinos, luego muchos dulce finos y caseros con mucho aguardiente, los convites los hacían llevando bandejas en la mano con dulces bebidas y a cada persona de los invitados les iban poniendo la bandeja para que cogiera lo que quisiera, delante pasaban los dulces y detrás las bebidas. A medio refresco, que ya la gente invitada se empieza a poner alegre, comenzaba la música y el baile. Los instrumentos de música eran laúdes y guitarras.

En aquel pueblo el personal se divertía a lo quinto; cuando había baile, ya fuera de boda o a consecuencia de cualquier otro festejo, bailaban viejos, niños y jóvenes; cada pareja se buscaba de edad similar y hasta el gato de la casa bailaba.

Estas costumbres eran en los años primeros del siglo, hasta mil novecientos y todas estas costumbres de las bodas se hacían en los años veinte y después hasta medio siglo.

Mis raíces, mis antepasados:

Era una familia muy larga y una rama de parte de mi madre, muy señorial.

Mi bisabuelo era un hombre muy inteligente. Se llamaba Francisco Muñoz, se casó con una joven llamada María Camila, eran dos familias de lo más lustroso del pueblo, dos familias muy señoriales. Mi bisabuelo era propietario de tres inmensos cortijos y tierra de viñedos, se juntaron bienes de los dos. Mi bisabuela, María Camila era muy primorosa para sus costuras y trabajos artesanos, en aquellos tiempos, los tejidos los hacían en los hogares, primero hilaban y luego tejían las telas que después vestían con mucho salero. Esto ocurría en los primeros años del siglo dieciocho; cuando mi bisabuela se casó, se estilaban las arcas de madera como armario, para guardar la ropa y la delicada María Camila llevó de ajuar un arca de tres metros de larga por uno de ancha llena de ricas ropas, todas hechas de artesanía, como mantas, colchas, toallas y otras ropas personales, así como de hogar, todo hecho por su madre y ella, el arca no se podía cerrar de llena que la llevó y que aún yo en los años cuarenta, vi algunas ropas todavía, conservadas por mi abuela como toallas blanca hechas de hiladillo, brillosas,

porque parece ser que las hacían de seda de gusanos y con unos primorosos ñecos tejidos a mano, eran un primor, también sábanas y todas las ropas que mi abuela conservaba de sus antepasados, todo iba cosido con un pespunte a mano, tan primoroso que parecía que era de máquina.

Fruto del matrimonio nació mi abuela, también le pusieron de nombre María Camila y otra hermana que se llamó Leonor.

Cuando el matrimonio disfrutaba de la más completa felicidad con sus dos hijas, María Camila y Leonor, mi bisabuela enfermó de un cáncer de estómago, esta enfermedad se la llevó en la flor de la vida, pues sólo contaba treinta y dos años.

Mi bisabuelo Francisco quedó viudo bastante joven con dos niñas que eran dos vástagos sin nudos; en su tiempo de viudedad Francisco se enamoró de la criada que tenía en su casa y la criada le aceptó, volviéndose a casar en segundas nupcias con ella. Las dos niñas crecían rápidamente, ya llegaron a la edad de adolescentes y no aceptaban la madrastra, entre ellas había desavenencias, pero el segundo matrimonio se encontraba muy enamorados, pues ella le cuidaba con gran esmero, pero las hijas, mi abuela y su hermana Leonor sufrían unos grandísimos celos porque aquella mujer y antigua criada se apoderaba del cariño de su padre.

Claro, ellas siempre la habían tenido como criada y al ascender a ama, las niñas que ya estaban crecidas no la aceptaban como madre y llegaron a sufrir porque estaban en contra del segundo casamiento de su padre, pero la vida es así...

La hermana de mi abuela, Leonor, murió con quince años, en aquellos tiempos se moría a cualquier edad.

Mi abuela tenía solo diecisiete años, le salió un hombre para

casarse con ella, pero mi abuela era demasiado joven para casarse y formar un hogar, además era una niña que se había criado con mucha delicadeza y no estaba acostumbrada a lavar ni a hacer otros trabajos domésticos fuertes, pues siempre tuvieron criada y fueron cuidadas como oro en paño. El novio que se le presentó a mi abuela era un richón de las zonas de la Contraviesa, su familia era propietaria de muchos viñedos y poseían un gran cortijo, llamado de los Baquetas. Mi abuela lo aceptó para casarse pues quería independizarse de su madrastra y aunque todavía era tan joven, no le importó y se casó con Ángel Rodríguez; así se llamaba mi abuelo.

Ángel era de una familia de muy buena posición, pero criados en un cortijo, o sea, un caserío porque aquellos cortijos de la Contraviesa son caseríos como barrios y ellos eran los dueños de los caseríos y de esas tierras que a él pertenecían. Mi abuelo Ángel era un hombre con mucha salud, rústico, acostumbrado a la vida sufrida de un cortijo, pero un hombre con una mente muy amplia y un corazón de oro; tenía una condición tan humana que parecía el padre de todos los pobres del pueblo. Era de formación fuerte, muy forzado, tenía gran fama de campeón por sus fuerzas y valentía; además muy formal y leal en todas sus acciones, era una persona querida y respetada por todos, pero eso sí, un poco más rústico que mi abuela, venía de una familia acomodada pero ambientado en un cortijo y de una familia que, aunque tenía sus caseros como le decían ellos, él siempre había vivido en el cortijo y en el ambiente rústico de campo.

En el pueblo tenía demasiados amigos, le gustaba visitar las tabernas y jugar a las cartas.

Tenía una gran bodega y tierras arrendadas, vivía en situación desahogada.

El primer fruto de este matrimonio fueron dos niños y después una niña; cuando vino la epidemia del cólera, mi abuela ya tenía estos tres niños, los dos primeros se le murieron por culpa de esta epidemia y la niña también sufrió esta enfermedad, mas se salvó; en estas circunstancias los médicos les quitaban el agua y morían abrasados, cuando a la niña le dio, los médicos ya habían tomado otra táctica nueva de darle agua a los enfermos y como a la niña le dieron, se salvó de la epidemia.

Esa niña era mi tía Basilisa, la que les había quedado del matrimonio.

Ocho años después de esta epidemia, nació mi madre, en mil ochocientos ochenta y cinco; después otro niño llamado Luis y después otra niña, Laura.

Cuando mi abuelo Ángel se encontraba con su joven familia, a él le dio por ayudar a los necesitados del pueblo, tanto que llegó a pasarse de la raya, pues había veces que llegaba a la casa y el pan que tenían en la mesa para comer se lo daba a la persona que iba a pedirle ayuda.

Otras veces se iba al trabajo y mi abuela le preparaba las alforjas de la merienda para comer en el campo y como ya lo conocían que tanto protegía a los pobres necesitados, acudían al mismo trabajo a pedirle y la comida de las alforjas se la daba integra y les decía: yo voy a la noche a casa y comeré, pero Dios sabe si al que se lo doy no puede ni ahora ni luego.

A la tarde cuando regresaba a casa iba sin comer porque había dado su comida a los pobres.

Mi abuela era una mujer más apretada, le daba coraje que mi abuelo fuera tan espléndido con la gente y siempre le estaba diciendo que se pasaba con la limosna y que daría

lugar a que ellos se iban a ver necesitados, pero él tenía que dar algo, alrededor de él a nadie le faltaría lo más elemental.

Con esta condición de mi abuelo tenían algunas luchas porque eran dos condiciones muy distintas; mi abuelo fue muy espléndido, mi abuela apretada.

Mi abuelo se pervirtió con el juego de las cartas, muy buena persona, pero para él mismo no lo era.

A los cuatro meses de jugarle a mi abuela un cortijo, heredado de sus padres, se enteró ella de que se lo había jugado a las cartas, y lo mismo que perdió el cortijo, herencia de mi abuela, iba perdiendo poco a poco todos los intereses que tenían.

Pues mi abuelo era muy bueno y un hombre listo, pero el vicio de las cartas lo cegó tanto que las tierras que tenía se le quedaron en las imprescindibles para poder vivir.

Mi abuela y él tenían las lógicas desavenencias por el vicio de las cartas. Mi abuelo Ángel pensó hacer un viaje a Orán, que entonces las gentes emigraban a sitios lejanos buscando fortuna, mi abuela se quedó con cuatro niños pequeños, la mayor que era mi tía Basilisa, tenía catorce años.

Fueron unos tiempos duros para mi abuela, pues se había quedado arruinada por el vicio de las cartas de su marido.

Tal vez él se iría a Orán buscando reponer lo perdido, y Dios sabe qué suerte encontraría por esas tierras lejanas, no creo que fueran muy ventajosas, de cualquier forma, se pasó cuatro años en esos mundos de Dios y a mi abuela no le ayudó económicamente ni se interesó por saber de su familia.

Mi abuela se encontraba hundida y arruinada porque sus bienes se los jugó el marido y sola, porque él se fue abandonando a la familia.

La cosa se le puso a ella tan seria que tuvo que ponerse a trabajar en lo que fuera, mi bisabuela, la madre de mi abuelo, la pobre, lloraba amargamente por los nietos que se quedaban abandonados por su madre, un día cogió a mi madre que por entonces tenía cuatro años y la llevó delante de un crucifijo y se la presentaba al Señor llorando amargamente, pidiendo que regresara su hijo para que aquellos seres inocentes no sufrieran su falta.

Una hermana de mi abuelo llamada Matilde que vivía en Albondón, un pueblo de costa cerca de Albuñol y a la vuelta de la Contraviesa, se llevó temporalmente a mi madre con el fin de ayudar a mi abuela, allí, en casa de la tía Matilde estuvo una larga temporada. Mi madre se hallaba muy oprimida en casa de mi tía, no se olvidaba de su madre y de sus hermanos, nadie conseguía alegrarla y cuando se quedaba sola sacaba un pañuelo que se llevó de la casa y lo llenaba de besos acordándose de los suyos y la tía cuando la sorprendía acariciando el pañuelo y diciendo ella sola que lo quería tanto porque se lo compró su madre, la tía indignada le decía que si no valían nada las cosas que ella le había comprado que eran mejores que el pañuelo. La pobre niña, aunque pequeña y a pesar de estar tan a gusto y bien cuidada, no podía olvidarse de los suyos y unos primos que había en casa de la tía, solteros, sacaban a la niña de paseo para distraerla. Aquella niña, como ya he dicho, era mi madre, creo que se criaba muy hermosa, con unos colores en su cara que parecía una muñeca; contaban que tan hermosa y guapa estaba que la tía Matilde cuando las gentes del pueblo aquel se acercaban a acariciar la niña diciendo: ¡Qué prenda de niña! ella se la llevaba temiendo que le podía pasar algo a la chiquilla... que le fueran a echar un mal de ojo. Mi tía Basilisa, con quince años, se quedó con los otros tres

niños.

Mi abuela estaba criando la niña menor, entonces se estilaba mucho trabajar de nodriza y se fue a Albondón a criar un niño de unos señores con el fin de poder alimentar a sus hijos y sacar su casa adelante. Claro que la niña mayor, mi tía Basilisa, fue la que se quedó de madre, la pobre adolescente se quedó en la casa, ella sola al cuidado de sus hermanos, sufrió mucho porque era sensible y lo pagaba con llorar.

La más pequeña, que su madre criaba cuando se fue de nodriza, se le puso enferma y murió. Fue esta una situación dramática.

De la casa donde vivía mi tía con los hermanos pequeños, el vecino más próximo era un tío primo hermano de mi madre, aquel familiar estaba siempre pendiente de aquellas criaturas que se encontraban solas, lejos del padre y de la madre y con pocos haberes.

Cuando mi tía Basilisa se encontraba deprimida, se desahogaba llorando, el tío, vecino de ella acudía a consolarla y a vigilar el estado de los niños que se habían quedado custodiados por una adolescente.

Mi abuela sufría acordándose de sus niños, para poder mantenerlos tuvo que alejarse de su vera... duramente el destino la obligó.

Seguían los niños y la niña adolescente que hacía de madre con la tutela de aquel tío, vecino. Pero las desdichas y desgracias también quisieron visitar la casa de ese buen hombre que velaba por los pequeños temporalmente huérfanos.

Aquel señor era un hombre viudo y sólo tenía un hijo con la carrera de Derecho terminada, había estudiado en diversas ciudades lejanas y se había pasado varios años sin ver a su

padre. Este estuvo en una situación desahogada y con amplia delicadeza y cultura.

La suerte no le protegía, vino a la ruina pues los bienes que tenía se los gastó en los estudios y educación de su hijo, tanto que para que acabara los estudios, siendo ya un hombre con la carrera hecha, llegó a entraparse de tal forma que se vio agotado hasta tal punto que tuvo el valor de suicidarse.

Un día se levantó, limpió su casa, se mudó, cogió la escopeta y se pegó un tiro debajo de la barbilla quedando muerto en el acto.

Tenía algunos parientes que hasta después de morir no se enteraron del estado en que llegó a encontrarse y el hijo, que fue la causa de su ruina tampoco se enteró de nada hasta mucho después del suicidio.

Los niños que vivían a su amparo quedaron totalmente solos.

Mi abuelo Ángel:

Mi abuelo Ángel se pasó cuatro años en Orán, no se supo qué vida fue la suya ni cual fue su trabajo, lo único que hizo fue abandonar a su familia, tal vez ocasionado por el vicio del juego de las cartas.

Cuando más tranquila estaba mi abuela y a la vez enajenada por culpa del marido pues en esos cuatro años no había dado señales de vida.

Recibió una carta de Orán buscando reconciliación. En la carta decía que saliera a Almería y que allí se verían. Él traía

alguna fortuna y ahorro de su trabajo.

Mi abuela, aunque indecisa; marchó a Almería a encontrarse con su marido. Tal vez el citarla allí fuera por evitar el bochorno que le hubiera causado aparecer por el pueblo después de cuatro años de abandono de familia. Quedaron en el sitio que tenía que esperarle.

Mi abuela hizo el viaje en un coche de caballos, sólo viajaba ella como era joven y estaba hermosa, llevaba su cara tapada para no llamar la atención al cochero, con un pañuelo llamado de jervas, eran unos pañuelos que usaban los labradores para trabajar en el campo, éste era rameado en azul y blanco, le tapaba cabeza y cuello, así pasaba sin llamar la atención.

Cuando llegó a Almería, su marido, mi abuelo Ángel, ya la estaba esperando en el lugar que él había fijado.

No fue chica la sorpresa cuando Ángel vio a su esposa tan hermosa y guapetona, el tiempo que mi abuela estuvo trabajando de nodriza la tenían como a una reina, para que diera una leche buena y así criar bien al hijo de aquellos señores. Claro está que cuando a una persona le cuida de una forma tan especial, tiene que notarse en su físico, aunque ella espiritualmente estuviera destrozada, sobre todo por acordarse de sus niños, el buen trato que había recibido se reflejaba en su cuerpo.

Hago referencia a esto porque como mi abuelo sabía en el estado que se quedó, esperaba encontrarla hundida y envejecida, pero fue todo lo contrario, la halló como nunca la había visto de hermosa.

El matrimonio Ángel y María Camila se reconciliaron; desde Almería mandaron llamar a la familia, mi bisabuela se encargó de llevarla hasta mitad de camino, a base de_

caballerías hicieron el viaje.

En Baza esperaban mis abuelos a los niños. Cuando llegaron a la posada donde esperaban los padres, fue un drama.

La mayor que como ya sabéis era mi tía Basilisa tenía diecisiete años, por lo que se ve, quería mucho a su padre y la ausencia de él la notó sobremanera y al reencontrarse con él después de cuatro años de ausencia, tanto espectáculo formó que toda la gente que había en la posada lloró, se puso frenética abrazando a su padre con frases tan enternecedoras que tuvieron los de la posada que ayudarle con un refresco para calmarla.

En estas cosas de desavenencias en los matrimonios los únicos que sufren las consecuencias son los hijos y ella como era la mayor, fue la que más padeció, por eso el encuentro fue alegre y a la vez dramático.

Se quedaron a vivir en Baza, entonces había mucho trabajo en unas minas muy ricas en oro que se acababan de descubrir.

Había un ambiente de trabajo tan amplio que acudían a trabajar de todas partes de España:

Era en los tiempos de la regencia de Alfonso XIII.

En aquellas sierras de Baza, en Almería, abundaban los cortijos con muchos rebaños porque son unas llanuras muy grandes con buenos pastos y la riqueza de aquellas sierras eran los rebaños y cabañas.

Un pastor de aquel lugar soñó tres noches seguidas que cuando se sentaba a comer, donde ponía el pan todo eran filones de oro, así lo soñó tres noches seguidas y en sus sueños siempre se encontraba en el mismo sitio.

Soñaba que era una pradera donde manaba agua por todas

partes y en medio se sentaba él a comer y por todas partes que miraba sólo veía filones de oro. Tanto que el pastor ante aquel misterioso sueño tres noches seguidas, cogió un día un pico y se puso a cavar en el sitio soñado y ocurrió que el sueño era cierto, al picar en aquella pradera des cubrió filones de oro puro.

Lo hizo saber y acudieron otras personas que sabían más que él y se lo compraron por poco menos de nada. Las minas se empezaron a trabajar y como quien las compró fue un inglés, el oro era transportado a Londres según salía de la mina, para su fundición.

Mi abuelo Ángel se puso a trabajar de contratista en esas minas y sacó muchas ventajas de este trabajo.

Como acudía tanta gente forastera, sobre todo gallegos, mi abuela puso un establecimiento de hospedaje y comidas, aunque tenía mucho trabajo sacaban un buen sueldo.

Las niñas iban creciendo en la provincia de Almería, allí en Cúllar de Baza nació otra niña que se llamó Laura, ya eran tres niñas, después vino otro niño, el último de los hijos, llamado Luis.

Mis abuelos estuvieron en la provincia de Almería trece años, donde se criaron los hijos, Basilisa, la mayor, era una jovencita muy formal y seria.

Le seguía María que era mi madre, María tenía el genio y el carácter muy alegre, era simpática y muy distinta a la hermana mayor; Laura y Luis nacieron en la parte de Almería y allí se criaron.

Cuando María, mi madre, se convirtió en una mocita era tan alegre y atractiva que la envidiaban todos.

Entonces se estilaban unos bailes que se llamaban melanzas,

se bailaban sueltos tocando los palillos y cantando coplas al son de las guitarras. Mi madre era una campeona en sus bailes, muy solicitada y muy garbosa bailando.

Su hermana mayor, Basilisa, era menos partidaria de los bailes, tenía un carácter más sereno, a medio baile ya estaba cansada y con ganas de irse a casa, sin embargo, mi madre aguantaba hasta el final.

Mi tía, cuando regresaban a casa discutía con mi madre porque ella no soportaba toda la algarabía y ruidos de la fiesta, a las dos piezas ya quería retirarse a casa.

Eran muy distintas; mi tía ya tenía veintitrés años y quiso ir a pasarse una temporada a Cástaras con el abuelo Francisco quien todavía vivía en el pueblo; en aquel tiempo que estuvo con el abuelo Francisco le salió un pretendiente, el cual era viudo, pero sin hijos y en muy buena posición económica. Ella, mi tía Basilisa, ya era solteroncilla y consintió ese casamiento.

Se casó estando en casa del abuelo, en Cástaras mientras sus padres y familia vivían en la provincia de Almería. Como el viudo tenía su casa propia bien puesta de todo, ahí se quedó viviendo, en Cástaras, su pueblo.

Mis abuelos y mi madre, aún soltera y los demás niños, Laura y Luis que ya se fueron haciendo mayorcitos, siguieron viviendo en Cúllar de Baza.

Estuvieron unos cuantos años más en ese bello pueblo; mi madre se enamoró, tenía dieciséis años y tuvo un novio que fue su verdadero amor, se llamaba Juan Librá, fueron algún tiempo novios para llegarse a querer con todo el amor.

Mi abuelo Ángel seguía sus actividades de trabajo en la sierra de Baza, en las ricas minas de oro que tanto trabajo llegaron a dar a tantos provincianos españoles que por ellas

desfilaron.

Largas temporadas se pasaba mi abuela con sus hijos en la sierra. En aquellos caseríos de cabañas y cerca del trabajo de las minas. La vida de la sierra era distinta, era una vida sana, aquellas gentes de la sierra de Baza eran sencillas pero muy atrasadas, vivían con las ropas del siglo anterior, se tejían las ropas, los refajos de lana y se los teñían de colorines; los hombres vestían pantalón corto y chaqueta corta y ajustada, adornada con hileras de botones como cabezas de ajos y cuando bailaban le danzaban los botones como cascabelles. dando una música parecida.

Aquella atrasada sierra con ese ambiente del trabajo de las minas llegó a tener éxito. Tanto emigrante aumentó el comercio en todos los gremios, esa zona se iba convirtiendo en un paraje de gran ambiente y animación.

En aquellos tiempos ya reinaba Alfonso XIII y se dispuso ir a visitar las minas.

Los mineros y demás vecinos le prepararon un buen recibimiento.

En la fiesta que le hicieron hubo un desfile de la gente, que pasaba ante el rey haciéndole reverencia y descubriéndose; entre ellos iba un pastor vestido con ropas muy antiguas y fue la sorpresa de todos cuando aquel pastor pasaba sin descubrirse y todos le gritaban para que lo hiciera, mas cuando llegó ante el rey se levantó la solapa de la chaqueta y fue sorprendente lo que se presenció, quien se descubrió ante él fue el propio rey. Tenía una condecoración de guerra.

En estas llanuras los serranos se divertían a su manera. Se declaraban a las chicas cantando coplas. Cuando ya se habían relacionado, el novio hablaba con la moza por una pequeña lumbrera que tenían en el terrado de la cabaña y como

el ventanuco era pequeño y se encontraba en el suelo, el novio se tendía en el suelo para poder hablar con la novia y en tiempos de nieve aguantaban la nieve sobre su espalda como los osos.

El novio llamaba a la novia para hablar con ella y siempre la avisaba con una china por la lumbrera. Una noche que el novio llamaba a moza, todas las chinas sonaban sordas y la novia no sentía nada, todas iban a caer en una cesta de huevos que la madre tenía en aquella habitación. Viendo el novio que las chinas no sonaban torció la mano en dirección contraria y fue a dar en un latón formando bastante escándalo, la novia salió con presteza... después de quedar la cesta hecha una tortilla.

Eran costumbres atrasadas en aquellos tiempos, pero ellos se lo pasaban bien.

También celebraban aquellos serranos su fiesta patronal, dedicada a San Nicolás y le gritaban al santo:

Viva San Nicolás
que nos da patatas
y Habichuelas "colorás"

Los trabajos en las minas iban llegando a su fin.

Mi abuelo Ángel decidió bajarse con la familia a Cúllar de Baza y siguieron viviendo algún tiempo allí.

Mi madre, María, estaba en los tiempos mejores de su vida con la frescura y lozanía que dan los años de quince a veinte. Eran los años de más ilusiones, los más maravillosos de su vida.

En aquel pueblo había mucha afición a la guitarra flamenca, con ella pedían una copa de aguardiente clara, hacían hablar a la guitarra.

A mi madre la pretendían muy buenos muchachos, en el baile, cantando se le declaraban y entre las copias del baile había piquerías y desafíos, tanto, que se desafiaban en la calle discutiéndose la chica que amaban, pero todo se desarrollaba a base de coplas.

Aquellos bailes se llamaban mudanzas, estaban muy de moda en mil novecientos dos, se bailaban sueltos con los palillos y al dar la vuelta se cambiaban las parejas, la que quedaba de non porque no encontraba quedaba burlada y todas acudían al dar la vuelta para no quedar suelta También sabía bailar muy bien las Sevillanas y Jotas.

Cantaba de maravilla, cuando yo era pequeña, me acuerdo que cuando cantaba me gustaba escucharla por lo bien que lo hacía.

Los tiempos más bonitos se los pasó mi madre en Cúllar de Baza, en de Almería, por eso aquel sitio le quedó grabado en la mente, nada encontraba tan hermoso como ese sitio almeriense.

Cuando ya mis abuelos decidieron cambiarse a su verdadero pueblo, Cástaras, mi madre se encontraba en otro mundo, pues le parecía que estaba sordo, sin aliciente. Poco a poco asumió las costumbres de su pueblo natal, aunque trabajo le costó adaptarse a ellas, pues era un pueblo totalmente distinto al que ella creció y donde se hizo mujer.

En: aquella época mi bisabuelo Francisco murió, mi abuela heredó de su padre una hermosa casa que fue en la que vivió siempre y tierras que les ayudaron a quedar acomodados.

Mi abuelo Ángel no renunciaba a su vicio de cartas, cuando se vio en el pueblo en situación un poco acomodada, otra vez volvió a jugar a las cartas, aunque menos que cuando era más joven, pero este vicio lo dominaba.

Era un tormento para mi abuela, un hombre con tan buenas cualidades y el vicio del juego lo echaba todo a rodar.

Cuando regresaron a Cástaras, mi tía Laura ya era una adolescente, en poco tiempo llegó a hacerse una guapetona moza morena, con unos grandes ojos negros que, aunque de cuerpo se quedó más baja que mi madre, eran dos hermanas con mucho parecido.

A mi madre le salieron pretendientes para casarse con ella, pero mi madre no tenía ilusión por ninguno, pues en el campo sentimental se encontraba hundida, ya que al hombre al que ella quiso, un obstáculo contrario su voluntad le obligó a dejarlo, quedando muy desilusionada. Muchos se le presentaban, pero no hallaba en ellos ese amor que si encontró en el muchacho que tuvo que dejar.

En Cástaras se divertía y fue tomando amistades, pero en su sentimiento siempre encontraba un vacío. Cuando mi padre pretendió a mi madre lo encontraba tímido y callado, aunque era un hombre de mucha fuerza espiritual, pero, sin embargo, un hombre de pocas palabras.

Pero ella vela que con su recuerdo no iba a vivir siempre, que tenía que decidirse a casarse porque eso era ley de vida. Eligió a mi padre, él era de familia de labradores que tenían muchas tierras, las que ellos labraban con celo; se componía de cuatro hermanas y tres hermanos. Era una familia sencilla y rústica, pero en aquella época era más fuerte económicamente que la de mi madre; mi madre era más refinada y más culta; el estado familiar iba camino de la ruina, pues mi abuelo Ángel no podía dejar el vicio de las cartas. Mi madre cuando vio lo que había y que no estaba en situación de andar con miramientos de familias, decidió casarse con mi padre.

Cuando se habló de casamiento, mi abuela materna lloraba con gran desconsuelo porque hubiera deseado otro chico con una trascendencia de cuna como la suya, pero las cosas son así y se han de aceptar como vienen; hay que nadar a favor de la corriente si no queremos ahogarnos. Se celebró la boda y mis padres decidieron seguir, provisionalmente viviendo en casa de mis abuelos paternos, por una conveniencia familiar. Tenían muchas tierras sembradas y necesitaban mucha mano de hombre porque entonces todos los trabajos del campo se hacían a fuerza de manos de hombre, mi padre era el eje de su casa en el trabajo del campesino, en las faenas agrícolas.

Cuando mi hermano, que cumplía el servicio militar volvió a casa de mi abuelo, mis padres se independizaron y se instalaron en casa propia. En aquellos tiempos cuando se casaba un hijo, los padres hacían un desembolso económico para establecerlos en su vida independiente. Pero es que los hijos trabajaban con los padres, entregándole todo el provecho de su labor. Por eso cuando se casaban los padres tenían la obligación de costearles todos los gastos, dándoles vivienda, tierras y animales para trabajarlas.

Mis abuelos paternos les ayudaron en todo lo necesario, casa, tierras, animales y víveres hasta que recogieran sus cosechas.

El tiempo que mi madre tuvo que vivir con los suegros, aunque lo hacían bien, era una familia rústica, del campo y ella no estaba acostumbrada a otras convivencias diferentes, a pesar de que la miraban de buena manera. Mi madre sufría en silencio las diferentes costumbres de la vida familiar.

Mis abuelos paternos:

Mi abuelo paterno se llamaba Miguel y mi abuela, María; de ellos no puedo contar mucho pues yo nací a los tres meses de morir ella y mi abuelo había muerto unos años antes. Pero sí conocí a mis tíos.

Cuando mis abuelos tenían su casa llena de hijos mayores, era un hogar con mucha animación, pues eran cuatro hermanas y tres hermanos, todos mayores.

En otros tiempos los matrimonios traían todos los hijos que querían venir y aunque se morían tantos niños por la escasez de los adelantos que hay ahora en 1~ Medicina, siempre quedaban grandes familias numerosas.

Las dos hijas mayores de mis abuelos se llamaban María y Leonor, les seguía Isabel y después Encarnación. Y los hijos varones eran: José (mi padre), Miguel y Juan.

Miguel murió con veintidós años, una noche cuando regresaba a casa, de ver a su novia le dieron un palo enorme en el cuello y cabeza, muriendo en el acto a la vuelta de la esquina de su casa. No llegaron a ver quién lo hizo, tal vez rencillas de algún rival por cuestiones de amoríos, nunca se supo quién lo mató.

Isabel, otra hija con poca suerte; tuvo novio, se enamoró locamente de él, pero el novio se portó con ella de una manera cruel, le hizo un hijo, cuando la vio embarazada se fue a Argentina abandonando a mi tía en este estado.

¡Pobre Isabel! sufrió muchísimo, la familia le regañaba tanto por lo ocurrido que enfermó, no se daban cuenta de lo que ella estaba padeciendo por el hombre que quería y le había entregado todo su amor... abandonó a ella y a su hijo marchándose al extranjero y al mismo tiempo la familia la

despreciaba por lo ocurrido, sin darse cuenta que, por apoyar las reglas de la honestidad, entre unos y otros la estaban matando. Pues bien, Isabel sumida en gran dolor y tristeza, murió al dar a luz a su hijo.

A este niño lo tuvo que criar mi abuela al mismo tiempo que criaba al hijo Juan que era el menor, dándoles de mamar a cada uno de un pecho como si fueran dos hermanos gemelos. La hija murió, el nieto ocupó el puesto de su madre.

Pusieron al nieto, de nombre José Antonio, fue otro hijo más para mi abuela. Cuando el padre vino de Argentina se quiso llevar al niño y reconocerlo como padre, el apellido se lo dio, pero este niño siempre lo tuvieron los abuelos, aunque reconocido por su padre.

Las dos hermanas mayores, María y Leonor se marcharon a Brasil en una emigración, el gobierno de Brasil daba toda la tierra virgen que quisieran meter en labor y después de sembrada ya era para quien la labraba. Eran muchas tierras que había vírgenes, la única manera de que llegaran a producir, era dándole los terrenos a quien los trabajara.

Mis tías, que una llevó diez hijos y la otra nueve, tanta tierra labraron que se hicieron bastante ricos; su familia era tan grande que se extendió entre Santos y San Pablo que era donde vivían.

Todos los hermanos de mi padre se fueron casando y mi abuelo Miguel murió, quedando mi abuela María con el hijo menor, Juan.

Juan se hizo un mozo de lo más guapo y simpático entre todos los mozos que había en el pueblo.

Mi tía Laura ya era una mocita y mi tío Juan se enamoró de ella, se enamoraron el uno del otro, pero su amor le era prohibido. Los padres de Laura, o sea mis abuelos Ángel y

María Camila se lo prohibieron terminantemente.

Fue un martirio para los dos jóvenes enamorados, pero esto aumentó su amor.

Laura no era torpe, se había enamorado de un mozo de los más atractivos del pueblo. Era buen bailaror, simpático y muy gracioso, además de alto y guapo. Cuando entraba en el baile, era el más guapo y atractivo de todos. Mi tía Laura, pobre de ella, cuánto sufrió al no dejar que floreciera ese amor espiritual que los dos llevaban en el corazón.

No había ninguna falta entre ellos, sólo que mi madre ya se había casado con su hermano y al ver que las familias no igualaban en categoría; mi madre sufría en muchos conceptos y mis abuelos decían que bastante había con un sarmiento de una cepa y no dos.

Mi madre también iba en contra de esa unión y mi tía le guarda ese resentimiento al oponerse.

Juan se humillaba ante mis abuelos para que les dejaran tener esa relación pues se encontraban muy enamorados él mi tía Laura. Les pasó lo que a Romeo y Julieta, la oposición familiar les impedía su amor.

Un día se bautizó una niña que tuvo mi madre, era mi hermana María, se presentaron dos personas que querían ser las madrinas y mi abuelo para desavenencias dispuso que no lo fuera ni una ni la otra, para evitar disgustos quiso que fuera mi tía Laura y asunto arreglado.

Mi tía, la joven Laura, que se hallaba resentida porque le prohibían su amor querido y que mi madre era una de tantas que no lo aceptaba, vio un escape de venganza, el no querer ser la madrina de la niña.

Llorosa le contestó: las aguas del Bautismo se pegan y que

como es la madrina, así será después la niña. Para que la niña no vaya a salir a mí, enamorándose de una persona que vosotros no la queráis y tenga la misma suerte que yo, tampoco soy la madrina.

El bautizo se convirtió en un lío de desavenencias, las cuales se evitaron cuando mi abuelo Ángel dijo: ahora van a quedar todos parejos, los padrinos vamos a ser los dos abuelos. María y Ángel fueron los padrinos, todas las rencillas terminaron como es natural; Juan era hermano de mi padre y Laura de mi madre, los dos asistieron al bautizo, pero sin poder demostrarse el sentimiento que entre los dos había.

Antiguamente y sobre todo en los pueblos, más se tenía que acatar en la elección del casamiento el gusto y capricho de los familiares. No tenían derecho a elegir ellos mismos a su gusto, si no coincidían con el de la familia, había que sufrirlo. Eran costumbres crueles, no se pensaba en el sentimiento de la pareja, sólo se pensaba en que las familias igualaran en categoría o que tuvieran los mismos ideales que ellos, sin importarle la opinión de los interesados. Si los padres elegían el novio de la hija, esa hija tenía que aceptarlo, aunque no fuera de su agrado, la intervención familiar era lo que contaba.

Laura tuvo que ceder a los padres y Juan también se quedó con la ilusión rota. A Laura se le presentó un mozo de Notáez, una aldea cercana a Cástaras, mi tía en contra de su gusto y sin ilusión decidió casarse con él.

Era Joaquín Miranda, no tenía el salero de Juan, un hombre serio, totalmente distinto a Juan. Laura, mi tía fue mártir del matrimonio, su ilusión se le quedó quebrada para siempre. Juan también se casó y tuvo la desgracia que la mujer murió de parto, quedándole una niña y viudo plena juventud. Y

cuando después de mucho tiempo se encontraba a mi abuela, le decía: usted me quitó toda la felicidad de mi vida.

Mis abuelos maternos se quedaron con el niño menor de ellos, era Luis este niño, muy inteligente, con una vez que repasaba las lecciones ya se lo sabía de memoria. La inteligencia de Luis se pasaba de lo normal, era la alegría y el orgullo de sus padres. El chico iba creciendo y se hizo adolescente, tenía la sal derramada, era un chico admirado por todos. Y como mi abuelo Ángel ya iba mayor, este chico era los pies y las manos de su padre.

Cierto día Luis se dispuso a viajar a Francia en busca de fortuna y el padre se encontraba más que mayor, perdía la memoria y se hallaba con falta de apoyo. Luis consiguió su deseo y se fue a Francia. Nunca creyeron que se olvidara de sus padres como se olvidó, estuvo en el país Galo cinco años, las primeras veces escribió, pero pasaron después cuatro años sin saberse nada de él. En ese tiempo murió su padre, quedando mi abuela sola.

Mi pueblo:

En mi pueblo había demasiada gente, las viviendas escaseaban.

Cuando se casaban los primeros hijos de las familias, estos seguían viviendo en casa de los padres por falta de viviendas. Luego empezaban a venir los nietos y grandes familias numerosas se multiplicaban, varias personas durmiendo en la misma cama por falta de anchura.

Como casi todas las familias eran numerosas y los padres ancianos, algunos también iban a vivir con los hijos faltos

de protección.

¡Bien! después se empezaban a casar los hijos, los nuevos matrimonios también se quedaban en casa de los padres.

Claro, al año ya había nietos, componiéndose la familia de abuelos, hijos, nietos y biznietos. La mayoría de las casas se componían de tres y cuatro generaciones.

Como tantos hijos nacían en los tiempos pasados, pues claro lo que ocurría era que el pueblo como estaba tan concurrido de personas hasta el último rincón de la tierra estaba labrado y bien cuidado, hasta los caminos parecía que daban cosechas.

Las labores poseídas por la abundante mano de obra, gracias a ello las tierras parecían jardines de lo arregladas y bonitas que se encontraban.

Todo lo que se miraba y veía por cualquier sitio era verde y tierra labrada. y contaban los ancianos que en otro tiempo tan fértiles estaban las tierras, que sembraban cáscaras de patatas y criaban unos reales de patatas maravillosas, sacando de ellos cada patata como testers.

En el pueblo había y hay mucha agua para regar hasta el último rincón, pero como las tierras de Cátaras son tan extensas había algún lugar donde el agua no llegaba, como en la zona de la sierra y otros sitios.

El río de Trevélez pasaba por enfrente de las zonas serreñas de Cátaras, unas zonas que con agua de riego producían el doble, a principios de mil novecientos nuestro alcalde pensó que haciendo una acequia que llevara el agua del Trevélez a aquellas zonas que tanto centeno y demás cereales producía se enriquecerían con el agua de riego.

Fue un gran acierto cuando el alcalde trató de llevar el agua

hasta, Cástaras, pero esto fue duro de conseguir. Hubo muchas contrariedades, unos querían, otros no daban el permiso para que pasase la acequia por sus tierras, pues tenía que cruzar una gran extensión de terreno de cortijos de la sierra de Busquístar y Trevélez. Tuvieron hasta pleitos a fin de conseguir el agua. Después de tiempo, de tira y añoja consiguieron alguna esperanza de llevarla. El alcalde de Cástaras era un arrogante y heroico hombre, tan decidido estaba a conseguir la acequia del Trevélez y tanto trabajo le estaba costando, prometió que mientras el agua de la acequia no llegara hasta la plaza del pueblo no se afeitaba la barba. Se dejó la barba y prometió que se afeitaría en la plaza del pueblo con el agua de la acequia del río.

La acequia de agua se consiguió, fue un salto de agua tan caudaloso que daba agua para regar toda la vega de Cástaras, fue un triunfo para el pueblo y una fuente de riqueza para el mismo.

Cuando el agua la llevaron hasta la plaza de Cástaras, en el pueblo hubo una gran fiesta; el alcalde se afeitó como había prometido con el agua de la acequia que le hicieron bajar hasta la plaza y en símbolo de su promesa, así lo cumplió.

El agua de aquella acequia remedió las tierras del pueblo, las que antes carecían de agua, pero no obstante a los pueblos anejos Notáez y Almegíjar que eran vecinos de Cástaras, se asustaron del agua del río, pues Cástaras como es un pueblo rico en manantiales, casi toda la vega tiene su propia agua y los dos pueblos antes mencionados son dos vecinos donde escaseaba, mi pueblo les vendía el agua que le sobraba de la acequia surtiéndose también ellos.

Trevélez es un río con un agua limpia y cristalina de las nieves de Sierra Nevada y del Mulhacén, está canalizado y es

muy truchero.

Todos aquellos terrenos son muy quebrados y eso, creo que será el motivo de tanta riqueza de fuentes.

Épocas de mi pueblo:

En mil novecientos dieciséis ¡Qué catástrofe! Hubo una epidemia de gripe, pero una epidemia que caían las criaturas muertas como lluvia, en mi pueblo tantas morían que no daban abasto a enterrarlas.

En el camino desde el barrio del Medio al barrio Alto había una piedra puesta por la Naturaleza en el centro del mismo y cuando la epidemia de la gripe, tantos muertos bajaban por aquel camino, que en dicha piedra descansaban con los difuntos y desde entonces se quedó con el nombre de la piedra de los Muertos.

Mi madre se encontró en aquella epidemia embarazada de mi hermana María, pobre madre qué pánico sintió pues la mujer que se hallaba en aquel estado raramente se escapaba de la muerte, aunque también ella la pasó, sobrevivió.

Hubo familias enteras que murieron, quedando las casas vacías, tanto, que se llenó el cementerio y tuvieron que seguir enterrando en un terreno de secano que había enfrente del pueblo por la parte de los viñedos, el cual se quedó con el nombre del Secano de los Muertos.

Cuando la epidemia pasó, quedó el pueblo de luto y sombrío, cuántas personas quedaron solas, sin familiares, cuánto asombro, cuánta pena, después se fue superando con el tiempo, pero esta catástrofe quedó en la historia.

¡Fue espantosa!

Mis padres y mi familia:

Cuando mis padres se encontraban viviendo independizados de la familia, pues durante un tiempo vivieron como era costumbre, a pesar de estar casados, con los padres ellos también pasaron por esa norma de con vivencia.

Mis abuelos paternos que económicamente se hallaban con más refuerzo, les costearon su propia casa.

Establecidos en su vida familiar obtuvieron su primer fruto del matrimonio que fue mi hermana Camila. La vida en el pueblo no era muy ventajosa, pues allí no había más salida que labrar la tierra. El pensamiento de mi padre voló por encima de todo eso. En plena juventud pensó que en la vida se pueden encontrar cosas bonitas que aquel pueblo no le brindaba.

¡Voló! Se fue a Argentina, fue un viaje expuesto porque no llevaba una cosa segura, pero si embargo quiso probar suerte y se marchó con la ilusión de que allí había algo diferente a lo que en el pueblo tenía.

Se tiró un mes por los anchos mares en busca de porvenir. Mi madre se quedó sola con su primera hija que contaba con un año de edad. Ella sola siguió la labor que los mantenía, acompañada de su niña y el resguardo de los padres, tanto unos como otros.

Pasó tiempos de soledad y de esclavitud viviendo sola, sin la compañía de su marido. Así trascurrieron cuatro años. Mi padre mandaba giros, pero estos no eran siempre fijos, ella



María Rodríguez Muñoz y José Almendros Expósito, padres de Leonor, con su hija Camila hacia 1911.

también trabajaba y así tenía el sustento seguro. ¡Pobre madre, qué cuatro años de soledad!

Aunque era una mujer valiente también sentía miedo de estar sola en una casa situada en un lateral del barrio limitaba con el campo donde los perros con sus ladridos me la amedrentaban.

En aquel tiempo había unos bandoleros que se escondían en aquellas montañas del pueblo y como su casa estaba en la entrada del campo y avenida de una montaña llamada el cerro de Mansilla, pues claro, como mi madre siempre estaba con los vellos de punta por los bandoleros que rondaban aquellas cercanías, lo sentía todo.

Algunas madrugadas sentía cerca de la puerta pasos de estos individuos que bajaban a robar toda clase de ganado.

Bastantes robos que hicieron en el pueblo, incluso a vecinos del mismo barrio le robaban, dejando los corrales vacíos.

Mi madre era miedosa, pero a la vez valiente.

Mi padre era un buen cazador y cuando se fue, la escopeta se la dejó colgada en los pies de la cama de mi madre, por si en alguna ocasión se veía en un aprieto, para que tuviera defensa.

Un pastor vivía en el barrio, tres o cuatro casas más allá de la de mi madre y una noche sintió que unos bandoleros llamaban a la puerta del pastor, de la cual se llevaron dos hermosos mulos encañonando al dueño con sus trabucos.

Mi madre que siempre estaba con la mosca tras de la oreja, aquella noche, por si alguien se acercaba a su puerta se preparó con el arma en las manos y los cañones puestos sobre un postigo que se hallaba entornado en la ventana. No es que ella llevase la idea de usar la escopeta ni mucho menos

tirar a dar, pero ella se armó por si tocaban a su puerta para tirar al aire para que vieran que había refuerzo y huyeran dejándola en paz.

No tuvo que usarla nunca, pero con la escopeta se sentía protegida y los bandoleros sólo fueron a casa del pastor a quien le robaron los mulos.

La vecina que pegaba al lado de mi madre se hallaba en la misma situación y también con el arma preparada. Cuando sentía ladrar mucho a los perros y oía pasos por la calle, se tocaban las dos vecinas por el tabique con los puños y ambas se disponían por si ocurría algo.

Nunca le sucedió nada ni nadie se metió con ella, todo quedó en las noches de miedo que pasaron ella y la vecina.

Mi padre en Argentina:

Mi padre recorrió todos los países de América del sur, donde estuvo fue en Argentina. Recorrió los países de habla latina. Lo que ganaba en una ciudad le servía para pagar el viaje a la siguiente, en todas trabajaba para costearse el desplazamiento a su nuevo destino.

Se volvió un explorador por eso los giros que mandaba no eran constantes. Por fin recorrió todo lo que deseó y se quedó en Argentina, más concretamente en Córdoba.

En aquellas tierras aprendió el oficio de albañil, aunque era un trabajo sucio, se ganaba mucho.

A los cuatro años pensó venirse a España, a mi madre le dijo que se venía, pero no dijo cuando. Una noche mi madre sintió tocar a su puerta y como tanto miedo tenía, no contestó,

jamás se hubiera figurado que era mi padre quien llamaba esa noche a la puerta, le había dicho que iría en esos meses, pero sin fijar la fecha. Quiso darle una sorpresa, pero la sorpresa no le salió como quería porque después de llamar a la puerta con mucha insistencia y no contestarle nadie, tuvo que ir a dormir a casa de una hermana que vivía en aquel barrio.

El día siguiente sí que fue una fecha feliz para mi madre pues los sustos de aquella noche se truncaron en felicidad al abrazarse tan contenta a mi padre.

De Argentina se trajo algunos ahorros de su trabajo, los cuales los empleó en un terreno. Estuvo un poco de tiempo en el pueblo, pero él ya se había acostumbrado a viajar y a ser libre como los pájaros.

¡Pobre madre!

Qué vida la suya, siempre sola. Volvió a irse, esta vez con otra dirección, en Marruecos había trabajo y allí se dirigían muchos paisanos del pueblo a trabajar y uno de ellos fue mi padre. En Marruecos estuvo menos tiempo, iba con alguna frecuencia a ver a la familia y después de otro poco de tiempo... hasta otro viaje.

Así se tiró su juventud, siempre trabajando fuera de casa y la gracia es que siempre que volvía le hacía un hijo a mi madre y ella sola y cada vez con más carga de hijos.

Un matrimonio que cada uno es una parte, no lo llamo un matrimonio feliz. Ni mi padre podía tomarle a los hijos cariño, que eso se con sigue cuando se convive con ellos, porque separados, aunque se les tenga cariño, siempre el roce, tanto de la esposa como de los hijos lo aumenta y lo mismo le pasaría a sus hijos con él.

Siempre que volvía de los viajes compraba algo, otra vez

reformó la casa, como sabía bien el oficio de albañil, en una de aquellas veces la dejó nueva.

Así, con esas fatigas fueron criando a su familia y acomodándose para seguir tirando con sus medios de vida en el pueblo. Cuando él se encontró con algunas tierras en propiedad y su casa reformada, dejó los viajes. Cuando volvió de Marruecos definitivamente, yo tenía cuatro años, era la menor de seis hermanos y mi hermana mayor ya contaba con dieciocho, así es que mi madre se pasó su juventud sola y con la gran carga de su familia. Se quejaba de la vida tan esclava que había pasado en los mejores años de su existencia.

Cuando se casaron, él tenía complejo porque las familias no igualaban en su categoría y a esto se añadía el hecho de que mi padre era muy callado, aunque tenía mucha fuerza espiritual, no la ponía a la vista por su poco don de palabra. Mi madre era todo lo contrario, a lo mejor pensaba las cosas para hablarlas menos que mi padre, pero eso sí, como tenía tanta personalidad, al expresarse con alguien parecía que ella sabía más que él pero no era así, con su modo de ser tan callado, cuando hablaba, en pocas palabras demostraba su fuerte inteligencia.

Claro que antes de sus viajes no tenía tanta formación, sólo aquello que en el pueblo se puede aprender, mas sus viajes para él fueron una carrera y creo que la mejor carrera para saber es la mundología y esa fue la que él estudió y a mi modo de ver fue la más completa.

Después de sus correrías mi padre era distinto, era un hombre con mucho alcance imaginativo, muy experto en Política y sabía bien cómo desenvolverse en todos los aspectos

de la Política. En los años treinta, después de echar a Alfonso XIII, hubo en España muchos cambios en el gobierno. Cuando entró la República pusieron a mi padre de alcalde en el pueblo, fue año y medio jefe del ayuntamiento, en aquellos tiempos se estaban formando centros de izquierdistas, socialistas y comunistas.

En mi pueblo todavía no había ningún centro. En el año treinta y cinco se empezó una carretera que atravesaba por toda la vega alta del pueblo, pero hubo una orden, el que no estaba asociado a un centro, por ejemplo, el Socialista que era el que más extendido estaba, no le daban trabajo en la carretera. Mi padre era el alcalde, los hijos del pueblo querían trabajar en ella, mi padre hizo lo posible para que los del municipio tuvieran trabajo en aquella carretera. Pensó que había que formar un centro del partido Socialista en el pueblo y asociar en él a todos los obreros para que les dieran trabajo.

Se empezó a buscar quien lo representara, pero ninguno estaba al corriente de eso de la Política. Mi padre con haber estado tantos años fuera, era el único que sabía llevar estas cosas y así lo hizo, puso un centro Socialista. Él lo presidió y le dio trabajo a todos los que quisieron trabajar en la carretera.

Era alcalde y presidente del partido, pasado algún tiempo se abrió otro centro, éste Comunista, todos los miembros familiares tanto tíos como primos quedaron integrados en esos centros de izquierdas.

Mi padre era el fundador de todo lo que se manipulaba en el pueblo y la cabeza principal de todo. Fueron unos tiempos de mucho jaleo, hasta el último gato se asoció a estos centros. También había un cacique apoyado por la burguesía,

pero los izquierdistas se hicieron con el poder del pueblo.

Mi pueblo y mis antepasados:

Desde el veintinueve al treinta y seis fue una década alegre y brillante, la gente se sentía con optimismo, quería divertirse, fueron unos años muy prósperos.

Las gentes llevaban sus labores, también tenían la ayuda de los trabajadores de la carretera. Todos tenían ganas de divertirse, se hacían bailes que eran con música de cuerdas, guitarras, laúdes, bandurrias.

También había algunas gramolas de esas que tenían bocina ancha que, aunque andaban dándole cuerda con una manivela, la juventud se hacía polvo bailando.

Cuando se cansaban de gramola cogían los instrumentos de cuerda. Los días festivos se celebraban mucho pues los cultos religiosos eran muy respetados, esos días la gente no trabajaba, desde por la mañana ya estaban con el traje de fiesta puesto.

Entonces no existían ni la radio ni la televisión para distraerse, sólo las fiestas que ellos mismos organizaban.

Se reunían en las casas y se entretenían haciendo juegos que ellos mismos representaban a modo de teatrillos. Todos los juegos llevaban un poco de sarcasmo con el fin de hacer reír. Los más viejos eran los que más sabían, esas representaciones caseras, los mismos que trabajaban y las dirigían se vestían de diversas maneras y en plan gracioso. Las veladas se pasaban muy alegres divirtiéndose a su manera.

Entonces las gentes del pueblo tenían mucha devoción y

cuando se veían en apuros hacían muchas promesas; por la década de los veinte y treinta se estilaba hacer la promesa de estar toda la noche en vela.

Claro que la noche no se pasaba con las manos cruzadas, invitaban a toda la gente que podían, viejos, jóvenes de todos los gremios, más bien personas adultas que eran las que alternaban toda la noche en vela; el que hacía esa promesa la cumplía, cuando ya el santo al que se la ofreció le había concedido la gracia pedida. A esta fiesta se le decía velatorio y se hacía en la casa del que cumplía la promesa.

La noche no se la pasaban mal porque era una fiesta continua y de amena reunión. Cuántos noviazgos salían de esas noches de velatorio, pues los jóvenes que se gustaban y no hallaban medios de demostrar sus sentimientos, en esa fiesta tan larga tenían tiempo de declararse a la moza que querían.

Entraron los años treinta y la gente se estaba poniendo muy moderna. Al pueblo fue un cura muy alegre y activo, se llamaba el Cura Castillo, revolucionó el pueblo, pero para bien, fue para levantarlo y con unas normas tan bonitas que la vida resultaba amena, tenía más aliciente a partir de que aquel cura moderno entró en el pueblo. Con las niñas del colegio desarrollaba sus actividades.

Cuando llegaba la Semana Santa tenía la paciencia de vestirlas a cada una, representando los personajes de la pasión, salían unas procesiones muy dignas para un pueblo.

En Navidad hacía lo mismo, siempre cogía a la juventud y a los adolescentes, organizaba unos coros de canto y orquestas con toda clase de instrumentos, dando a las navidades un colorido sensacional.

Cuando llegaba la fiesta patronal también era magnífica,

pues la juventud del pueblo eran los artistas de unas comedias que organizaba, resultando preciosas con todos sus preparativos y ensayos correspondientes. Se interpretaban obras largas y buenas, detrás, como condimento de las comedias se representaba un sainete, que era una obra corta pero muy graciosa para hacer reír y divertir a la gente, quedaba como broche de oro de la función.

Los pueblos cercanos acudían a las fiestas patronales a presenciar las representaciones de las comedias. Las fiestas son dos días, los patronos son dos: San Miguel y San Antonio.

En el pueblo había una banda de música de viento, los días festivos se usaba bastante. En las fiestas de San Miguel a las ocho de la mañana la música daba la vuelta a la estación levantando a la gente. Luego se oficiaba una gran misa amenizada con música de viento. El pueblo se ponía tan concurrido de la gente forastera que no se cabía en él.

Cuando la música sonaba en la plaza, las parejas bailaban y bailaban sin cansarse.

De los cortijos de la zona de la Contraviesa se abarrotaba el pueblo de cortijeros. Las fiestas siempre resultaban bonitas. Eran amenizadas con vistosos fuegos artificiales, por la tarde había una corrida de cintas, resultando precioso. Cada cinta iba bordada por una moza, todas llevaban el nombre de quien las bordaba.

Si había veinte o treinta cintas, había otras tantas mozas vestidas de manolas muy ataviadas con bellos mantones de manila con muchas flores y alhajas.

La corrida se hacía a caballo y las manolas presidían la corrida en un paseo que se preparaba en la plaza que era el mismo que servía para las comedias de la noche, las cintas iban liadas y colgadas de una cuerda, de cada una de ellas

pendía una anilla por donde la enganchaban los jinetes. Cuando cogían una cinta iban al palco donde se hallaban las mozas ataviadas y cada una sabía cual era la suya, se levantaba la que había bordado la cinta cogida y se la ponía al mozo, bien de banda o en el brazo haciéndole un lazo. El que conseguía más de una, las llevaba de diferentes maneras.

A veces ocurrían anécdotas curiosas, algunas mozas eran muy presumidas y si su cinta la sacaba un mozo que no era de su agrado, al acercarse el caballero, en ciertas ocasiones la dueña no se brindaba a ponérsela. Una vez que ella no quiso ofrecerse a colocársela como era de costumbre, el burlado con esa acción, indignado la ató a la cola de su caballo.

Son cosas que pasan en los pueblos, porque en los pueblos hay muchas distinciones, si alguna caprichosa se pone muy tonta pueden pasar estas cosas.

La corrida de cintas resultaba bonita y con mucho colorido, siempre que sacaban alguna cinta, la música tocaba una pieza y cuando ella se la colocaba era a golpe de música.

Al terminar la corrida de cintas, las mozas se montaban a la grupa con el mismo caballero que había conseguido su cinta y la banda iba tocando detrás. Así daban la vuelta a la estación. Al terminar, las campanas del pueblo tocaban a vuelo repicando para la procesión.

Cuando salía la procesión, toda la gente del pueblo asistía a ella mientras presenciaban espectaculares fuegos de artificio y todos se volcaban echando vivas a los santos San Miguel y San Antonio. Había una devoción grandísima, las fiestas religiosas se celebraban con gran fervor. Para las fiestas patronales, estaban todo el año ahorrando.

Recuerdo que todos los años, los encargados de dichas fiestas, criaban un cerdo y poniéndole un collar decían: el marranico de San Antonio y ese cerdito iba de casa en casa, en todos los sitios le echaban de comer y donde se le hacía de noche, allí se quedaba a dormir y al día siguiente lo volvían a echar a la calle para que fuera comiendo lo que unos y otros le daban. Era gracioso aquel cerdito, a cualquier hora se encontraba por la calle como un perro y todos los vecinos lo miraban con cariño, como una cosa de todos.

La naturaleza y secretos del pueblo:

En el pueblo de Cástaras hay una cueva que atraviesa el pueblo por debajo de él, le dicen la cueva Fresca por el frío que sale de ella, tiene dos puertas, una por cada lado del pueblo; poca gente ha llegado a verla por dentro, sólo unos cuantos atrevidos.

El cura que había en mi pueblo en los años treinta se atrevió a recorrer la cueva, tiene varios kilómetros de larga, aunque no se sabe con exactitud cuántos. La travesía de ella es el pueblo desde una punta a la otra y todo por debajo de tierra.

El cura cogió a un grupo de adolescentes que eran sus mejores amigos y con velas encendidas entraron en la mencionada cueva, iban cogidos de la mano y en la otra llevaban la vela. Nada más entrar comenzó una aventura. Al ser tan estrecha tenían que entrar de lado y luego salían a unas placetas con bastante anchura, en ellas se encuentran unas piedras con forma de ataúd quedando unos asientos muy apacibles y habitaciones amplias de piedra pura.

Así siguieron la gruta en su recorrido, los chicos lloraban

del susto que llevaban y tiritaban de frío; al rato de estar andando por aquellos pasillos estrechos y misteriosos y habitaciones con formas en las piedras, como de haberlos vivido en tiempos remotos, por fin vieron la luz que entraba por la otra puerta opuesta del pueblo junto a un bosque con una gran pendiente.

Este pueblo tiene muchas cosas de la Naturaleza muy misteriosas, en un barrio que le dicen de las Eras, había en una portada de viviendas una losa puesta en el suelo, en una plazuela que quedaba como patio de las viviendas que la rodeaban, en aquella portada se encontraba la losa que era a especie de una mesa de cocina. Dicha piedra era peligroso levantarla, pues tapaba un agujero que no se sabe hasta donde llegarla su profundidad, tanto que una vez se cayó un perro y se oían los alaridos tan lejos, que apenas se percibían.

Aquello era horroroso.

Se decían que cuando los franceses invadieron España, por aquel orificio tiraron un montón de gabachos, nadie sabe donde irían a parar.

La cueva fresca y sus simas, pocos se atrevían a investigar, aunque llevaba tantos años allí, son grutas misteriosas y demasiado largas y el agujero que tapaban con la losa lo usaban para tirar las basuras, pues era interminable.

El pueblo por debajo era hueco, todo lleno de innumerables grutas que no se han llegado a descubrir.

El tajo del Sombrerillo:

El tajo del Sombrerillo tiene mucho misterio, pues son dos

rocas bastante altas y en una de ella, a la altura de veinte metros se encuentra una roca redonda con forma de sombrero, por eso se le dice la piedra del Sombrero.

Eso está al pie de una montaña a la salida del pueblo, éste queda en el centro de tres montañas llamada una de ellas, de Mansilla, otro tajo de Hiedra que es un tajo muy cortado por el lateral del pueblo, la otra se llama la montaña del Conjuero.

Aquellos sitios son muy quebrados por cualquier lugar salen manantiales.

Los riachuelos que en mi pueblo se le dice barrancos, están formados por cantidad de fuentes y cuando llueve mucho crecen de tal forma que no se pueden atravesar.

En cada barrio había una fuente de distinta agua, pues nacían en el mismo barrio.

Pero la fuente del barrio Alto, que así se llama porque está más distanciado de los otros, era un agua muy fresca y buena de beber, mas en ese barrio había un misterio. Las personas del barrio Alto tenían cosas que no las tenían en otros barrios.

Una mayoría de aquella gente tenía bocio, era algo para pensarlo detenidamente pues sólo ocurría allí que las aguas eran diferentes.

Había también siete deficientes, tres mudos y varios tartamudos, todos del mismo barrio. El médico afirmaba por análisis que era el agua de aquella fuente la causante.

La juventud:

Los jóvenes de Cátaras tenían fama de borricotes, últimamente no tanto. Cuentan de ellos cosas extravagantes y animaladas. En este lugar se crían unas hortalizas muy buenas y un hombre, o sea un hortelano tenía un precioso huerto de melones y para que no se los robaran se iba a dormir al mismo huerto para guardar los melones. Una noche los mozos quisieron divertirse con el pobre hombre que guardaba los melones. Tuvieron la osadía de vestirse de fantasmas, subidos en unos zancos y con velas encendidas en la mano cantaban cantos fúnebres. El pobre dueño de los melones saltó muerto de pánico mientras ellos se divertían con la broma.

En las fiestas patronales hay costumbre de asistir a ellas gentes de otros pueblos cercanos y lo mismo los de Cátaras iban a otros lugares como aquellos venían a nuestro pueblo.

Nieles es un pueblo aldea anejo de Cátaras, allí tienen de todo menos ayuntamiento que es el mismo de Cátaras. En esa aldea los mozos de mi pueblo se hacían los dueños de las fiestas patronales. Se celebraban dos patronos, en el invierno San Blas y en el verano San Bartolomé. Eran dos días en que Cátaras se volcaba yendo a Nieles a la fiesta, cuando más iban era después del almuerzo del mediodía. Un año llovió mucho y los castareños no pudieron ir por el mal tiempo.

Claro, no había animación como otros años al faltar mis paisanos, los encargados de las fiestas retrasaron la procesión hasta que la gente forastera poblara la aldea. Los castareños al tener fama de burros los de Nieles les temían.

Algunas veces que se encontraban con unas copas de más, hacían reír. Recuerdo que un año en la procesión de San

Blas, durante todo el recorrido fueron los castareños echando vivas a San Blas, lo hacían tan seguido y con tantas voces que no dejaban sentir la música, llevaban locos a los organizadores que muy cabreados hablaron con la Guardia Civil para que impusieran silencio, pero ellos respondieron que ya los iban vigilando por si se extralimitaban, pues con aquellas copitas de más sólo les daba por lanzar vivas al santo, no era motivo para llamarles la atención, no querían estropear la fiesta.

Después de la procesión había animados bailes en casas particulares, cuando los mozos de Cástaras entraban en un baile todos se asustaban, pues por cualquier motivo formaban un lío de palos. Los de Nieves tenían razón, con una pandilla que entrara de Cástaras se hacían los dueños del baile y si protestaban lo primero que hacían era pegarle un palo a la luz dejando el baile a oscuras.

Eso sucedía frecuentemente y claro, cuando el baile se quedaba a oscuras las mujeres empezaban a chillar y los palos sonaban sin saber de dónde venían. En las casas más humildes que se alumbraban con un candil, al primer palo salía este por los aires dejando el aceite y la «torcía» empapando cualquier traje fino de los que se ponían sólo para estas fiestas.

Era un disloque, eran terribles.

La noche de san Juan se celebra por todo lo alto en mi pueblo y como en este tiempo los balcones están llenos de flores y en particular de claveles, los mozos desde dos días antes ya están robando los claveles de los balcones para ponérselo de ramo en la ventana de la moza preferida. Por regla general unos días antes de San Juan se guardaban las macetas para que no cortaran los claveles.

Yo tenía buenas cosechas de claveles porque siempre me han gustado mucho las flores. Mi casa tenía una terraza que quedaba algo baja con relación a la calle y siempre estaba llena de claveles, de esos gordos reventones que echan tanto perfume. Había rojos y rosa salmón, una sola maceta tenía veinticinco abiertos a la vez. La portada de mi casa era una especie de paseo, tenía flores por doquier, los claveles que colgaban de la terraza nos tenían perfumados, en esa portada corría un fresco en esa época, una brisa muy agradable, nos sentábamos por las tardes a tomar el fresco, mientras leíamos o nos entreteníamos con algún quehacer como bordar o coser.

Aquella tarde cuando ya empezó a oscurecer nos levantamos para meternos en casa con pensamiento de cenar. Mientras mi madre ponía la cena yo me subí a meter dentro las macetas de claveles para que no me los robaran y lo curioso del caso es que el ladrón estaba esperando que nos metiéramos en casa para llevarse su botín, me encontré todos los tiestos repelados pues no dejaron ni uno. Me quedé de piedra, por cierto, que teníamos aquella tarde visita y se divirtió riendo del caso tan gracioso que me pasó.

La noche de San Juan:

La noche de San Juan los mozos del pueblo no duermen. Se pasan la noche de juerga con los ramos, pues a todas las mozas le ponen algo en la ventana, a quienes le tienen anti-patía le colocan cosas feas como espantapájaros que cogían de los trigos y otros objetos por el estilo.

Un año, la noche de San Juan en mi pueblo, había una solterona muy caprichosa y quiso dejar las macetas de claveles

en el balcón y se sentó al lado de la ventana toda la noche para guardarlos. Tuvo la paciencia de atar una cuerda alrededor de los claveles que colgaban de las macetas y esa cuerda se la ató a la muñeca por si se dormía, para sentir cuando se los cortaban. Los mozos que se dieron cuenta encontraron diversión para toda la noche, cuando se cansaron de hacerla rabiarse, aquella noche había luna llena y ella desde dentro veía pasar los mozos. Ellos se quitaron los pantalones y se los echaron al hombro y pasaban delante de la ventana en calzoncillos, todos en fila y silenciosos y ella que los vigilaba no pudo contenerse y les gritó: ahí van los diablos, pero los claveles no me los cortaréis, aunque no duerma.

Se escuchaba música por doquier pues era una noche de poco dormir la juventud, ellos poniendo cosas bonitas y feas a las mozas que con el recelo de lo que nos podían poner tampoco dormíamos.

Qué tiempos tan hermosos y con cuánta ilusión se vivían; la noche terminaba con serenatas en las puertas de las mozas, claro que todas teníamos a alguien que se acordara de llevarnos música a la puerta y pusiera unas flores o una caña de maíz o una remolacha, el caso es que en todas las ventanas donde se encontraba una joven amaneciera con algo colgado.

Estas costumbres y otras parecidas eran una distracción y una ilusión con todos estos detalles, cada mozo expresaba a la chica aquello que sentía. El que tenía novia formal le ponía regalos de valor acompañados de los claveles y para que otros no se los quitaran se apostaban junto a la ventana hasta ser de día.

En la década de los treinta la gente se divertía mucho y con

cualquier cosa, entonces se juntaban en el pueblo una pandilla de jóvenes que todos eran aficionados a la música y a todas horas tenían la juerga formada.

Dos años antes de la Guerra Civil fue una época de mucha tranquilidad y diversión. Yo era pequeña, pero me acuerdo que se formaban reuniones de unas cuantas familias en cualquier casa y se preparaba una fiesta bailando los viejos, niños y todos los que allí se encontraban. La fiesta no era sólo bailar, se degustaban banquetes de lo que fuera: buñuelos o mataban un chivo o hacían rosetas que ponían lebrillos llenos de palomitas y el vino rodaba. Había mucha unión y se formaban festejos que duraban toda la noche.

Me acuerdo que en una reunión que hubo de amistades y familiares, las mujeres estaban en la cocina haciendo buñuelos y eran tan grandes aquellos buñuelos que a cada persona de las que estaban bailando le iban poniendo uno por el cuello a modo de collar, esas cosas se hacían para hacer reír y divertirse.

También recuerdo cuando mi madre era joven y hacían esas reuniones, bailaban danzas tradicionales como jotas, sevillanas, mudanzas y malagueñas, cuando se cansaban jugaban en la habitación más grande de la casa a la rueda con una canción antigua que decía: mané, mané, mané este es el baile de muy churrumblé, que todos lo bailan y yo también; en cada vuelta levantaban las manos y se volvían y una persona quedaba de espaldas y así hasta que quedaban todos al revés, con la espalda para adentro; este baile tenía una picaresca, se tenía que ir con mucho cuidado porque el que se equivocaba quedaba fuera de juego. Yo era pequeña, pero me acuerdo de todas esas diversiones.

Cuando se mataba el cerdo se invitaba a los familiares y a

las personas más allegadas pues esta fiesta era más bien familiar; el hígado del cerdo lo freían con cebolla, pero le echaba al mismo tiempo una porción de cosas que resultaba un manjar divino, mataban un cabrito para poner otros platos variados. Tenían unas sartenes tan grandes que parecían calderos, sólo se usaban en las matanzas para hacer esas comidas para tanta gente, se le decía la sartén matancera. A los vecinos que tenían amistad había costumbre de llevarles un plato de aquella comida matancera que tenía un parecido con los callos guisados, pero era mayormente el hígado y otras cosas más a base de mucha cebolla. Luego cuando las vecinas hacían su matanza le correspondían con el mismo plato y algunas morcillas frescas y tocino con espinazo ¡Eran costumbres! Había mucha unión en la gente del pueblo.

Cuando era bien pequeña me pasó la siguiente anécdota: estábamos celebrando la matanza en casa de mi abuela y a mi lado había un tartamudo, cuando se hallaban embutiendo las morcillas me regañaron, no recuerdo el motivo, era ya de noche y yo me quedé sentada en la primera escalera a oscuras, dándole curso a mi disgusto y era en vísperas de Navidad, el tartamudo empezó a subir por la escalera y comenzó a darme las buenas noches cuando subía por el primer escalón para cuando hubiera terminado de subir las escaleras finalizara también con su salutación. Claro, yo pillé un susto de miedo porque con aquella oscuridad y percibir que subía un bulto que era el tartamudo y que empezó a prepararse diciendo escaleras arriba: bo, bo, bo, bo, bo, bo, bo, bo yo que siento eso sin saber lo que era y que un bulto se aproximaba hacia mí que permanecía en el último escalón, di un brinco refugiándome en las faldas de mi madre, chillando. Después de subir el pobre hombre y tirarse un rato encasquillado sin

poder dar las buenas noches... tuvieron que decirle que parara, que ya bastaba.

Los personajes de mi pueblo:

Había unos personajes, pobres ellos, no sabían ni firmar. Eran muy buenas personas, pero no habían recibido ni el menor repaso de una pequeña formación, se criaron en el ambiente del campo, estando siempre, desde pequeñitos guardando los animales, ni en su casa vieron otro ambiente porque sus antepasados vivieron de la misma forma, siempre en los montes y prados.

Había algunas personas que no sabían ni hablar y seguían con las costumbres antiguas y caseras. Un día me encontraba yo con los ojos un poco malos y una pastora que vivía en mi barrio me dio la receta. Me dijo: si tienes los ojos malos, eso se cura con una «mrecina», como ella decía, que se te quita como «coramano». Escuché la receta: vete por los tajos y buscas «cagás» de lagarto, las machacas bien y ese polvillo te lo echas en los ojos se te quitará como «coramano». Si te duelen las muelas, también sé otro remedio: coges una bocanada de orines y los tienes un ratito en la boca y también se te quita como «coramano». Estas palabras y otras por este estilo son las que usaban estos personajes en sus expresiones.

Había otro que se le decía Miguelillo, *El Mesa* de apodo y tenía unos pedazos de tierra en venta, se acercó un vecino que le gustaba practicar bromas y se puso a hacer un trato con Miguelillo *El Mesa* y le dice: te doy doscientas pesetas por los «parato» que así le llamaba a pequeños pedazos de tierra. El vendedor, creyendo que lo engañaba le dijo: ¡Una

mierda! ¡Te los voy a vender por doscientas pesetas cuando ya me han ofrecido cuarenta duros! Como ese había bastantes.

Otro hermano del que acabo de citar, como no sabía de cuentas, a los billetes de veinte duros los llamaba billetes. En una ocasión vendía un toro por el que pedía diez billetes de veinte duros, un yerno suyo que era más entendido, le ayudó en el trato y cuando le entregaba un billete de mil pesetas le dijo que él no vendía el toro por mil pesetas, que eso era muy barato, «yo lo vendo por diez billetes de veinte duros». Costó lo suyo convencerlo.

Había bastantes anécdotas por el estilo, dignas de contar. Eran personas que salían al campo por la mañana y volvían a casa de noche sin ver otra cosa que la esclavitud de la tierra.

Ellos se sentían felices, porque nunca habían visto otra cosa. Estas personas esclavizadas del campo se levantaban por la mañana, hacían una sartén de migas y se iban al campo con todos los animales por delante. Las bestias que tuvieran, la vaca, las cabrillas, que todos llevaban unas cuantas para vender la leche diaria y con todos esos animales; salían muy temprano y volvían por la tarde. Claro, también se preparaban unas buenas alforjas de comida y que no faltara la calabaza del vino. Por la noche los mozos se lavaban, se cambiaban de ropa y cuando cenaban se colgaban un buen cayado del brazo y se iban a visitar a casas que había mozas y si tenían novia, pues a visitar a la novia.

Los novios en el pueblo:

La costumbre de hablarse los novios en el pueblo era la de ir todas las noches a ver a la novia y si los padres ponían dictadura por no tener tanta lata, para que no se visitaran diariamente, las visitas las hacían los domingos y los jueves; otros tenían la costumbre de ir todos domingos, martes y los jueves. Cuando llegaban a la casa de la novia, ella tenía el cuidado de haber fregados los platos de la cena y bien arregladita y muy empolvada. Al entrar el novio ella se sentaba en dos sillas que tenía pegadas a la pared, un poco independientes de la familia, quien se encontraba alrededor de la mesa camilla, al calor del brasero.

Los novios se sentaban muy apareaditos, hablando ellos dos muy entre dientes para que la conversación sólo quedara entre ambos. Y alguna vez tanto se acercaban la cara hablando bajito que chocaban con la nariz y cuando la familia se descuidaba se daban el pellizco o el beso.

En los años veinte y treinta había mucha costumbre de llevarse la novia y si no tenían medios para el casamiento él cogía a la muchacha y se la llevaba a casa de sus padres y... ya estaban casados. Pero eso era un escándalo, cuando se oía el rumor de que fulanita se había ido la noche antes con el novio. Claro que si los padres de la novia se molestaban por lo que habían hecho ellos se apartaban de los gastos y los padres del novio que eran los que la tenían en su casa porque su hijo se la había llevado, tenían que cargar con los gastos del casamiento.

Si no podían ni los unos ni los otros, los jóvenes tenían que vivir con los padres hasta que pasara algún tiempo y se fueran preparando las cosas; pero de todas las maneras el que se llevaba la novia tenía que aguantar desaires y esperar a

que los padres quisieran darle ayuda.

Una pareja que llevaba poco tiempo de noviazgo y se enteró la madre de ella que él la estaba conquistando para llevársela y aquella mujer era graciosa, cogió un palo del roncón donde guardaban la leña del fuego, pero un palo de los más gordos y se puso delante del futuro yerno y levantando el palo le decía: ¡Tú pretendes conquistar a mi hija para que se vaya contigo! Ahora te lo voy a decir yo con este palo. El novio, muerto de miedo corrió por la escalera abajo que parecía que llevaba alas. No volvió más. Eso quedó como anécdota de risa.

Allí había pocas cosas de distracción, los jóvenes lo pasaban mal en este sentido, no había paseos ni cine para entretenerse un rato.

Las salidas que había era ir a misa los domingos y festivos y por la tarde, alguna persona que otra acudían a las salidas del lugar, los caminos eran anchos, aunque con piedras por los laterales que servían de asientos para descansar.

En el verano los labradores se subían a los cortijos y en el pueblo quedaba una parte de los vecinos. Aunque aquel hueco lo cubrían los estudiantes que durante el curso vivían en la ciudad. Eran los que daban alguna animación y otras personas que pasaban las vacaciones en el pueblo. El verano tenía más ambiente señorial y burgués.

Cuando los jóvenes tenían intención de hablar con una chica porque le agradaba su amistad o porque estuviera enamorado, si no tenía contacto con esa familia para poder dialogar con ella, la vigilaba por los lavaderos o por la fuente donde recogían el agua.

Cuántas veces se declararon los chicos en el lavadero mientras las mozas lavaban, a lo mejor ellos iban o venían de su

trabajo con el ronzal de una bestia cogido de la mano y ellas con un tabaque de trapos a la cadera o un cántaro de agua, ellos buscaban el medio de hablar con esa moza que pretendían y así lo encontraban.

Cuando formalizaban un baile, el interesado tenía que buscar una casa donde poder bailar, claro que siempre iban a las casas donde había otras mocitas, pues entre unos y otros buscaban chicas que quisieran asistir. Algunas veces se juntaba pronto a las mozas para el baile, pero otras tenían menos suerte y sufrían para organizarlo. Porque la chica para ir al baile tenía que hablar con sus padres para que la dejaran ir, si por casualidad no les apetecía que su hija fuera a bailar, tenía que aguantarse y no ir aunque se muriera de ganas.

El mozo que pretendía hacer un baile con el fin de hablar con una chica o con el fin de divertirse, siempre tenía que pasar por esos trabajos y encima él tenía que pagar a los tocadores. Claro que casi siempre para estas cosas se juntaban varios y los gastos le salían más compartidos. Cuando conseguían el baile y a lo mejor iban las chicas preferidas de ellos, pero también tenían que ir los padres porque a la hija no la dejaban ir sola con las amigas sin un familiar y ese era el problema, si los padres se encontraban cansados de trabajar a lo mejor cuando el baile estaba con más animación y la chica se hallaba más ilusionada, debía abandonar el baile porque los padres habían dispuesto irse.

Eran costumbres de tantos años que, aunque fueran variando algo, había que acatar esas tradiciones, a veces eran fastidiosas, en este caso el hecho de que la chica no pudiera divertirse sin ir acompañada de sus padres o familiares.

Las cosas han ido evolucionando, pero siempre con dicta-

duras similares, sin soltura ni medios para una amplia diversión. Por eso la vida de la juventud del pueblo es esclava, por estar sujeta a los padres y por el escaso divertimento que existía.

Los carnavales en mi pueblo:

En los días de carnaval las fiestas eran seguidas, desde que empezaban hasta que terminaban los carnavales, las gentes se divertían a lo bruto. Había comparsas muy bonitas y se vestían con gusto, pero lo que más abundaba eran las máscaras disparatadas y graciosas para hacer reír a la gente.

Recuerdo cuando yo era muy pequeña que iba una pandilla vestidos muy estrafalarios y en dos palos a especie de camilla llevaban un cajón con una cortinilla. El cajón lo llevaban atado a los palos y se lo cargaban a los hombros como un santo en procesión; claro los de la pandilla llevaban gran cantidad de vino encima. Otro de ellos iba con un cubo de agua y un escobón regastado en la otra mano y siempre que hacían un descanso y ponían el cajón en el suelo levantaban la cortina y aparecía Felipe, este tal Felipe era un pastor de unos dieciocho o veinte años que le gustaba demasiado la juega y lo llevaban en el cajón, borracho como una cuba, le habían quitado la ropa dejándolo como Dios lo echó al mundo. Cuando veían una pandilla de mujeres, allí descansaban y decían: tres «chicas» por ver el bicho, claro las mujeres como eran tan curiosas, acudía a ver lo que llevaban en el cajón y cuando levantaban la cortina y aparecía Felipe borracho y en cueros y el que llevaba la escoba y el cubo de agua lo bendecía y todos ellos cantaba a coro el pater noster... las mujeres cuando descubrían al pastor en cueros

echaban a correr riendo y esa era la diversión.

Como estas cosas hacían tantas... pero todo a lo borrico y con buen humor.

Mis antepasados:

Eran los años treinta, la cuarta generación de mis raíces estaba en la edad de su vástago lozano.

Mi abuelo Ángel había muerto, perdió la memoria poco antes de morir. Últimamente salía a su trabajo y en vez de coger el camino correcto se iba por el contrario. Se quedó sin poder desarrollar sus diarias actividades, sus hijas Basilisa, María y Laura se encontraban llenas de hijos pequeños, Luis se fue a Francia y ya llevaba tres años sin escribir a sus padres. Ángel sufría por la ausencia de su hijo. Cuando se hallaba enfermo, sus hijas casadas, por la noche iban a casa de sus padres para pasar la velada juntos.

Mis abuelos vivían en el barrio Alto y ellas en otro barrio de abajo. Cuando marchaban a casa de sus padres, asomaban cargadas de hijos pequeños y tenían que andar un buen trozo de camino deshabitado y pedregoso, con escasa luz, pero la fe de ir a visitar a sus padres ya de avanzada edad, les ayudaba a pasar el mal camino.

Mi abuelo Ángel era muy espléndido y cariñoso, nada más ver a sus hijas llegar a la puerta estaba obsequiándolas con todo lo que podía. tenían bodega y le decía a mi abuela: sube el vino para que beban todo el que quieran, pon castañas a tostar... le sacaba de todo lo que tenían a mano. Su condición espléndida la tuvo hasta que se murió, mi abuela le respondía: ¡Bien, hombre, ya lo haré! Pero no te precipites tanto

que acaban de llegar. Había mucho amor y armonía entre los padres y las hijas casadas. Cuando el padre enfermó ellas le hacían compañía diaria.

Murió el abuelo Ángel:

Mi abuela María Camila se quedó viviendo sola en aquella casa tan grande que se encontraba en el barrio altero. Pero era una casa de sus antepasados, era donde sus padres vivieron y murieron y en ella continuó mi abuela todos los años de su vida. Vivió muchos años con buena salud y mucha fuerza intelectual y siempre con la ilusión de saber algo de su hijo Luis. Pasaron seis años de soledad:

Mi abuela recibió la noticia más agradable de su vida a los seis años de irse aquel hijo como un clavel de salado, tenía dieciocho cuando se fue, volvió con veinticuatro. Ya era un solterón. Mis hermanos mayores y sobrinos de él se hallaban solteros, casi adolescentes, pero ya con los cuerpos de adultos.

Luis se presentó, para mi solitaria abuela aquello fue un brote de vida y emoción. Aunque a él no sé qué le pasaría en tierras francesas que volvió totalmente cambiado; se había convertido en un solterón con la inteligencia tan deficiente que no era creído.

Mi abuela tuvo gran alegría al encontrarlo, pero también sintió la pena de verlo tan cambiado. No se sabe qué le pudo suceder, él decía que había vivido con una mujer y esa mujer le impedía que escribiera. Por lo que él declaró las relaciones con ella se rompieron y entonces decidió volver a Es-

pañá. Mi abuela lloraba desconsolada, esperaba encontrarlo más espabilado por sus años de mundología.

Fue un fraude:

Mi abuela tenía que guiarle como a un niño. Así vivió algunos años, cuando era un solterón de veintiocho años encontró en un cortijo de las Rozas una novia, una mujer de veintisiete, era una cortijera muy apañada, tenía unas manos bonitas para sus trabajos de coser y las demás faenas que una mujer tiene al alcance de sus actividades.

Mi abuela se sintió feliz, pues nunca pensó que su hijo hiciera un casamiento como lo hizo. Como ella vivía en una casa tan grande, mi tío se quedó a vivir con su madre.

Tuvo la primera hija que fue la ilusión de su abuela, pero no quedó ahí la cosa porque a continuación vinieron cinco niñas más, eran una familia numerosa, mi abuela tan solitaria se vio envuelta en una gran cantidad de nietas juguetonas que alegraron su ancianidad. Así vivió quince años más.

Mi abuela María, mi abuela paterna:

Estuvo bastantes años conviviendo con su hijo menor y con este hijo ella decidió vivir el resto de su vida. Juan llegó a ganarse el cariño de su madre. Ella le escrituró lo mejor de los bienes que tenía. Hizo un testamento, en él le dejó la mejor tierra que poseía, la casa y otros bienes más, a los otros hijos una pequeña parte de lo peor que tenía. Mi abuela había tratado con Juan que le dejaba la mejor parte con la condición de estar con él mientras ella viviera. Él no era mala persona, pero sucedió que al mezclarse las mujeres le hicieron romper la promesa. Juan secas, tuvieron una niña y

la mujer murió dejándolo con la hija pequeña.

Era muy joven, tenía que rehacer su vida y buscó otra mujer, por cierto, que mi tío era un hombre muy guapo y elegante, se enamoró de una joven también muy guapetona, una morena de ojos negros, con una gran mata de pelo negro, se lo recogía con un garboso moño que entonces estaban de moda. Juan se enamoró de María la guapetona y simpática María. Era viudo con una hija pequeña a quien criaba la primera mujer; también tenía el cargo de su madre que ya lo habían arreglado, vivir con él mientras viviera.

Pensó casarse por segunda vez, claro con María, esta le impuso una dictadura si quería casarse con ella y él le prometió obedecer su imposición para ser correspondido con el amor de María y así llegar a realizarse el casamiento. Pues bien, la dictadura que María le impuso fue que no se hiciera cargo ni de la hija de su primer matrimonio ni de su madre. Como estaba tan enamorado de la guapetona ni lo dudó en ceder a tal proposición. Juan dejó a su hija con la familia de su primera mujer y a la madre la puso a vivir en una casita, prácticamente en una habitación, a ella sola y en la casa que la madre le dejó cuando él se fue a vivir con María.

La madre tenía que pasar la manutención de aquella habitación en que la puso a vivir. A veces estarían a tiempo las atenciones y a veces no estarían. El caso es que mi abuela vivió algún tiempo sola en su ancianidad y cuando más falta le hacía la compañía, mientras que su verdadera casa y sus mejores tierras las disfrutara el hijo Juan con María su segunda esposa.

Claro que era de él porque su madre se la dejó con la condición de tenerla mientras viviera y no lo hizo. Rompió su promesa escrita en un testamento. La madre no lo pasaba

nada bien en la casucha que vivía sola. José mi padre, era otro hijo, pero no entró en ese testamento especial que Juan recibió. Pero al ver que su hermano no atendía a la madre como era debido, la cogió y se la llevó a vivir con él.

Ella sufrió mucho con el comportamiento de su hijo Juan. Él era una persona muy buena pero el amor puede tanto, que por el amor se rompe la promesa y cadenas que pueda haber en la vida. Mi abuela paterna acabó sus últimos años con su hijo José que era mi padre, con él estuvo hasta que murió. Cuando mi padre llevó a mi abuela a vivir con él, no sé si de sufrimiento o de qué, se le alteró la mente un poco tal vez le pasara lo que a algunos ancianos que al final de su vida pierden la fuerza de la mente, a ella le pasó. Estando con mis padres murió mi abuela paterna. Yo no llegué a conocerla porque nació a los seis meses de morir ella.

Mi pueblo en los años treinta:

En los años treinta, cuánta animación había en Cástaras, eran tiempos de la República. En pocos años hubo varios cambios de gobierno, había intranquilidad en España. El pueblo también estaba inquieto, no obstante, entre la juventud reinaba la alegría.

Entre los varios partidos políticos destacaban los de izquierdas, los fascistas hacían lo que podían, pero con menos vuelos. Y como gobernaban los izquierdistas, los de la derecha se reunían clandestinamente.

Mi padre era el alcalde en esta época, estuvo de alcalde año y medio, fue en los tiempos que se formalizaron los partidos de izquierdas. También formalizó los centros socialistas y

comunistas. Se originaban muchos cambios en el ayuntamiento, así como en el gobierno de la nación. Mi padre se llevó un secretario de Granada al ayuntamiento. Este secretario hacía viajes a esta ciudad y contaba a las autoridades la intranquilidad que en el pueblo existía, motivada por los fascistas. Entonces, para el orden civil estaba el cuerpo de la Guardia de Asalto.

Las autoridades granadinas le enviaron a mi padre un piquete, iban cinco números y un sargento, dispuestos a lo que el alcalde les ordenara con el fin de poner un poco de orden en el pueblo. Les pagó y los devolvió a Granada. No quería hacer daño a nadie.

Los fascistas eran la gente ricachona del pueblo, ¡los burgueses!, ¡los caciques! Ya hubo tiempo de informar al refuerzo enviado de todo cuanto estaba pasando, de la criminalidad que los burgueses ejercían sobre la gente obrera. De los abusos que cometían con los labradores, que se dejaban el pellejo pegado a la tierra trabajando duramente, para que el propietario de las tierras se chupara hasta el último grano de sus cosechas, dejando al obrero en la indigencia.

Al obrero sólo le quedaba la cuarta parte de lo que con tantos esfuerzos cosechaban porque las rentas que les cobraban eran demasía de altas. El año que era mala la cosecha, como las rentas eran siempre igual, el propietario nunca perdía y el pobre obrero tenía que pasar el año sumido en la miseria.

Los partidos de izquierdas defendían al obrero, luchaban por defenderlo de los abusos de los ricachos a quienes estaban sometidos. Mi padre quería arreglar las cosas sin atropellos y sin dañar a nadie; los que estaban a su alrededor eran más radicales, querían acabar con estos abusos con otra actitud a

esas demandas, mi padre pretendía solucionarlo en paz y armonía. La cosa llegó a ponerse al rojo vivo. Los mismos compañeros de izquierdas empezaron a urdir una trama para ellos hacer y deshacer sin órdenes del alcalde. ¡Se rebelaron contra él! porque no actuaba con más severidad. Tanto que estaban dispuestos a meter mano sobre el asunto sin tener en cuenta a la autoridad municipal y presidente de los partidos que era mi padre, si él se interponía estaban dispuestos a quitarlo del medio.

Expuso su vida por evitar el atropello. Los que trataban de revelarse, era el segundo alcalde el señor José Gallo, vecino de Nieves, aldea que depende del ayuntamiento de Cástaras. Este señor quiso actuar de revolucionario, a él se agregaron unos cuantos formando una camarilla.

Esta inquietud fue en el año treinta y seis, el mismo año que estalló la Guerra Civil, el gafe de la guerra ya estaba metido en toda España.

Mi familia:

En esta época éramos una familia numerosa, pero con los hijos ya criados. En la casa había tres adultos: Miguel, María Camila y Basilisa. Los dos pequeños éramos Ángel de doce años y yo, Leonor, de diez.

Mi hermana Camila que era la mayor ya estaba casada y con tres hijos. Mis hermanos mayores vivían en un alocado mundo de la juventud, sólo pensaban en sus diversiones, su vida era muy hermosa pues tenían una edad llena de ilusiones. Lo veían todo de color de rosa. Unos años antes de estallar la Guerra Civil parece que se anunciaba lo que detrás

nos vendría.

Entre los primos y primas eran una buena pandilla que cuando se juntaban ya estaba la fiesta formada. Se componía de dieciocho o veinte porque en cada casa había de tres a cuatro mozos, todas las familias eran numerosas porque en aquellos tiempos los matrimonios traían todos los hijos que querían venir. Por eso en un pueblo que tenía el triple de personal del que en él cabía, las personas vivían en el ambiente de un pueblo mayor. Al vivir tan apiñados la juventud se divertía como fuera, el ambiente alegre nacía por sí solo.

El pueblo se hallaba poblado de unas cuantas ramas de familias. Mi rama era la de los Almendros, la más larga del pueblo, algunos llevaban Almendros en los dos apellidos. Aunque ello no quiere decir que todos fuéramos parientes, aunque la rama si fuera del mismo tronco.

Había unas cuantas así de largas porque la gente por entonces no salían del lugar. Las familias enteras nacían y morían allí y toda la descendencia se iba multiplicando en el mismo pueblo.

En los pueblos había el mal vicio de distinguir a las personas por el sobrenombre, mote o apodo; al haber tantos que se apellidaban igual si no fuera por los apodos no se entendería nadie.

En aquellos años treinta los instrumentos musicales que se usaban eran de cuerda. Cuando formaban una fiesta cada uno iba con el suyo, se juntaban varios tocando a la vez y como la mayoría sabía tocar las cuerdas se relevaban y así todos se divertían como una familia.

Mi hermana y mi hermano, los mayores trabajaban en las comedias de la fiesta. Las comedias eran para ellos una di-

versión grande. Un mes antes de ese día se lo pasaban ensayando los que actuaban en ellas.

Después del ensayo hacían baile y la juerga era de un mes entero porque el baile después del ensayo iba acompañado de un pequeño refresco. Todo esto lo costaba la junta de fiestas. En mi pueblo había muy buenos artistas que trabajaban con un garbo en las comedias que parecían profesionales; claro que el teatro iba dirigido por personas que sabían.

Juan Carmona:

Era una persona campesina como la mayoría del pueblo, mas llevaba en sí mismo un duende artístico y cómico. Las comedias del pueblo no hubieran tenido aliciente sin él. Cuando salía al escenario el público reía con ganas y disfrutaba de lleno. Era tan buen humorista y gracioso que con él sólo las comedias tenían calidad, apenas se estudiaba el papel. Una parte de las frases eran inventadas por él y venían como anillo al dedo.

Voy a contar una anécdota que le pasó a Juan Carmona, estando él una vez trabajando en escena: como el papel no se lo estudiaba, sólo se guiaba por el apuntador, resulta que a éste se le perdió una hoja y, mientras la estuvo buscando, Juan Carmona se quedó en el escenario sin saber lo que iba decir, pero al darse cuenta de lo ocurrido, como era buen humorista, se inventó algo para entretener a la gente.

En aquel momento atravesó un perro el escenario y sobre aquel perro formó un chiste gracioso como un trabajo de la obra. Tan bien y con tanta gracia lo hizo que el público reía

sin darse cuenta del fallo del apuntador. Cuando se encontró la hoja perdida, Juan Carmona se dirigió al público diciendo: «señores, apareció lo perdido». La gente no llegó a darse cuenta de lo ocurrido.

Echaban buenas obras, como «El genio alegre» y otros por el estilo. Las comedias era lo mejor de la fiesta. Cuando era una obra larga, como en cada acto tocaba la música, había veces que acababa a las cuatro de la mañana. Se hacían en la plaza al aire libre. Cada familia llevaba las sillas para sentarse. Cuando sonaba la música se bailaba alrededor de la plaza.

En aquellos tiempos había mucho fervor y devoción. Cuando salía la procesión los gritos de los vivos eran seguidos, con tanto entusiasmo que se volvía uno loco con tanto vocerío. Recuerdo que cuando era pequeña, empezaba la procesión y al salir de la iglesia le quemaban muchos fuegos artificiales y en la noria había varios jóvenes paseando. Al salir la procesión y empezar los fuegos todo era una misma cosa. Aquellos que se encontraban elevados en la noria se bajaron por el palo abajo huyendo de los cohetes que subían todos en dirección a la noria, dejando a una pobre moza sola en todo lo alto sin poderla bajar.

Las fiestas patronales:

En estas fiestas había mucha ilusión por estrenar un traje y zapatos, aunque todo el año pasaran con extrema austeridad; el día de San Miguel hasta el último gato salía estrenando ropa y zapatos, había algunos que los zapatos no se los ponían hasta el año siguiente, pero esos días eran sagrados en estas cosas. Más de uno iba cojeando porque tenían

tan poca costumbre de estos calzados finos y hasta se los ponían cambiados de pie. Como esto, sucedían muchas cosas que quedaron en pura anécdota.

Existía una tremenda ilusión, los labradores en todas las casas y con mucho tiempo de antelación se dedicaban animales para la carne de la fiesta de San Miguel, pues la mayoría criaban un animal como chivos o corderos con el fin de que para la fiesta estuviera grande y gordito. La carne, ese día rodaba por todas las casas.

La comida típica y popular del día de San Miguel era la fritada de carne con tomate y rajas de pimientos asados, aunque más típico todavía es que la fritada tuviese picante para comérsela a golpes de vino, de aquel vino del pueblo con sabor a tonel.

La política del pueblo:

Los centros de izquierda seguían funcionando. Tanto que hasta la última persona que llevase pantalones estaba asociada al centro, fuera socialista o comunista. Todas las noches se iban al centro como un desahogo, aunque no supieran a qué iban ni con qué significado, pero iban.

Hubo en el pueblo dos pobres hombres que eran de estos últimos. Los dos se llamaban Miguel; uno era Miguel Mesa y al otro le decían Miguel Clavito, esto como apodo. Pues bien, los dos Migueles que eran unas almas de Dios, porque después de analfabetos eran algo diferentes y los pobrecillos iban al centro porque así lo hacían los demás. Algunas noches cuando se dirigían al centro con sus buenos cayados

enganchados en el brazo y pasaban por la vera de algún corrillo de mozos que se encontraban en la calle, estos les preguntaban riendo: ¿Vosotros a qué vais al centro? y ellos le respondían con un eco recortado y muy satisfechos: «algún día nos darán la recompensa».

Llegó el tiempo de elecciones, hubo un ambiente agitado en los políticos del pueblo. Fueron pandillas de los líderes políticos echando discursos y atrayendo a la gente para la votación. Entonces era presidente de la nación Manuel Azaña, izquierdista. Mi padre puso un póster en mi casa con todo el Frente Popular y Azaña en el centro.

Un día fue un grupo de políticos, encabezado por el diputado Rodríguez Molina. Me acuerdo que mi padre puso de refuerzo a la Guardia Civil para que los contrarios no se metieran con ellos; los contrarios que eran los fascistas, ante tal protección le pusieron petardos asustándolos y mi padre tuvo que desplazarlos a mi casa para que terminaran sus discursos tranquilos, con los guardias en la esquina del barrio de retaguardia para evitar los disturbios.

Los izquierdistas se manifestaban con los puños en alto echando vivas al comunismo.

Ratos de angustia:

Cuando yo, jugando con las otras chiquillas espiaba lo que trataban los escopeteros en el centro de la plaza y sentí decir que iban a mi casa para llevarse a toda la familia y fusilarla... mis pies eran alas corriendo hacia mi casa. Nosotros vivíamos en el barrio de más arriba y teníamos que andar un buen trozo de camino pedregoso y pendiente; tanto quería correr

que la respiración se me atajaba y me veía a punto de desmayarme de tanto esfuerzo y del susto que llevaba. Cuando llegué no había nadie, se marcharon huyendo. Salí a la puerta y mirando para un lado y otro, no veía a nadie.

Llorosa y asustada me encontraba como el perrito que se queda perdido en la calle. Sabía que pensaban irse hacia la parte de Almería. Miraba para todas partes pensando qué camino tomar, lloraba con amargura, pero en silencio porque el pánico y el terror que en mí había impedían soltar los gemidos sonoros, ahogándolos en mi cuerpo. Fueron momentos de agonía.

Mi madre y mis hermanas estuvieron observándome escondidas detrás del pico de la montaña. Tanta pena sintió mi madre al ver que fui a recogerme y que me tuvieran que dejar en la calle perdida y sola, a la más pequeña y cerca del anochecer. Tanto lloraba mi madre y tanto nudo de le hizo en el corazón que le dio un ataque. En las montañas no tenían agua para echarle en aquellos momentos de atribulación. Qué mal lo pasaron mis pobres hermanas en lo alto de la montaña con mi madre desmayada y sin haber una gota de agua por aquellos alrededores y la noche echándose encima.

La huida de mi familia:

En aquella ocasión mientras se encontraban tras de los picos de la montaña viendo a los escopeteros que tiroteaban a las ventanas de la casa, indignados porque se encontraba vacía y la presa se les había escapado; también vigilaban a su pequeña niña que tuvieron que dejar por la calle mientras jugaba, sin saber qué pasarla con ella:

En aquellos momentos desde la montaña vieron a mis hermanos Miguel y Ángel que bajaban en dirección a su casa, regresaban de su trabajo, los dos faenaban en la carretera que se estaba construyendo por la vega alta. Miguel tenía veinte años y Ángel doce, caminaban inocentes sin saber lo que en el pueblo estaba pasando.

Mientras mis dos hermanas cuidaban de mi madre, la otra saltó por los cerros para salirle al encuentro y llevárselos con ellas antes que entraran en el pueblo. Se unieron y la familia huyó en dirección a donde mi padre se encontraba escondido y así marcharse juntos hacia Almería.

Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, me marché otra vez al barrio de abajo que era donde vivía mi tía Basilisa. Entré en casa de mi tía y me eché a llorar sin poder hablar ni una sola palabra. Yo sabía hacia dónde se habían marchado porque ya lo estaban preparando.

De la casa de mi tía sólo quedaba ella y una hija adolescente pues cuatro hombres que había en esa casa se fugaron con los disturbios de la guerra. La noche se iba acercando; en su crepúsculo palidecía la luz del día, mi tía mandó a su hija Basilisa y a mí que fuéramos a mi casa a cerrar la puerta, yo me quedaría con ellas. Cuando llegamos ya era casi de noche, sobre la puerta se encontraba una de las gallinas con su cría de polluelos abrigándolos debajo de sus alas. Otro montón de ellas buscaban la entrada y se habían quedado también sobre la puerta; fuimos de un salto a coger una cabra de unos huertos que teníamos enfrente de la casa, estaba atada, pastando. Encerramos todos los animales, recogimos una colada de trapos que habla tendida sobre la hierba ubicada alrededor del lavadero del barrio. Cuando todo quedó recogido entramos en la cocina y un gatito que teníamos

muy mono daba vueltas entre mis piernas con tristes maullidos.

La mesa estaba a medio preparar, en ella había un mantel puesto con el pan, los cubiertos y un buen porrón de vino, un plato repleto de pescado frito y al lado del fuego, ya apagado se hallaba una olla apartada de la lumbre con comida guisada dispuesta a ser servida. Aquel panorama nos ofrecía la cocina al entrar en ella. Pues cuando les avisaron que los escopeteros se dirigían hacia allí para llevarse a toda la familia, mi madre y mis hermanas se metieron en la casa que había al lado de la mía, sus habitantes se habían ido a Tetuán a vivir y les dejaron la llave a mis padres para que de vez en cuando, dieran una vuelta.

Era mediodía y se encontraban preparando la mesa para almorzar, en aquel momento les dieron la mala noticia de que subían para mi casa y con urgencia se metieron en la mencionada vivienda que llevaba ya un año cerrada y nadie sabía que a mi madre le habían dejado la llave. Al momento llegaron aquellos individuos y se encontraron la casa vacía, se pusieron rabiosos y en la puerta había un mi casate largo que servía como asiento. El poyete en cuestión tenía veinte metros de largo, pues daba la vuelta a toda la portada de la casa. Fue asombroso, iban unos quince hombres, todos con escopetas y al ver que no estaba nadie, se sentaron en él esperando que apareciera algún miembro de la familia.

Mi madre y mis hermanas estaban escondidas en casa de la vecina y cuando esperaban en mi puerta sentados, ellas por las rendijas de la ventana los veían y oían sus conversaciones. La angustia y el terror las invadía, se hallaban como pájaros en jaula. En el techo existía una lumbrera con un ventanuco que caía a la parte de atrás dando vista al campo. Cuando la vida está en peligro no hay nada difícil, colocaron

sillas y salieron por aquella estrecha ventana y así pudieron fugarse hasta esas montañas.

Se unieron toda la familia y estuvieron quince días huidos por unas sierras lejanas, pero cerca de Trevélez donde había cortijos. En un cortijo de estos permanecieron los quince días de la fuga, mientras pasó el peligro de aquellos errantes escopeteros y sangrientos que tantas muertes iban causando por todos los pueblos por donde pasaban. A los quince días de estar en aquel cortijo, el cortijero bajó al pueblo a por provisiones que mi familia las compraba por mediación de él, ese día se fue por ellas y también para traicionarlos. Hizo correr la voz de que en su cortijo había refugiados y si se descuidan en salir corriendo, otro grupo de escopeteros los hubieran atrapado, pues venían detrás de él. Todos los pueblos de la Alpujarra estaban invadidos de estos grupos ocasionando tanta sangre.

Esto duró un mes, hasta que definitivamente estalló la guerra. Al mes de encontrarse por aquellas sierras de Trevélez, mi familia volvió a casa, aunque yo supe de ellos por un pastor que me llevaba la noticia, mandado por mi madre.

Cuando llegaron tenían los pies destrozados de andar por los matorrales. Mi madre y mis hermanas regresaron, pero mi padre y los demás hombres de la familia continuaban fugados.

La aldea se encontraba deshabitada, sólo quedaban los viejos y niños. Los fascistas se habían marchado a la provincia de Granada y de Almería. El lugar parecía un cementerio en ruinas, pues sólo había allí casas cerradas. Los que huyeron se pasaban el día por los campos esperando el choque de los dos frentes. Era escalofriante el ambiente tristón del pueblo.

Cuando mi madre y mis hermanas regresaron a mi casa hicieron un amasijo de grano, amasando para toda la semana, teníamos horno particular como la mayoría. Amasaron y cogieron provisiones y nos marchamos todos a la vega alta a un cortijo que tenía mi tío Juan y en el que ellos vivían, nos dieron una nave para refugiarnos. Allí estábamos unas veinte personas, tres familias, todos del mismo parentesco, de día permanecíamos al aire libre y por noche tendíamos mantas sobre la paja y dormíamos todos en cama redonda, todos éramos mujeres y niños.

Las fuerzas rojas:

Tuvieron el error más grande que pudieron tener. Cuando llegaban a un pueblo destrozaban las iglesias y quemaban los santos. Al enterarnos de eso, antes que los vecinos saliéramos del pueblo, mi hermano Miguel que era de la junta de las fiestas aquel año, mil novecientos treinta y seis, los compañeros de dicha junta y el sacristán, este último tenía la llave de la iglesia, una noche escondieron en un pajar a San Miguel y a San Antonio, los dos patrones de Cástaras.

San Miguel era una imagen maravillosa, muy elegante y guapísima. Era una lástima que con la cruel guerra quedaran destrozadas.

Las mujeres de la caravana que se hospedaban con nosotras en aquel cortijucho, nos asomábamos al filo de unas eras que daban vista al pueblo. Aquella tarde lloraban porque veían salir del pueblo llamas y ceros grandes de humo, parecía estar ardiendo toda la población y que el infierno se había aposentado en él.



Litografía de Serafín Berdonés con la imagen antigua de San Miguel de Cástaras.

La poca gente que quedaba en el pueblo salía corriendo sin saber dónde iban, saltaban por los barrancos para ir fuera del camino, dando lugar a ser menos vistos. Se ocultaban debajo de la maleza, bajo las rocas y entre el alto maíz. Los humos llevaban estandartes del infierno, el ruido del aire parecía tocar una marcha fúnebre. Se respiraba nostalgia y angustia. Algunas nubes que andaban por el cielo azul se asemejaban a fantasmas que huían como los seres vivientes.

Los soldados estaban furiosos por la sangre que los vampiros escopeteros dejaron derramada por toda la Alpujarra. Descargaban su furia sobre las cosas más inofensivas como iglesias y santos, porque los que habían hecho el daño ya no estaban, se habían marchado a su zona fascista que quedaba por Lanjarón y Órjiva.

Algunas mujeres que en aquellos días les habían matado a sus padres y hermanos se unieron a las fuerzas rojas con el despecho y la indignación de defender y vengar las muertes de sus seres queridos. La hija del segundo alcalde que residía en Nieves, donde asesinaron a seis hombres, se incorporó a las fuerzas vistiendo uniforme de miliciano de las fuerzas rojas, hasta el gorro con la borla. Se metieron en la C.N.T. y F.A.I. parecían otras Agustina de Aragón. Todo esto estaba ocurriendo en poco tiempo y había sed de venganza. Era la guerra, una guerra muy sangrienta y atroz.

En Cástaras quemaron los santos de la iglesia, fue la tarde del fuego, ardió todo y la iglesia quedó vacía, usando la nave como cuartel para albergar una columna de soldados.

Cuando arrastraban los santos hacia la plaza, ocurrió algo sorprendente. El retablo de la iglesia de Cástaras poseía una belleza extraordinaria, por su arte y valor era el mejor de todas las cercanías, todo él en dorado. Era muy alto pues



Litografía de Anel con la nueva imagen de San Miguel de Cástaras, tallada por Eduardo Espinosa Cuadros en 1942.

llegaba casi al techo de la gran nave. En todo lo alto se encontraba el Santo Cristo, una imagen del tamaño de un hombre normal. Este Cristo sólo se bajaba en las procesiones de Semana Santa, era una talla maravillosa. Al quedar tan alto; los soldados no podían bajarlo y se pusieron a lanzarle tiros. Había entre ellos un chico del pueblo y a pesar de su tierna edad tenía una fuerza morbosa en su persona para ejecutar las hazañas de ayudar a esos soldados a quemar los santos, pues bien, este mozalbete arrebatándole a uno de ellos el fusil, se lió a pegarle tiros al Cristo que fueron a darle en los ojos, estos saltaron por los aires. Actos sacrílegos, ¡qué horror!

En este mundo hay que tener fe en algo, deberíamos ser humanos y pensar que un algo existe. A aquel adolescente que le saltó los ojos al Cristo a tiros, antes de terminar la guerra, ya era un completo hombre, le entró una enfermedad en los ojos quedando totalmente ciego. Para él quedó el mundo completamente oscuro cuando se hallaba en la edad de veinte años, la más hermosa de la vida. El chico hoy está con arrugas y harto de vender iguales en las esquinas de Granada, sin poder andar un paso si no es acompañado por alguien. ¡Qué milagro más claro!

Los frentes se fijaron en aquellas zonas alpujarreñas quedando el de los rojos en la vega alta de Cástaras. Las dos franjas de frentes atravesaban las Alpujarras subiendo hasta Sierra Nevada y llegando hasta el picacho del Mulhacén. En la vega alta de Cástaras y con vistas al pueblo, puso un campamento la plana mayor, era donde se encontraban los altos mandos de aquella cinta de frente rojo. Cuando preparaban un avance, una semana antes se bajaba el batallón al pueblo para sus ensayos.

Preparaban las fuerzas rojas un ataque muy importante y de

todos los batallones juntaron uno de voluntarios que lo llamaban el batallón de Lenin, estuvo un mes en el pueblo albergado en la iglesia, poseía la mejor banda de música que se conocía. Cuando tocaba en la plaza, tan armoniosa se sentía, que todas las personas que habían perdido a algún ser querido se echaban a llorar. Les estuvieron dando una preparación especial como al animal que se cuida para llevarlo al matadero. En este batallón estaba mi hermano Miguel porque era quinto del treinta y seis y para que no lo llevaran muy lejos de la familia se fue voluntario para así quedarse en el frente más cercano.

Mi hermano desde pequeño fue músico en una banda de viento que siempre hubo en el pueblo, al saber tocar, lo integraron en la banda de música que tenía este batallón especial. A este batallón se lo llevaron al mes a luchar en unas grandes batallas por los frentes de Levante, sólo regresó una pequeña compañía; en ella venía mi hermano. Se salvó de unas luchas infernales donde tantos soldados murieron. Mi hermano fue uno de los que se salvaron de ese infierno de batallas.

La guerra:

Los bombardeos de la parte de derechas no nos dejaban tranquilos. Como estábamos tan cerca de los frentes, no se pasaba un día que no tuviéramos que salir corriendo a escondernos en los barrancos debajo de unas covachas que hacían las rocas. Me acuerdo que algunas veces no nos daba tiempo a llegar a la cueva y los aviones encima de nosotros ametrallando y tirando bombas, tal susto me daban a mí, que era una niña, las piernas se me aflojaban y no podía andar,

entonces me tiraba a tierra hasta que pasaban los aviones.

Un día teníamos en la mesa una comida muy apetitosa y favorita de mi hermana María. Ella era la más valiente de todas y cuando nosotros corríamos a escondernos, se reía y se quedaba para verlos; pero aquel día que se disponía a sentarse a la mesa para comer, comentó María: si los aviones se presentaran echando bombas no me movería de la mesa hasta haber terminado de comer. Aquello fue anecdótico pues al terminar de decir esa frase apareció la aviación. Corrimos hacia los refugios de las rocas mientras ella se quedó sentada a la mesa y riéndose a carcajadas de nosotros. Aquel día las pasó negras, su valor casi le cuesta la vida, cuando escuchó el bombardeo y que las bombas caían tan cerca se asustó ella también. Tuvo que tenderse en una acequia que pasaba cerca de casa porque no le dio tiempo a esconderse, ro seguía con su valentía, se tendió, pero boca arriba para estar viendo los aviones cuando dejaban caer la munición. De esta manera estábamos cada día que amanecía.

Mi pueblo quedaba tan cerca de las filas de combate, que vivíamos en un puro sobresalto y con la vida pendiente de un hilo. Se rumoreaban bulos de un combate que habría en aquel cercano frente. Casi todos los vecinos nos salimos y nos alejamos. Nos fuimos a los cerros donde hay minas vacías, en ellas nos estuvimos las mujeres y niños tres días hasta que terminó el combate.

Mi padre:

Mi padre ya no era hombre de ir a luchar. Él estaba en su labor, en sus trabajos de agricultor. Como mi hermano Miguel estaba en el frente, mi hermano Ángel que era entonces

un adolescente, ayudaba a mi padre en las tareas del campo. En aquellos frentes cercanos, los rojos avanzaron y se apoderaron de un grupo de pueblos alpujarreños, le decían la Taja y allí estuvieron durante un año los fascistas y al avanzar los rojos en aquel ataque, los de derechas perdieron toda aquella comarca, los vecinos huyeron a Granada dejando los campos sembrados.

Los mandos de las fuerzas dieron una orden a todos los labradores de la zona roja: las familias que quisieran ir a trabajar a aquellas tierras sembradas y abandonadas, podrían hacerlo. Los trigos estaban en espiga y era una lástima dejar la cosecha perder. Era muy expuesto porque quedaban más cerca del enemigo que de los rojos y las balas pasaban por encima de nuestras cabezas. Insistían para que la gente se fuera a vivir a aquellos pueblos que habían quedado deshabitados y las tierras a punto para segar el trigo.

Mi padre se revistió de valor y exponiéndose marchó a uno de esos pueblos, instalándose en uno llamado Ferreirola con una parte de la familia, quedándose la otra en Cástaras trabajando nuestra hacienda.

Vivimos dos años expuestos, pues estaban muy cerca las líneas de fuego, pero no se podían dejar perder aquellas cosechas. Igual que nosotros, se fueron muchas familias, cada una cogía las tierras que podía labrar. Se recogieron las cosechas y se siguió arando y sembrando. Trabajábamos mujeres y niños con el fin de llevar las dos casas adelante.

Fueron dos años de trabajo y angustias por tener que andar de un pueblo al otro, había medio día de camino entre Cástaras y Ferreirola, por senderos pedregosos y llenos de espinas porque teníamos que atravesar unas montañas cubiertas de tomillo y romero. Las bestias cargadas sufrían por esos

caminos. Había que bajar y subir por una gran escarigüela desde lo alto de la montaña hasta el río, éste se cruzaba por un puente hasta entrar en el término de Ferreirola. Cuando pasábamos por lo alto de la escarigüela había que hacerlo con ligereza y agachados porque en frente estaban las filas enemigas y las balas nos comían. Conocíamos estas balas porque hacían un ruido distinto a las de los rojos, retumbaban con gran estruendo en el hueco del río. No cesaban en todo el día, las de los unos y los otros pues nos hallábamos en un lugar que, aunque estaba ocupado por los rojos, las balas cruzaban por encima de nuestras cabezas; las de los fascistas se conocían porque sonaban con un golpe que decía pacú. No me quiero acordar, yo era una niña de diez años. No me gustaba ir al pueblo aquel porque de noche no se lograba dormir tranquila con tanto ruido de balas de las dos filas.

Siempre había que dormir con la oreja atenta por si se preparaba un ataque del enemigo y teníamos que salir corriendo. Una noche hubo un ataque de los dos frentes, todos los nuevos vecinos fuimos a la calle a medio vestir pues eran las cuatro de la madrugada y se formó tal jaleo que algunas personas se disponían a correr con el abrigo encima del pijama. Había un señor de los emigrados que allí estábamos, llamado Cayetano, era solterón de unos cuarenta y cinco años, tanto susto pilló aquella noche del tostoneo de tiros que al pobre hombre se le fue el punto por los calzones abajo. ¡Pobre Cayetano! más muerto que vivo, con un puñado de trapos debajo del brazo porque no le dio tiempo a vestirse bien y los calzones llenos, regresó de nuevo a la casa de aquel pueblo. Esto era uno de los muchos sobresaltos que se pillaban.

Yo estuve quince días de cocinera de los hombres que trabajaban en Ferreirola, como una mujer de ama de casa. Qué comidas podría hacer yo con doce años, siempre que me ponía a guisar, iba antes a preguntarle a la vecina que se encontraba más cerca. Recuerdo que un día le hice a mi padre unas migas tan crudas y apilotadas ... se las llevé al campo para el almuerzo, pero no se las pudo comer. Pero mi padre era consciente y veía que era una cría todavía. Se echó a reír y tuvo la paciencia de guardar una bolita de migas en el pañuelo para enseñársela a mi madre, simple anécdota de la cocinera que le habían mandado. Tal vez con la ilusión de que aquella tarde nos íbamos a Cástaras, no esperé a cocer la comida y llevé las migas crudas al campo.

En la nueva localidad nadie quería estar, no nos gustaba, pero nos relevábamos los miembros de la familia para compartir el tiempo en los pueblos. Otra vez me tocó en una época en que mis hermanas Basilisa y María que ya estaban mozas, también fueron en aquel turno a Ferreirola me lo pasé muy bien y distraída. Pues la juventud da alegría por donde va y claro mis dos hermanas juntas, aunque veían el peligro igual que todos, pero tenían una animación que no pensaban en la guerra. A la salida del pueblo había una fuente de agua agria, situada en el paseo de aquel pueblo. Ellas se vestían con sus mejores ropas para el paseo. Era tiempo de verano, los frentes estaban en calma y prácticamente no nos acordábamos de la guerra y es que la juventud da mucha alegría.

En las tardes de verano aquel camino del agua agria se llenaba de gente, a la vez que paseaban bebían agua del mismo manantial que era donde tenía más gases. Esta agua mineral que deja un sabor por donde pasa, es una especie de gaseosa,

da fuerza a la sangre y abre el apetito to. La gente se la llevaban en un cacharro para casa, que para la mesa en la comida es deliciosa y para beberla siempre a cualquier hora pues era un reconstituyente.

Mis hermanas se divertían mucho en esos paseos del agua agria. A esos paseos iban también otras chicas del pueblo y se juntaban armonizándolos. Y también chicos, pero pocos, los que no tenían aún edad de luchar. Otros jóvenes desconocidos solían acercarse a las muchachas, eran soldados que bajaban a desentumirse un poco de las armas, descansando un día o el tiempo que le dieran de permiso. Iban vestidos de paisano y algunos eran oficiales.

Se comportaban con cariño y educación. Bajaban de las filas, amargados de la guerra, buscaban el diálogo con cualquier persona. La tarde se hacía amena y distraída, para las chicas como para los soldados que camuflados con sus ropas de paisano les gustaba presumir con ellas. Allí nacían amores y muchas ilusiones y a veces formalizándose noviazgos.

El nacimiento del agua agria estaba al lado del camino por el que se entraba al pueblo. El trozo de camino lo habían arreglado como una carretera, por eso queda siendo el paseo del pueblo.

En el río, a la bajada de la escarigüela, había una fábrica de luz, pertenecía a Ferreirola, estaba manejada por las fuerzas rojas, los empleados eran técnicos electricistas, pero soldados. Uno de ellos era un malagueño, empleado de la fábrica de luz del Chorro de Málaga. También les gustaba salir por las tardes al agua agria.

El electricista malagueño se enamoró de mi hermana Basili-
lisa que tenía diecisiete años, en el agua agria nacían amores



María Almendros, hermana de Leonor.

llegando al casamiento más de uno. En el sitio de esta fuente había unas placetas con piedras muy labradas puestas por la misma naturaleza que nos servían de asientos, encima había unos castaños gigantes que daban una buena sombra los días de verano. El noviazgo de mi hermana tomó una fuerza enorme, hasta el punto que se casaron y es el marido que tiene hoy.

Aquella etapa del verano y con mis hermanas mozas me lo pasé muy distraída, apenas si me acordaba de lo cerca que teníamos el peligro. Pusieron en aquel pueblo una escuela para los chicos y chicas adolescentes que necesitaban dar algunos repastos para no olvidar lo que sabían. El maestro era un malagueño refugiado él residía en Ferreirola y tenía unos cuarenta años. La escuela se llenó de jóvenes, en ella estuvimos mi hermano Ángel con trece años, yo de once y un cuñado de mi hermana la mayor que tenía quince y como la casa en que vivíamos era un caserón tan grande que cabían unas cuantas familias, allí estábamos tres familias. Aunque cada una viviera independiente, en otro sentido éramos todas una familia unida en la misma casa. A mi cuñado Antonio, el marido de mi hermana Camila le gustaba mucho hacernos rabiar a los tres adolescentes que nos encontrábamos en el caserón aquel. Los tres íbamos a tomar clases a la escuela que pusieron, también iba una amiga mía llamada Expiración y de esa chica se enamoraron a la vez Ángel, mi hermano y José, el cuñado de mi hermana.

Una noche se pusieron los dos a escribir a la misma jovencita y en la misma mesa; cuando estaban escribiendo se tapaban con la otra mano el papel para que no supiera ni uno ni otro a quien dirigían la carta.

Cuando terminaron la escritura se fueron a dormir cada uno

con su carta guardada en uno de sus bolsillos, pero mi cuñado que siempre tenía ganas de divertirse a costa de ellos, me mandó a mí para que le sacara las cartas mientras dormían; dormían los dos en la misma habitación y en la misma cama. Cuando yo conseguí las cartas las llevé a mi cuñado, rieron durante un buen rato al ver que los dos enamorados se dirigían a la misma señorita.

Mi hermano Ángel le decía: dime pronto si me quieres o sí no, para buscar mi vida por otro lado. Y el hermano de mi cuñado le escribía en su carta: Expiración te quiero, te quiero, te quiero hasta que me muera, me contestarás pronto para tomar mi decisión. Antonio después de leer las cartas y divertirse con ellas, las guardó para al otro día hacerlos rabiar.

Lo mejor vino después: cuando se levantaron por la mañana lo primero que hicieron fue buscar la carta en el bolsillo, mosqueados por escribir los dos a la misma chica, pues, aunque no se lo dijeron se lo suponían; al notar el primero que le faltaba la carta se encespó con el otro

diciéndole que se la diera. El otro que oye esta frase cuando todavía no había notado la falta, la busca y al no encontrarla, alzando la voz dice al otro: maricón, eres tú el que me la ha quitado a mí y por eso me la pides. Las cosas se pusieron al rojo vivo porque se culpaban los dos y ni uno ni otro las tenían. Las voces se iban alzando cada vez más, hasta el punto de que ya iban a engrescarse a puñetazos. El hermano y cuñado con sentido del humor tuvo que mediar enseñándoles las cartas. Aquello sirvió de risa para toda la semana.

Como había personas de todas las edades, nos juntábamos una gran familia donde pasaba de todo y había humor para estas cosas. Aquella distraída época se pasó después de estar

en Cástaras otra temporada, que es donde me encontraba más consolada cerca de mi madre y en mi verdadera casa. Era otoño y me mandaron a otro relevo a Ferreirola. Mi corazón se encogía cada vez que me decían que me tenía que ir a ese pueblo serreño, como si lo apretaran en un puño.

La angustia y ansiedad de la guerra la llevábamos sobre nosotros como niebla que invadía nuestras vidas, impidiendo su caminar. No sabíamos hasta cuándo duraría esa pesadilla que a diario soportábamos y si después de despertar de ella sería un triunfo o una derrota. Pero había que avivar la llama de la vida para llegar al final de ese algo que todo ser buscamos y nunca acaba de llegar.

Los soldados daban su vida en los frentes, pero el personal civil de la retaguardia también teníamos que sufrir esos percances de la guerra. Porque la maldición de una guerra es un mal viento que por todos los sitios se filtra participando todos de él.

Era octubre y me fui a Ferreirola. Las castañas comenzaban ya a madurar, caían al suelo como lluvia. En las tierras que labraba mi padre había gran cantidad de ellas, eran unas castañas pilongas, gordas y maravillosas. Mi padre nos dedicó a este trabajo a todos pequeños, Ángel y yo, él también. Cuando el día se daba bien llenábamos el cesto en un santiamén. Había mañanas que amanecían lluviosas y era cuando más castañas caían al suelo y lloviendo nos llevaba mi padre a cogerlas, el camino se llenaba de aquel fruto y era una lástima dejarlo extraviar. Al llegar el tiempo de la recolecta de la aceituna, otro trabajo que también nos asignó a nosotros, pues teníamos que trabajar todo el mundo, cada cual en lo que sabía hacer.

Otro día cuando me disponía a hacer la comida, me pareció

sentir ruido de aviación, como me encontraba sola en casa y tenía tanto miedo a los aviones, eché a correr a una huerta que había enfrente, donde estaba mi padre trabajando, me abracé a él, pues me parecía que así estaba más protegida. Nos metimos bajo la techumbre de un lavadero, el techo no era muy firme pero allí no nos veían.

Cayó una bomba en la plaza que quedaba junto a la huerta. Fue la explosión tan grande que mi vestido se elevó por los aires igual que un paraguas. Aquel día no comí del susto ni tenía fuerzas para hacerlo. Mi padre me consolaba, para calmarme me dio agua de beber. Cuando volvimos a Cástaras me comenzó a salir un tumor en la rodilla que se me puso como una naranja.

En aquel tiempo en el lugar no había cura ni maestro ni médico, todos se fueron huyendo a la zona fascista, por lo tanto, no teníamos médico. Mi madre utilizaba medicamentos caseros como paños calientes, el bulto se fue ablandando hasta reventarse. Aquella postema fue bastante grave, me tuvo una temporada cojeando y sufriendo. Un día bajó un médico de las fuerzas y mi madre me llevó para que me viera el tumor y el médico le dijo que era un rebote de la sangre de los sustos que pillaba con la guerra. Mi hermana Basilisa, como ya he mencionado, se casó en la guerra; nació su primer hijo, pero cogió una infección intestinal y por falta de un doctor, el niño murió. Teníamos que pasar sin médico en el pueblo, a no ser que subiéramos al campamento de las fuerzas militares y alguno de ellos nos atendiera.

Otra vez nos pasó otra emergencia: A mi hermana Basilisa le salió una pupa viva en el lado de la matriz, iba comiendo la piel y se le quedó en carne viva. Le empezó por la mañana

y tanto le corría la mancha que se fue agrandando por momentos. Mi madre asustada cogió a mi hermana y la llevó al campamento para que la vieran los médicos de las fuerzas. Rápidamente se lo quemaron con un líquido muy fuerte y le aplicaron después una pomada, sanó en poco tiempo, pero si se descuidan, la matriz la hubiera perdido y sabe Dios a dónde habría llegado.

Lo mismo que con el médico pasó con los maestros. Al empezar la guerra salieron huyendo y nos quedamos sin maestros oficiales.

Pusieron una escuela, dos chicas algo entendidas las llevaban, pero no eran maestras, una era una estudiante y la otra mi hermana María. Los chicos los atendía el secretario del pueblo. Con sólo diez anitos me quedé sin colegio, pues esta escuela era más bien para párvulos y esa etapa yo ya la había pasado. Necesitaba colegio, sí, porque a esa edad es cuando todo se comprende mejor, pero preferible con una maestra oficial, no una aficionada. Mi formación se quedó como el que empieza a comer y le retiran el plato. Cuando terminó la guerra, que las cosas volvieron a su cauce, ya no había tiempo para nada pues ya con trece años, una mujer completa y la escuela era solamente para las niñas hasta doce. Si mis padres hubieran podido costearme los estudios como los estaba necesitando, me habrían llevado a la ciudad a terminar de aprender lo que me faltó. Esta fue otra desventaja de la guerra, muchos como yo, quedaron en las mismas condiciones

La Guerra Civil:

Era el año treinta y siete, en el pueblo pusieron un nuevo

alcalde, un hombre rústico y poco espabilado en este campo, Juan Salas.

Juan Salas, no sé si sería mandado por las fuerzas militares, creo que sí, hizo una recolecta por las casas que más podían ayudar. Dicho alcalde se presentó en mi casa con varios soldados llevándose todo lo que había de cacharros grandes y un buen fardo de mantas. Realmente la fuerza lo necesitaba, pero no había derecho que a una familia la dejaran sin estos elementos tan primordiales, habiendo tantas casas que podían ayudar. Mi hermana María le dijo: creo que entre todos los vecinos tenemos derecho a cooperar. Pero no es de recibo que a una familia la dejen hasta sin vasos para beber agua y por otros sitios con medios para ayudar no pasen siquiera. El alcalde era un cácharas, quería acabar pronto sin molestarse mucho. Nos hicieron una limpieza buena que poco a poco tuvimos que ir reponiendo.

La guerra teníamos que ayudar a hacerla, mas un dirigente debe obrar con equilibrio haciendo que se colabore entre varias personas y no arruinar a unas pocas, a las que a él se le antojó, con todas las que vivían en el pueblo. Todas estas cosas y algunas más penosas son los inconvenientes de la guerra. El que habitaba más cerca de las llamas más se quemaba. Todos teníamos que arrimar el hombro, la guerra se filtra por todos los laterales y había que asumirlo. En aquella época la gente vivía sin la seguridad del hoy y del mañana.

Todo el mundo, tanto el personal militar como el civil no tenían esa existencia firme de un mañana, solamente se creía en el día pasado. Se pensaba que esa guerra, antes o después arrastraría con nuestras vidas antes de llegar a un mañana. Se aplaudía el día pasado sin confiar en el siguiente. Lo importante era divertirse y disfrutar cuanto se pudiera por si la muerte estaba cerca. Los soldados también apuntados a la

tabla de su sentencia de perder la vida a cualquier hora, pero en la retaguardia, en el personal civil también hubo mucha libertad.

Las mujeres quedaron casi todas sin su pareja, fuera novio o esposo, se quedaron sueltas y libres. Se divertían con los soldados sin freno porque no sabían lo que la guerra les tenía guardado. Hubo corrupción y según los bulos fue general en las dos zonas.

Cuántas quedaron con hijos de los soldados, a lo mejor se vinieron de una zona a otra refugiadas, algunas venían con sus hijos y el marido se encontraba luchando en el frente. Estas mujeres se instalaban en sitios diversos de forma provisional esperando a que acabara la contienda para regresar a su tierra y reunirse con su gente. Cuántas se buscaron un amante y cuando terminaron las luchas volvían a sus casas sin haber visto al marido en todo ese tiempo, volvían con un hijo o dos más que al dejar al esposo.

La reconciliación de las familias fue un drama. Estas cosas y otras aún más graves pasaron frecuentemente, los hombres iban deseosos de reunirse con su esposa e hijos y se encontraban con estos percances, si quería a su familia y si le era trabajoso separarse de ellos, tenía que aceptar ese aumento de hijos que él no esperaba admitirlos como suyos. Y si no se perdonaba la infidelidad también se sentían desgraciados. De todas las formas esta libertad y corrupción se extendió en general, dando lugar a historias como estas. ¿Por qué fue todo? Porque la vida no la tenían segura y querían sacar de ella lo que pudieran antes de que se le fuera.

Todo fue fruto de la cruel guerra.

Mis raíces:

Mi tía Basilisa tuvo cuatro hijos luchando, el más pequeño de estos cuatro murió en la guerra a los dieciocho años, qué duro fue para mi tía perder al hijo a los tres meses de incorporarse, aconteció en Gandía. El mayor fue comandante. Cuando terminó, a los tres restantes y mi tío, ya anciano los metieron en la cárcel. El mayor murió en la prisión de tantos tormentos como le hicieron pasar.

Mi madre tuvo suerte en ese particular, mi hermano Miguel se vio en las cruentas batallas y de todas se fue librando. Aunque después le vinieron los sufrimientos mansos, que fue con los que más sufrió.

Mi tía Laura, la otra hermana de mi madre, antes de comenzar la guerra se fueron a vivir a Tetuán, ellos se libraron de la contienda. Mucho sufrió sin saber nada de la familia en España; a los dos años escribió una carta que nos llegó a través de la Cruz Roja y por el mismo medio le contestamos para que supiera de nuestro estado, la carta la recibió a los tres meses.

Más duro fue lo que le pasó a una vecina nuestra que también vivía en Tetuán y el mismo verano que estalló la guerra vino a dar una vuelta por la casa que se la había dejado cerrada con todos sus enseres en el interior. A las dos semanas de estar en el pueblo estalló la guerra quedándose ella en una zona con el niño mayor con doce años y el más pequeño de un año. En África dejó a su marido con la madre anciana y con tres niños de corta edad. Los tres años tuvieron que pasarse la mitad de la familia en un país y sin poderse escribir para saber unos de otros. Aquella pobre mujer se derretía llorando, acordándose de los tres hijos y del marido. Tiempos tristes de la zona roja.

Era el año mil novecientos treinta y nueve.

El invierno estaba terminando, los soldados bajaban al pueblo tristes, pues la guerra la estaban perdiendo. Eran valientes y tenían mucha fe en su lucha, pero las cosas les iban fallando a consecuencia de los altos mandos que tramaban una especie de complot con los enemigos. Organizaron un combate, pero cuando estaban a punto de ganar la batalla les mandaron retirada. Los soldados caían al suelo como lluvia. De cuatro partes volvía una, todos los demás quedaban segados por el suelo.

Los bajos mandos cuando venían al pueblo se retorcían las manos de rabia, pues advertían que había algo de complot por parte de los altos mando de la división que en aquella línea había. Otra vez formalizaron una batalla que tenía el propósito de darles un corte. En esta batalla participó mi hermano. Bajaron desde Sierra Nevada a Lanjarón, pasaron las dificultades más grandes para efectuar ese corte; bajaron por sitios muy dificultosos, teniendo que cogerse unos a otros de la mano para poder descender sin despeñarse.

Esto lo encabezaba un conocedor del terreno, sólo andaban de noche, por el día permanecían escondidos. Cuando llegaron a los tres días a la vega de Lanjarón, todo ese tiempo sin comer, no podían andar. En la vega cogieron cebollas, tomates y demás productos comestibles; le tiraban un bocado a la cebolla, para aplacar el picor le tiraban otro al tomate. Así recuperaron las fuerzas y el ánimo para volar el puente y hacer el corte. Ya estaban a punto de culminar la operación que le habían encomendado cuando reciben la orden de retirada. Se volvieron otra vez, pero de un batallón que iban, sólo quedaron unos cuantos. Estos pocos soldados quedaron al llegar a la sierra en término rojo. Los que llegaron a la

sierra con vida se tendían en el suelo destrozados mientras les preparaban café para que tomaran algo caliente. Cuando se disponían a tomarlo llegó la aviación enemiga y se los cargó a todos menos a unos pocos, entre estos estaba mi hermano Miguel. Cuántas veces se vio entre las llamas y de todas escapó.

La guerra:

La guerra la iban perdiendo los rojos, ¡qué pánico había! Para los soldados que bajaban al pueblo la guerra estaba perdida, sabían que ellos y todos los que luchaban en esta zona si no morían en las batallas mala suerte les esperaba, lo peor de todo esto... que perdían una guerra después de estar tres años derramando sangre y muriendo tantos soldados para terminar con las manos en los bolsillos. Hubo muchos oficiales que no estaban dispuestos a entregarse para ser objeto de crueldades. Preferían ellos mismos quitarse la vida antes que pasar por esos horrores extremos. Se dio la voz de que la guerra había terminado.

Las minas que hay en la montaña, donde estaba la plana mayor sirvieron de cementerio a los oficiales que oprimidos por la desesperación, dentro de estas minas, otro tiempo explotadas, pero entonces abandonadas, antes de entregarse, con sus mismas pistolas se suicidaban. Estos dramas sucedían en silencio, sin manifestarlo delante de los soldados a los que enfilaban para llevarlos conducidos a campos de concentración. Los pastores tropezaban con estos dramas que en las minas silenciosa mente habían sucedido.

Los que vivían más cerca de estos parajes tuvieron que comunicar lo que pasaba por aquellos escondrijos próximos al

campamento. Fueron muchos los casos, muchos no tuvieron el valor de quitarse la vida, pero también temían entregarse al enemigo con la guerra perdida; decidieron fugarse a la sierra como bandoleros.

Las sierras alpujarreñas:

Estas sierras se llenaron de bandas de rojos que no querían entregarse. Personas muy nobles, honradas, con sentimientos puros tuvieron que refugiarse en la sierra como bandoleros. En la montaña tenían que hacer su vida, asumiéndose como otros animales más, como los que allí habitaban. Huían de piedra en piedra escondiéndose como el conejo en su madriguera, sentenciados a vivir sufriendo, todo... porque perdieron la guerra. Sólo por ser leales a sus ideas, porque no quisieron ser avasallados por los poderosos, los ricos que, a costa de la mano de obra barata de los obreros, pretendían enriquecerse más y tener todavía más poder.

La guerra fría:

La guerra fría fue la más terrible de toda la Guerra Civil. La guerra mansa y solapada fue la más cruel de las luchas que había habido. Los sufrimientos lentos es lo peor de todo lo que pueda suceder. Había odio, venganza, rencillas, intrigas... veneno que se escupía maldiciendo el sitio donde caía. Aquel odio acumulado se descargaba sobre las personas más inocentes, haciéndolas víctimas de su cólera.

Mis familiares:

Mis familiares que luchaban, como mi hermano, mi cuñado el malagueño, mis primos y demás, todos fueron a campos de concentración. Mi padre, mi tío el marido de mi tía Basilisa y mi cuñado Antonio, todos estos hombres de más edad permanecían en su casa, esperando lo que le pudiera venir. Un día se presentó un pelotón de soldados a tomar posesión del pueblo. Los acompañaban otros tantos vecinos de los que fueron huyendo a la zona fascista, habían regresado y se encontraban en sus casas de nuevo.

Aquel gran pelotón de soldados y los vecinos fascistas que habían regresado, todos unidos a modo de manifestación, recorrieron las calles cantando el Cara al Sol con el brazo derecho alzado y la mano abierta. Algunos llevaban camisetas azules con el yugo y las flechas. En las casas que vivían personas de izquierdas, se paraba todo aquel pelotón cantando el himno mencionado y soltando frases ofensivas a los que fuimos de la otra zona.

La manifestación morbosa duró medio día, pues terminaron roncos de tanto cantar el Cara al Sol y de lanzarnos toda clase de improperios.

En mi puerta, como mi padre fue un cabecilla de izquierdas antes de la guerra, aunque no podían reprocharle que hubiera hecho nada malo, era un dirigente del opuesto régimen, se ensañaron con nosotros vilmente. Aquella manifestación se paró frente mi puerta y los soldados exigieron que nos asomáramos a la ventana todos los familiares con el brazo en alto, repitiendo la dichosa cantinela a coro con ellos. La repitieron tres veces y cuando ya se iban nos echaron un viva de cachondeo nombrándonos por el a-podo.

Cuando se retiraron entre carcajadas, se volvían mirando a

nuestra ventana, con insultos. Aquello fue duro y horroroso. Mi hermana María como era tan sentida, se retiró de la ventana llorando, pues la pobre acababa de sufrir un ataque de sin sabores en su alma y su pobre corazón. Defraudada se sentó enjugándose las lágrimas, terminaba de ver el principio de una dura racha que se nos avecinaba. ¡Cuánta tristeza invadía nuestros corazones! ¡Qué humillaciones teníamos que soportar! Habíamos quedado en el quicio de las puertas de un infierno que el destino nos mostraba abiertamente. ¡Pobre madre y pobre María!, eran las personas de la casa, por ser las mayores, que más desprecio recibían de aquellas personas que un día salieron huyendo por su propia voluntad y sólo por el mero hecho de haber vencido en la guerra, volvieron al pueblo con las uñas y dientes bien afilados buscando víctimas para descargar su veneno.

Fuimos las principales víctimas, de nosotros hicieron como el que va al monte a cortar leña. Cortaron sin pereza y la que quisieron. Se organizó un ayuntamiento fascista; el alcalde fue uno de los refugiados en la otra zona, era el sastre que hubo en el lugar, aunque solamente tenía unos cuarenta años aproximadamente. Era un loco empedernido. Tuvo la ocasión de demostrar sus malos instintos con las personas que se encontraban en una situación de humillación.

Lo primero que hizo fue llevar dos guardias civiles con siete soldados y el cabo que los dirigía; los alojó allí, haciendo a modo de cuartelillo y estuvieron un verano entero, hasta hacer toda la leña que hizo en el pueblo. A mi padre y a doce hombres más los cogieron presos, los tuvieron unos días en la cárcel del pueblo, la cárcel era demasiado estrecha para tantos hombres que allí habían metido. Porque de Nieves trajeron otros tantos y no cabían todos. Los tuvieron varios días en una habitación con el suelo de tierra, húmeda, sin una

silla ni un simple jergón, amontonados como pollos en una jaula. Por unas rejas les dábamos los familiares la comida y con gran severidad nos echaban de las cercanías. Cuando estuvieron quince días en aquellas condiciones, dispusieron su traslado.

Una mañana triste:

Fue el traslado de los presos con cuerdas de hilo de pita, duras y pinchadas, fueron atándolos en hilera de dos en dos, sacaron el rosario de presos conducidos por los civiles y soldados. Se los llevaron a todos a otro pueblo llamado Almegíjar situado a unos dieciocho o veinte kilómetros. Fue un cuadro conmovedor verlos salir; tanto que mi madre empezó a llorar con tanto despecho que le dio un ataque. Fue un golpe muy duro para ella y para los demás familiares al ver que se los llevaban atados como si hubieran cometido algún crimen y todo por sus ideales.

En Almegíjar estuvieron todo el verano. Mi hermana Camila, como también iba su marido y mi padre, se fue a ese pueblo para llevarles de comer, como ella hicieron otras mujeres, alquilaron una habitación y en ella estaban todas las que cabían, para ir cada día a llevarles comida. Mientras los que quedábamos en Cástaras recibíamos el castigo que aquel diabólico alcalde nos quería imponer.

Lo primero que hizo fue poner a un grupo de mujeres que estuvieron en la zona roja a barrer las calles con soldados de guardianes para que lo hicieran bien. Otro día volvieron a citarlas para que blanquearan las escuelas y cuando terminaban, las ponían a darles otra vuelta. Les daban cal viva para que se quemaran la piel. En otra ocasión les tocó el

ayuntamiento y cuando no había nada que hacer les mandaban otra vez a barrer calles y plazas. A tres mujeres de avanzada edad las pelaron al rape, de tal manera que parecían chinos.

Alguna persona que habíamos pasado la guerra en el pueblo, por el hecho de haber estado en aquella zona, no nos dejaban salir del pueblo, si queríamos salir teníamos que llevar un salvoconducto y a nosotros no nos lo hacían. Pasara lo que pasara teníamos que permanecer encerrados como prisioneros.

¡Era terrible la dictadura que nos tenían puesta! Sin libertad ni para salir del pueblo, cosa que las altas autoridades no se enteraban de esas injusticias que estaban haciendo en aquellos pequeños pueblos.

Mi hermana Basilisa que como ya he dicho se casó durante la guerra, al casarse, el marido compró un ajuar estupendo. Fue a Úbeda, un hermano vivía allí y de paso que veía a su hermano, como Úbeda es un pueblo muy importante, donde había mucho comercio, compró toda la ropa del casamiento. Llenó un gran baúl de ropa.

Cuando se terminó la guerra, se fueron los dos a Málaga con el fin de recoger el baúl con la ropa. En ese tiempo era cuando tantas injusticias hacían con nosotros. En un registro de los muchos que nos hicieron se nos llevaron el baúl con la ropa; en el ayuntamiento se la repartieron entre unos cuantos, dejando a mi hermana sin su ajuar.

Nos dejaron hasta sin ropa para la cama, extendieron una manta en el suelo y en ella iban echando todo lo que les apetecía y sobre todo la ropa de cama. Nos estaban dejando arruinados, mi casa fue siempre una vivienda muy ordenada y con todos los detalles. De clase media, pero la teníamos

arreglada con tanto gusto que resultaba armoniosa. Teníamos una colección de sábanas bordadas por mis hermanas cuando iban a la escuela, pues en aquellos tiempos se les enseñaba a las adolescentes a bordar y mis hermanas hicieron unos juegos primorosos. Había prendas maravillosas de cortinas, tapetes de mesa y hasta una preciosa colcha de mucho mérito y valor, hecha por mi madre cuando era moza, de croché. Además, como mi madre era modista, las ropas nuestras estaban hechas con mucho gusto, siendo muy atractivas.

Nos dejaron en la ruina, tantos registros que realizaban y siempre arrastraban con cosas. Un día mi madre desesperada le dijo a los civiles que si nos iban a dejar algo, al menos para taparnos y con desprecio le contestaros que se tapara con una losa. Rencillas del pueblo, a los civiles y soldados los llevaron para que hicieran daño a las personas que allí nos quedamos, todo el daño que podían.

Mi hermana Basilisa vivía en Málaga con su marido que era de El Chorro, un pueblo malagueño. Mi hermana María consiguió un salvoconducto y escapó para que no la castigaran más barriendo calles y blanqueando los centros oficiales.

Por venganza, a las personas de la zona roja no nos dejaban salir del pueblo, pues como en aquel tiempo había que viajar con un permiso firmado por el alcalde y a nosotros como ya he dicho no nos lo querían dar para que no nos fuéramos, así seguían prodigándonos toda clase de ignominias. Quedamos mí madre y yo que era una niña de trece años y sobre nosotras descargaban toda su ira. Mi madre ya era mayor, una señora gruesa que padecía del corazón no podía realizar grandes fuerzas. Yo, una chiquilla que no sabía nada de la vida y menos de política, una muchacha inocente que sin comerlo ni beberlo, padecía lo indecible.

Quedamos, como he mencionado, mi madre y yo además de mi hermano Ángel, sobre los tres caían las tormentas del mal tiempo. A mi madre le mandaron blanquear una casa con tres pisos, tenía que subir los cubos del agua de la fuente de la plaza y los de cal desde la calle.

A ella al estar enferma no la dejábamos desempeñar las faenas que requerían grandes esfuerzos; pero tenía que obedecer por temor a las consecuencias. Por aquellos días vino mi hermano Miguel que había estado una temporada en los campos de concentración con ese barullo de los soldados rojos. Cuando vio la tarea que a mi madre le impusieron, él no permitió que ella hiciera esos esfuerzos y volviéndose la ropa del revés le subía los cubos de agua y de cal, después sin dejarse ver se lio a blanquear la casa aquella de tres pisos. ¡Pobrecillo Miguel! el lote que se dio para quitarle a ella aquella sentencia tan terrible. Entre los tres blanqueamos todo lo predispuesto.

A los tres días me pusieron con otra chica a blanquear otra casa, una chica de mi edad, de una familia a la cual, como a otras tantas, le hacían igual que a nosotros. Aquel día estábamos las dos adolescentes encalando mientras un soldado nos vigilaba por ver si lo hacíamos bien; la poca maldad y la inocencia de la corta edad... resulta que el vigilante nos hacía preguntas propias de la edad y creíamos que aquel soldado era inofensivo con nosotras, las dos chiquillas.

Conforme pintábamos se nos ocurría hacer figuras como una flor o cosas por el estilo, pero en un dibujo de los que señalábamos al compás de nuestro blanqueo, acabé por dibujar con la brocha una margarita y a continuación se me vino a la imaginación la hoz y el martillo, el escudo del partido comunista. Sólo estuvo plasmado un momento porque al seguir pintando, todo quedó borrado.

Pero qué ignorancia, qué chiquillada se me ocurrió; como el soldado se percató de este detalle de la hoz y el martillo por muy pronto que lo borré al seguir blanqueando, lo vio, y, por cierto, no lo tomó en el sentido inocente que yo lo tracé, sino en sentido contrario. Fue mi perdición aquella ocurrencia tan impensada que tuve y que a mi corta edad no la reflexioné. El soldado se lo contó a su superior, aunque seguramente no pensó en el daño que me podía hacer, ellos eran buenas personas, hacían lo que le mandaban. Tal vez si hubiera sabido lo que iban a hacer conmigo por aquel simple detalle, no lo comunicara.

Al día siguiente me mandaron bajar hasta la comandancia que tenían puesta de forma provisional, en ella me esperaban el cabo de los soldados y el alcalde, quien ordenaba todas las acciones dañinas. También estaba la pareja de guardias civiles; todos me esperaban impacientes. Cuando llegué con el alguacil que fue a llamarme, no me imaginaba lo que me estaban preparando.

Me preguntaron el porqué de aquel dibujo de la hoz y el martillo. Me asusté mucho, pues no sabía que aquella simple chiquillada que se me ocurrió, me iba a traer tan malos resultados. Le contesté la verdad, que no lo había hecho con ninguna intención, sólo que al pasar la brocha por la pared lo mismo que formaba otras figuras, se me ocurrió esa, pero que sólo había sido unos segundos.

¡Qué susto me dieron! Me sentaron en una silla y el alcalde no me regañó con voz normal sino dando voces como un loco. Yo, que era una niña y sola, en medio de todos ellos, me puse a sollozar con un temblor que me moría. No todos los que se hallaban allí eran malos, porque vi al cabo de los soldados, tan enternecido por el enorme susto que me estaba dando ese loco alcalde; vi cómo se volvió hacia la ventana

para limpiarse dos gruesas lágrimas que le caían por la cara. Mientras el alcalde daba patadas en el suelo diciendo que nos iba a hundir a toda la familia, un guardia civil preparaba una maquinilla para pelarme al rape. Yo poseía una enorme mata de pelo larga en la que me hacía dos hermosas trenzas, y el día que quería presumir me lo peinaba dejándomelo suelto, cogiéndolo con un lacito arriba que entonces estaba de moda. Pues bien, lloraba del susto de las voces, pues no sabía lo que iban a hacer conmigo. Ya que me tenían el pelo suelto para cortarlo pensaron que fuera antes a mi casa y llamara a mi madre para pelarnos a las dos. Me dieron de tiempo un cuarto de hora para ir y venir.

Llegué a mi casa con los cabellos sueltos y llorando, llamando a mi madre para que nos pelaran a las dos. A ella le dio miedo y en vez de acudir ambas a la cita, me cogió de la mano y nos fuimos huyendo a mis huertos; desde los huertos velamos al alguacil dando voces instándonos a bajar. Como ya era de noche, había llegado mi hermano Miguel de trabajar, nosotras abandonamos el huerto y nos fuimos para casa al mismo tiempo que llegó el alguacil otra vez a buscarnos. Fuimos con él, ya de noche, mi hermano nos acompañaba.

Cuando llegamos, a mi madre la metieron en la cárcel y a mí me echaron de castigo barrer todos los días la plaza. Aquella noche Miguel se cargó un colchón al hombro, yo le hice un ponche y se los llevamos a la prisión. Allí durmió mi madre aquella noche y al otro día fueron a Almegíjar donde se encontraba mi padre preso, a enterarse si era verdad que mi madre, al no acudir a la cita fuera porque se encontraba en ese pueblo visitándolo, fue una coartada que ella puso. La dejaron otro día cautiva hasta aclarar la verdad y nos vimos negros para que no descubrieran la mentira. Mi

hermano el pequeño salió ya de noche, atrochando hasta llegar Almegíjar antes que el enlace que mandaron a preguntar si mi madre había estado a verle el día antes. Ángel advirtió a mi padre, quien luego diría al mensajero que sí, que había ido su esposa a verlo el día anterior y todo se solucionó.

Todo se arregló:

La sacaron del cautiverio y le pusieron como castigo el blanqueo de otro local. Todo se cumplió, aunque lo mío fue muy pesado, quince días barriendo una plaza terriza que tanto polvo se levantaba y llena de árboles, amaneciendo todos los días llena de hojas secas. Me levantaba casi de noche pues como ya iba pollita, me abochornaba que me vieran barriendo la plaza.

Una mañana pasé mal rato porque muy temprano se asomó a una ventana uno de los soldados que varias veces me había piropeado. Estaba engolfada con el barrido cuando vi a aquel soldado que me miraba fijamente, no sé si era por piedad o porque le agradaba mirarme, el caso es que tanta vergüenza sentí que con mi turbadora edad adolescente sin pensarlo tiré la escoba con la que barría y la espuerta en la que llevaba la basura a tirar por un puente, todo lo dejé y me fui corriendo a mi casa llorando de vergüenza. Al rato se levantó el sentenciador, cuando vio la plaza a medio barrer me llamó para echarme cinco días más, así que tuve que hacerlo con las orejas gachas y sin rechistar. Se estaban pasando de la raya, era demasiado.

Otro día, como mi hermano Miguel estaba recién llegado del campo de concentración todavía no había recibido ninguna descarga de esa gente y pensaron en él. Hacía un calor

sofocante, había estado toda la noche regando el maíz y habichuelas, desde la noche anterior hasta el medio día era, su turno de riego y estuvo sin parar trabajando. Cuando llegó a casa se puso a comer y estaba terminando de hacerlo, con la intención de descansar un rato, pues se hallaba cansado de estar tantas horas regando. Tocan a la puerta, era el alguacil que de parte de los guardias le hizo saber que le requerían a él y a mi madre en el ayuntamiento, al pobre le dieron la siesta bien dada.

Se fue, como hacía tanto calor, con una camiseta de verano muy fina y el sombrero con el que se había protegido del sol. Cuando entraron en el ayuntamiento, les estaban esperando dos guardias y el descentrado alcalde, preparados con una fusta en la mano, le empezaron a hacer a mi hermano algunas preguntas como pretexto para descargar sobre él la gran paliza que le metieron; le daban puñetazos en la boca del estómago haciéndole echar la comida que acababa de ingerir y con la fusta le pusieron morado todo el cuerpo. Quedó hecho un nazareno y como ya no sabían cómo castigarlo más, pisábanle los pies retorciéndole el tacón del zapato para reventarle los dedos. Llamaron a mi madre para que sufriera presenciando la paliza que le dieron a su hijo y cuando terminaron le dijeron: ya pueden irse y cuando mi hermano se agachó para coger el sombrero, que lógicamente estaba en el suelo pisoteado, le pegaron un puntapié que lo tiraron rodando por las escaleras.

Se marcharon a mi casa, él iba que se tambaleaba del palizón que llevaba en su cuerpo y mi madre traspasada del dolor, lo sujetaba para que pudiera llegar a casa. Fue un trance muy amargo para una madre, que delante de ella hicieran semejante acción con un hijo, ¡fueron cruelmente empedernidos!...

Aquello no podía seguir así, había que hacer algo, pensar cómo salir de aquel encierro que nos tenían en el pueblo sin dejarnos salir, para hacer con nosotros todo lo que le viniera en gana, como aquel que va al monte a cortar leña con un hacha.

A mi hermano lo volvieron a llamar para hacer el servicio militar, era de la quinta del treinta y seis y como los tres años de guerra los pasó en la zona roja, eso no le servía. Otra vez tuvo que ir y en aquel tiempo pedían informes para ir a la mili y de él, aunque no tenían nada que decir, ellos sabrán qué informe darían, que los tres años se los pasó en un campo de concentración trabajando como un negro. Mi madre pensó que esto no eran cosas de los altos mandos; pensó lo mismo que era.

Los culpables eran los mismos de pueblo. Por las rencillas, el odio, las personas que no tenían buenos instintos los descargaban sobre los que se encontraban en esa etapa de decadencia. Este loco alcalde nos tenía tirria porque antes de la guerra, como era sastre y mi hermano tuvo que hacerse un traje, como en Cádiz le costaba más barato, fue a ese pueblo a que se lo hicieran y eso nos lo tuvo guardado para vengarse luego, haciéndonos tanto daño. Por eso digo que no podían echarnos en cara nada que hubiéramos hecho mal, sólo que éramos de izquierdas y ganó la derecha. Y ahora se aprovechaban para clavarnos las uñas. Se salían con la promesa profetizada, el alcalde prometió hundirnos y parecía que sí, pues se iba aproximando a la meta de conseguirlo. Pero en esta vida hay que cultivar fuerzas para combatir las luchas del destino, hay que pelear hasta que al cuerpo le quede un grano de vida.

Mi madre reflexionó:

Sabíamos que eran venganzas particulares las que se estaban ejecutando en el pueblo. Había que poner esto en conocimiento de fuerzas mayores. Teníamos que escapar de esta jaula para dar a conocer estos abusos. Un día mi madre lamentándose con una amiga por todos estos hechos, ésta le prometió pedir un salvoconducto que luego falsificarían arreglándolo para mi madre y así pudiera ir a Granada.

Como lo pensaron se hizo. Mi madre pudo ir a la capital, aunque le costó lo suyo, pero consiguió dialogar personalmente con el gobernador. Le contó detenidamente todo lo estaba pasando en el pueblo, quedando sorprendido. Se aclaró cómo todo eran cosas del pueblo, por venganzas aprovecharon la ocasión para satisfacer su inclinación perversa. Profundamente asombrado el gobernador, prometió ayudarla, le explicó cómo tenía que hacer esta denuncia. Que todo lo que le había contado lo redactara en una carta y fuera a echarla a otro pueblo. Mi madre se fue a Busquístar para que se la hiciera el secretario que allí vivía. Este señor en tiempo de la República, por mediación de mi padre fue secretario de Cástaras, donde estuvo una larga temporada.

Era la persona idónea para escribirnos esa denuncia. Tal como lo había propuesto lo hizo, la carta se certificó en el mismo Busquístar. Llegó a manos del gobernador, contestando con su merecido a los que tanto daño nos estaban haciendo. No se sabe qué orden les dieron de la ciudad; el caso es que la fuerza de siete soldados y los dos guardias civiles los echaron del pueblo. A nosotros no nos volvieron a molestar con la furia de antes, aunque clandestinamente nos clavaban las uñas cada vez que podían, pero la corriente de

mal tiempo se fue serenando. El baúl de ropa se lo repartieron entre unos cuantos y eso ya se quedó perdido, igual que todo lo demás que se llevaron de la casa, pero la agresividad contra nosotros, cesó. las cosas iban marchando en paz, todo iba tornando a su cauce lentamente. Cesaron las venganzas directas.

Los años del hambre:

Después de la guerra los españoles hubimos de soportar siete años de miserias y hambres.

¡La maldición de la guerra!... fue una maldición repartida entre todos los españoles en general. Las tierras parecía que no producían durante aquellos años, el hambre se extendía por todas partes; hubo que soportar otra guerra, pero de hambre y prohibiciones. ¡Cuánto se sufrió en aquellos pueblos! la gente se alimentaba de hinojos, esta verdura es de mucho alimento, muy preciada por los habitantes de aquellas comarcas, pero en los años del hambre, se veía a las personas cogiendo este producto por el campo, en grandes cantidades. Se hace un potaje como con una verdura sabrosa y después de cocidos se pueden rebozar en la sartén con un aliño, está sabrosísima y tiene muchas calorías y en un cocido con tocino y morcilla... En la antigüedad, como a los niños se les criaba solamente con el pecho de la madre, cuando la leche escaseaba, la madre comía hinojos en abundancia y se les llenaban los pechos.

Bueno, pues en los años aquellos en el pueblo, se remediaban muchas hambres con esta rica verdura, por allí se cría bastante y como la gente lo aprecia y los coge, siempre hay

hinojos tiernos porque vuelven a brotar. El pan, con frecuencia ni se veía siquiera. Cuando nos pasábamos una temporada sin comer pan, al volver a probarlo se nos desollaba la boca.

En el pueblo vendían cada quince días harina de ración, era harina morena con la hoja revuelta para aumentar peso. Nos lo vendían a kilo por persona con una cartilla de racionamiento. Las primeras veces amasaban el pan y cada semana nos vendían a cada familia una hogaza. Teníamos que guardar cola durante horas, hasta que a cada familia le iban entregando el pan.

Yo era una chiquilla de catorce años, mi madre me ponía en la cola para recoger la ración de pan, después de esperar tanto rato, cuando ya me tocaba a mí, cerraban la puerta de la panadería y decían que se había terminado el pan, me iba a mi casa con la boca seca de esperar tanto rato haciendo cola y siempre se acababa cuando me tocaba a mí. Esto lo hicieron varias veces y la gente lo veía, cuando yo ya me había ido se abría otra vez el despacho y seguían vendiendo pan a la demás gente. La panadera era de la esposa del alcalde que tanto daño nos había hecho en otra época, por eso digo que cuando se les presentaba la ocasión seguían perjudicándonos.

Unas cuantas semanas nos hicieron la misma faena de decir que se había terminado cuando yo ya estaba llegando; las mujeres que esperaban conmigo se escandalizaban. Eran acciones de atroces sentimientos, las demás personas se lo dijeron a mi madre. Cuántas, compadecidas de este mal detalle, sacaban otra ración cortándola de su cartilla y después nos la vendían a nosotros. Tuvo que ser la caridad humana quien nos otorgara aquello que nos pertenecía como a cualquier vecino.

Había pasado un año de todo esto. El cruel alcalde se enfermó de tuberculosis galopante, como le decían y a los tres meses murió. Aquel mismo verano a un chico que tenía de ocho años le sobrevino una enfermedad rara, que lo tuvieron varios días encerrado en una habitación, se tiraba a arañar a todo el que entraba, incluso a su madre. El niño murió y nunca se supo de qué. En tres meses murieron el padre y el hijo. Son cosas misteriosas y escalofriantes las que pasaron.

La viuda seguía amasando el pan de ración. Cuando comprábamos la hogaza que nos tocaba semanal, o cada quince días, la llevábamos a mi padre que se encontraba en la cárcel; si no le hubiéramos ayudado, se habría muerto de hambre como se murieron muchos compañeros que no les llevaban comida. Nosotros nos hallábamos libres y aunque fuera un potaje de hinojos, eso era mucho para él. Pasábamos temporadas sin probar el pan, pero mi padre se salvó.

Esto ocurría cuando mi padre se encontraba en Ugíjar, un pueblo cabeza de partido de la provincia de Granada, ya lindando con la de Almería. Allí había una fábrica de seda en ruinas, esa gran nave y patio lo llenaron de presos políticos. En Ugíjar estuvieron nueve meses amontonados en aquellos patios como los rebaños de ovejas en corrales.

Todos los paisanos de Cástaras estaban juntos; había hasta tres personas de una misma casa, también estaban hombres de todos esos poblados alpujarreños. Cada quince días íbamos los familiares a llevarles ropa limpia y comida; teníamos siete horas de camino, para llegar a las doce del día, por consiguiente, salíamos a las cinco de la madrugada para llegar a tiempo después de andar diez leguas. Llevábamos el mulo, pero sólo nos montábamos a ratos y las mujeres que pesábamos menos, porque la bestia llevaba buena carga en-

tre la ropa y la comida. Siempre nos juntábamos una caravana compuesta también de los familiares de unos cuantos. A la una de la tarde era la entrevista con ellos y enseguida nos teníamos que volver a casa porque eran otras siete horas de camino y caminos muy malos para andar de noche. Salíamos de noche y volvíamos de noche, una gran paliza la que llevábamos con ese viaje, pero teníamos que hacerlo, eran seres queridos y no se les podía dejar morir.

Después los trasladaron a Granada, allí estuvieron hasta que le hicieron el juicio. Mi padre fue a la Provincial, nos quedaba más lejos. Le mandábamos las cosas en un paquete que íbamos a Órjiva a ponérselo. También un día entre ir y venir, pero a esos viajes sólo iba mi hermano con una bestia. ¡Cuánto hemos padecido con esto viajes constantes! Estuvieron tres años y pico presos: mi padre, mi cuñado Antonio; tíos, primos y varios paisanos. Todos eran presos políticos por eso no los acomodaban en celdas, los tuvieron en los patios los tres años y tres meses que fue cuando les hicieron el juicio y al ver que no habían hecho nada, que sólo era por ideales políticos; fueron saliendo poco a poco a medida que los iban juzgando.

Quienes tenían influencia en el tema de abogados, antes salían, al juzgarlos antes. Menos mi tío, un anciano de sesenta años que como a todos, lo metieron en gavilla y no era ni político, sólo los hijos; pero era un hombre muy gracioso y decidido. Un día se preguntó: ¿Y yo por qué estoy en la cárcel sin ser político? Le escribió una carta a Franco explicándole su caso y al mes, sin nada más le pusieron en libertad. Cuando preguntó el motivo de liberarlo sin juzgarlo y le respondieron que era un mandato de Franco. Al presentarse en el pueblo y preguntarle la gente por qué le habían sacado de la prisión, él les respondía tan fresco: a mí me ha

echado de la cárcel Franco, pues desde allí le escribí y al mes me mandaron para casa. Así sucedió... por el atrevimiento y la inocencia.

Mi padre salió de la cárcel y esa gran pesadilla que en mi casa teníamos al encontrarse mi padre preso, se terminó. Mi hermana María y yo nos pasamos todo ese tiempo guardando luto, sin querer ir a las fiestas ni bailes considerando que mi padre se encontraba preso. Yo era joven pero cargada de ilusiones, no sabía lo que era un baile ni una fiesta. Si alguna vez me encontraba en un festejo de esta índole, me parecía que estaba cometiendo un pecado. Nos retirábamos mi hermana y yo con tristeza y el recuerdo de mi padre en nuestros pensamientos. Yo era una jovencita y si me salía algún pretendiente, mi contestación era que hasta que mi padre no saliera de la cárcel no tendría relaciones amorosas con ningún chico. Le guardábamos gran consideración a mi padre en todo el tiempo que faltó, haciendo una vida apartada de toda distracción y diversión.

El pueblo se estaba otra vez renovando a su ritmo de vida normal. La iglesia la reformaron, se hizo un presupuesto y entre todos los vecinos pagamos los gastos. Los albañiles estuvieron trabajando tres meses sin interrupción. A la iglesia se le dio un retoque más moderno con las mismas imágenes que había, de los patronos San Miguel y San Antonio. Fueron los que se salvaron, pues como ya pongo en páginas anteriores, los encargados de las fiestas del año treinta y seis y entre ellos mi hermano, los escondieron en un pajar.

Cuando la guerra se terminó, se volvieron a poner. Otra vez se empezaban a celebrar las fiestas como en años anteriores. Y la vida en el pueblo volvió a nacer otra vez. Las huellas de la guerra ya se fueron borrando y otras generaciones nuevas poblando el lugar. Una gran armonía también floreció,

todo se iba alumbrando con otro nuevo amanecer.

Mi hermana María se casó y yo me encontraba mocita; había diversiones, grandes ilusiones, las nuevas generaciones sin odios, sin rencores volvieron a poner al pueblo a un ritmo normal. Un nuevo paraíso iba floreciendo en Cástaras. Mas no todo era un edén, quedaban todavía algunas huellas de la guerra.

Aquellas personas que al perder la guerra decidieron refugiarse en las montañas antes de someterse al castigo de torturas y de cárceles, todavía seguían en las montañas sufriendo. En los pueblos alpujarreños pusieron un cuartel de la Guardia Civil con el fin de terminar con todos los bandoleros de la sierra. En casi todos estos pueblos había un cuartel y sus miembros dispuestos a ejecutar bien su trabajo. Era triste. otra segunda guerra, aunque más leve que la anterior, existía en aquellas montañas alpujarreñas. Un capitán de este cuerpo, el capitán Caballero con ahínco y saña se dedicó a dirigir esta captura, fue un terrible exterminador. Duró tiempo, unos cuantos años recorrieron los guardias las montañas persiguiendo a los fugitivos a los que fueron dando fin. Pasaron cosas tristes y estragos escalofriantes.

Los rojos bandoleros entraban en los cortijos de gente adinerada y les robaban para ir sobreviviendo. Esto era una cadena de venganza, una segunda guerra. Los cortijeros víctimas de estos robos estaban perdidos. Primero porque les arrebataban sus bienes y si luego no declaraban que habían estado los rojos, así se les llamaba a estas bandas, los civiles, que su oficio era investigar, si llegaban a enterarse que habían entrado en sus cortijos, los consideraban aliados y pobres de ellos, después de que se los llevaban presos, las torturas de las que eran objeto en sus declaraciones, o los mataban sin dejarlos hablar.

Los años cuarenta:

¡Qué años con más fantasías! Fueron los años de mi lozanía y de mis ilusiones. Aquellos años, el pueblo volvió a tomar la vida que anteriormente tenía. Se juntaban unas pandas de chicos y chicas solteros, el pueblo siempre estaba revestido de fiesta. Se hacían muchos bailes, había ganas de divertirse. Los guardias que había solteros tenían un tocadiscos y formaban buenos bailes; ellos no tenían amistad con las mozas, pero como ya amigaban con los mozos, estos se encargaban de formalizar el baile.

Yo sólo salía de casa los domingos cuando bajaba a misa. El cabo de la Guardia Civil me veía camino de la iglesia, pero entre semana no me volvía a ver. Le preguntaba a sus amigos del pueblo dónde vivía la chica que bajaba los domingos a misa y luego no la volvía a ver hasta la semana siguiente a la misma hora. Por lo visto, le gusté al cabo, pero al no salir a pasear porque no existía paseo, pues claro, la única solución que había era organizar un baile e invitar a la chica en cuestión. El cabo quería verme y no tenía medios.

Formalizó una fiesta:

La fiesta fue en el mismo barrio que yo vivía; él acarreó con todos los gastos de la fiesta con el fin de que nosotras asistiéramos al baile. El lugar fue la casa del alcalde que entonces teníamos y vivía en mi barrio, entre esta familia y la mía había mucha amistad y... como es natural me invitaron al festejo.

Aquel día yo tuve mucho trabajo y la verdad es que no tenía

mucha gana de ir; cuando la señora del alcalde fue a invitarnos, rechazamos la invitación, pero otra vez volvieron a insistir... nos arreglamos mis padres y yo y nos fuimos a esa fiesta. Al subir fuimos bastante agasajados, nos ofrecieron asiento e invitaron a participar en el banquete. Ignorábamos con qué motivo se había hecho esta fiesta, al rato de estar en ella me enteré. Hubo muchos obsequios, fue una velada feliz.

Allí se encontraban los guardias que había solteros. El baile estaba muy animado en cuanto a personas y la música, maravillosa. Cuando se cansaban de la música de cuerdas, ponían el tocadiscos. Entonces estaba muy de moda el pasodoble: Islas Canarias y a mí me gustaba mucho cuando ponían aquel disco. El cabo que se dio cuenta de mi preferencia lo puso tres veces seguidas. Aquella noche bailamos el cabo y yo, no sé si sería por tanta galantería y tanta simpatía como me brindaba, el caso es que aquel caballero tan apuesto y gentil se iba filtrando en mis sentimientos. Creo que yo también le causé la misma impresión.

Aquella noche fue el principio de algo grandioso, fue el principio de un amor. Siempre nos habían perseguido cuando yo era una adolescente y ahora también, pero en sentido contrario. ¡Qué cambio en cinco años! En estos cinco años las cosas volvieron a su cauce, las pequeñas generaciones habían crecido y los odios estaban ya más desgastados. Cuando estos guardias vinieron al pueblo las cosas habían cambiado, lo mismo que un río, a veces lleva agua turbia y luego se aclara. Ellos no sabían nada de lo ocurrido en el pueblo, era otro ambiente de paz y lo único a la vista es que ellos y los demás éramos jóvenes.

Éramos jóvenes, nos simpatizábamos y la vez se iba engran-

deciendo nuestro amor. Transcurrió más de un año, yo continuaba con mi pandilla divirtiéndonos, aunque a veces él llegó a sentir celos porque nos gustábamos y nos queríamos, pero nuestro amor se fue construyendo con lentitud. Qué años más bonitos desde el cuarenta y dos al cuarenta y siete, la década de los cuarenta fueron mis años de más ilusión, fue la época dorada de mi vida.

Los bandoleros:

Los guardias continuaban por aquellos pueblos con los trabajos de la sierra, la misión que les llevó allí. Entre ellos y los bandoleros proseguían las luchas. De Cástaras había varios fugados. Un día vimos en el periódico la captura de una banda, la cogieron y la llevaron a Motril, un pueblo de la costa granadina, eran doce, entre ellos iba uno del pueblo. Aquellos pobres hombres sufrieron la muerte más cruel que se conoce.

Los ataron de los caballos y los pasearon arrastrándolos por algunas calles de Motril, quedando pedazos de sus cuerpos desprendidos. Cuando leímos esta dramática historia y que uno de los doce era paisano... fue tremendo para su familia y para nosotros.

Toda la Alpujarra estaba invadida de cuarteles de la Guardia Civil, aquel capitán Caballero se propuso terminar con todos. Lo estaba consiguiendo, fue el hombre más cruel de la historia; cuántas muertes hubo en aquellas sierras y cuántas criaturas, por contacto o por favorecer en lo más mínimo perdían sus vidas. Este capitán que dirigía las capturas, se

las arreglaba para terminar con la persona que, por desgracia, veía a esa gente y no la denunciaba.

Los guardias civiles tenían mucha astucia y manas para conseguir sus propósitos. Tenían claro que el apoyo de los rojos de la sierra eran los cortijeros y debían desactivar esa arma que favorecía a los guerrilleros. La mejor forma de atraparlos consistía en vigilar a los cortijeros. Lo hicieron así, los guardias se disfrazaban de bandoleros rojos y de este modo se presentaban en los cortijos a altas horas de la noche y los dueños tenían que protegerlos porque eran también personas armadas. Si esos cortijeros que habían dado cobijo a los falsos guerrilleros al día siguiente no iban a denunciarlo al cuartel y se callaban, pobrecitos estos cortijeros, ya sabían los guardias que protegían a los rojos, esa familia era destruida. No tenían reparo, mataban a todo aquel que le infundía la más mínima sospecha como si fuera otro guerrillero. Cuántos tuvieron que unirse a las bandas de la sierra para salvar sus vidas, por una parte, morían en las luchas, pero por la otra, estas bandas crecían al agregarse ellos. Esta lucha duró una década, hasta que poco a poco fueron exterminando a todos. La mano sin piedad de los guardias y la crueldad que tenían en sus acciones, fue dando fin a esta lenta guerra fría.

Fueron años trágicos y al mismo tiempo de ilusión. La vida seguía normalmente en mi pueblo, la juventud se divertía en su loco mundo de fantasías. En ese loco mundo estaba yo, cuando bajaba a la misa el domingo, a la salida aprovechábamos las chicas para hablar de los proyectos referente a nuestras diversiones.

Era el mes de abril, un domingo tratamos la pandilla de ir a merendar al campo. El veinticinco de este mes es costumbre en aquellos pueblos ir de merienda al campo. Esto tiene el



Leonor con su madre en Lanjarón hacia 1945.

nombre de ir a matar al diablo. Es el día de San Marcos. Después de la merienda campestre, se solía coger unas hierbas que por allí se criaban muchas, las conocíamos por lechiternas, porque al cortar un tallo a esa mata, soltaba una leche que si te cae en la piel pica mucho y se enrojece la piel hasta desollarse, por eso el día de San Marcos los muchachos se dedicaban a llevar una lechiterna amarrada a una cuerda, la arrastraban mientras otros le iban pegando palos. Después de la merienda la mata destrozada por los palos la colgaban de un árbol y a eso se le decía el diablo matado y colgado, hasta otro año que se repetía la ceremonia.

Después de matar al diablo, en las eras, que tantas había, los jóvenes formábamos el baile, disfrutando de los banquetes y bebidas que se solían llevar. Cuando iban las familias enteras, los padres y personas mayores llevaban los cestos con la comida mientras los jóvenes nos dedicábamos a bailar. Cuando el baile estaba formalizado, pandillas de otros sitios se concentraban en las eras donde había baile y la fiesta permanecía hasta que la noche nos echaba a nuestros hogares.

El día de San Juan:

Este día era muy celebrado en aquellos sitios. Por entonces las cerezas de la vega alta están en plena madurez. Como en la vega alta de Cástaras hay tantos cerezos, pues ese día el pueblo invadía este lugar para comer cerezas y volvíamos a casa con buenos cestos repletos. Año tras año se repetían estas visitas a la vega alta para disfrutar de tanta variedad de cerezas y tan extraordinarias, que cada año iba en aumento la cantidad de gente que acudía a aquellas vegas serranas.

Por la vega alta atraviesa una carretera que se construyó en

los años treinta, cuando la gente ese día de San Juan saboreaba las cerezas iban a la carretera a pasear, tanto personal se daba cita en este lugar y este día, que llegó a convertirse en la fiesta más grande y la más bonita que jamás se conoció. De los pueblos cercanos, como Juviles que estaba al final de dicha carretera, o Notáez, otro pueblecito vecino; así como Trevélez y los pueblos de la Taja, una franja de pueblos serranos situados en una sierra un poco lejos pero enfrente de la vega alta, la misma que atraviesa todos estos lugares alpujarreños que he nombrado; de todos estos sitios se congregaba gente en mi pueblo el día de San Juan.

Ante la enorme concentración del día veinticuatro de junio, de los años cuarenta y cincuenta los cortijeros decidieron levantar una ermita en honor de San Juan. Aquella carretera se convirtió ese día, en una enorme fiesta semejante a una romería de todos estos pueblos cercanos, dando lugar a una feria que luego llegó a ser un negocio para quienes vendían bebidas, aperitivos y dulces típicos de aquellos lugares. Desde estos pueblos llegaban músicos con sus instrumentos de cuerda, sus acordeones y últimamente los conjuntos de moda.

Quien negociaba con una caseta de bebidas, nos deleitaba con música y aquello se convertía en una verbena, así en cada trecho de esta zona se formaba bailes lo que nos permitía elegir el que más nos gustara para bailar.

Un año de la década de los cuarenta, para ese día que las chicas esperábamos con tantísima ilusión, nos hicimos unos vestidos veraniegos para lucirlos en la fiesta. Yo tenía diecinueve años, llevaba un precioso vestido y unas zapatillas de cintas liadas a las piernas que aquel año estaban de moda: Me fui a la carretera con mis amigas, aunque iban las familias enteras, las personas de más edad formaban su propia

pandilla. Cuando paseábamos por la carretera me encontré con unas amigas de Juviles que iban en otra pandilla y tras saludarnos se unió a la mía y formamos un grupo de juventud maravilloso. Mis amigas sabían tocar las guitarras y laúdes, trayéndolas a cuestras. En un rincón de la carretera, organizamos el baile entre los de Cástaras y Juviles, fue maravilloso. El año que mejor lo pasé, una fiesta de San Juan inolvidable.

Año tras año esta romería fue ascendiendo hasta tal punto, que incluso estando en sitios lejanos intentábamos asistir a ella.

Los rojos bandoleros:

Los bandoleros de las sierras andaluzas seguían su agitada lucha con los guardias civiles, estos se habían propuesto terminar con ellos. Claro que los guardias no llevaban una vida muy halagüeña porque se tiraban en las sierras haciendo servicio quince días seguidos, sin ir a su casa, durmiendo en pajares, soportando el calor y el frío, con sombreros de paja y albarcas, un calzado hecho de lona y la suela de cubiertas de camiones. Cuando regresaban al pueblo llegaban desfigurados de la agitada vida que llevaban, cumpliendo órdenes mayores en sus actividades militares.

En esta guerra fría que por aquellas montañas existió varios años, fue una constante lucha entre unos y otros, quedando afectadas aquellas personas que se hallaban mezcladas, o con un bando, o con otro. Sin embargo, en mi casa era un tiempo de tranquilidad. Las tormentas de sufrimientos habían pasado, dejando paz y tranquilidad en nuestro hogar y

nuestra familia. Vivíamos en un mundo de serenidad, habíamos vuelto a rehacer nuestra vida.

Mi hermana María se casó y se fue a vivir para Marruecos, donde su marido tenía el trabajo. Quedamos en casa mi hermano Ángel y yo, dos jóvenes llenos de ilusión con bonitos pensamientos de cara al porvenir.

Él tenía novia, la esposa que hoy vive con él y yo tenía novio que era el cabo primera del puesto de la Guardia Civil. Me sentía una chica muy feliz, pues había encontrado el amor de mi vida. Las relaciones duraron unos tres años, hasta que ocurrió algo desagradable. Surgió un vendaval de contra-tiempos que arrasó nuestro amor y nuestra felicidad.

Era una noche tranquila y silenciosa, yo terminaba de acostarme y mis padres se preparaban para irse a la cama; en esos momentos sienten llamar a la puerta, abren y era un señor del pueblo, un cortijero que iba a pedirnos un favor, este favor nos acarreó mala suerte. Traía en la mano una receta para que mi hermano Ángel fuera al día siguiente a Cádiar, un pueblo alpujarreño bastante grande, a comprarle un antibiótico para un rojo de la sierra que se hallaba enfermo y lo necesitaba con urgencia. Puso a mis padres en un compromiso, pues estaban fichados ya que siempre habían sido de ideales izquierdistas y por el más pequeño detalle estaban perdidos. Los puso entre la espada y la pared; si se negaban, los rojos eran capaces de ir una noche y acabar con todos nosotros y si iba a por ella y se llegara a descubrir siendo yo novia de la cabo primera, también era peligroso.

¡Dios mío! Mis padres pasaron un mal rato, eran dos caminos peligrosos y tenían que decidirse por uno. Optaron por traer la receta clandestinamente, con enorme cuidado para que no se descubriera. Pasaron dos o tres meses y pasó lo

que se temía que algún día se llegara a descubrir. Supieron que este cortijero se comunicaba con los rojos y le llamaron a declarar, se vio obligado a hacer unas declaraciones intensas y profundas en las que se descubrió la receta que mi hermano les compró en Cádiar, aunque nosotros no llegamos a ver a estos hombres, al hacérselas este favor nos vimos implicados.

Las cosas se pusieron bastante serias, tanto que de las declaraciones del cortijero salieron seis personas implicadas y una de ellas era mi hermano Ángel, el joven de dieciocho años por hacer aquel favor con la receta. De los otros cinco, uno era mi cuñado Antonio que una noche al dirigirse a mi casa, como era de otro barrio y entre los dos existía buen trecho sin casas, en ese trayecto le salieron unos hombres armados y le pidieron un cigarro, mi cuñado se figuró quienes eran, con miedo les dio tabaco enseguida. Resultaron ser aquellos con los que se comunicaba el cortijero que acabo de mencionar.

En las declaraciones de este señor todo salió a la luz. De los altos mandos de Granada recibió orden el cabo de la Guardia Civil que fusilaran a los seis hombres: el cortijero y los otros que por diversas causas como el asunto de la receta y el cigarro; los sentenciaron a muerte y sin interrogarlos siquiera.

El cabo cuando recibió esta orden desde Granada y que entre los hombres que debían fusilar se encontraban mi hermano y mi cuñado se le cayó el cielo encima, fue un gran problema que se le presentó. Pues mi hermano era el hermano de su novia y habían llegado a ser muy buenos amigos y mi cuñado lo mismo. El cabo tenía que obedecer órdenes, pero era una cosa muy ingrata lo que le mandaban: matar a dos amigos. Pensó avisarlos para que escaparan hasta que

todo pasara. nosotros no sabíamos nada de esta gravedad, mi novio estuvo unos días sin venir a visitarme porque se encontraba de servicio.

Una noche, nunca la olvidaré, se presentó en mi casa con el rostro descompuesto, traía la dichosa orden del comandante de Granada; a él como a nosotros le cayó como una bomba. Se escaparon lejos la pareja de sentenciados de mi familia, tuvo que cumplir la orden con el resto de inculpados que fueron ejecutados.

Le costó estar enfermo por los apuros que tuvo que pasar. Cuando en la capital se enteraron que a dos de los condenados no había fusilado, informando que se fugaron y que aquellos dos eran familia de su novia, comprendieron que fue él quien los dejó escapar. Estuvo a punto de costarle la vida al cabo por no cumplir órdenes mayores; su suerte fue que tenía un tío capitán de la Guardia Civil en Granada y este tío lo salvó, pero lo desterraron del pueblo y como castigo lo mandaron tres meses de servicio permanente en la sierra; durante este tiempo, su madre, ya anciana murió.

De allí lo desterraron a Barcelona para separarlo de la novia, al ser yo de una familia de izquierdas lo alejaron del pueblo para liberarlo del peligro.

Nuestro noviazgo terminó:

Mientras estuvo en la sierra me escribió unas cartas y me las mandaba con un hombre, confidente suyo y yo por mediación de este mismo señor le contestaba. Cuando marchó a Barcelona todo terminó. No supe nada más de él, sólo que unos años después se casó con una catalana. Mis familiares

gracias a él salvaron su vida y yo quedé muy agradecida porque se expuso por salvarlos. Pero mi ilusión se hundió para siempre, mi vida sentimental quedo deshecha; qué lástima que las cosas tuvieran que quedar incompletas. La vida es así, Dios la destina de esa manera.

Los años cuarenta:

Los años cuarenta seguían en el pueblo alegres como siempre, pero yo lo veía de luto. Nada me alegraba, mis relaciones con el cabo quedaron destruidas y yo con ellas, creía que no iba a ver amanecer otro sol, que mi vida se había sumido en las tinieblas para siempre.

Así permanecí tres años, encerrada en mis trabajos domésticos, sin importarme nada de lo que acontecía en el mundo. Mis padres padecían por verme sufrir a mí y procuraban hacerme olvidar, que saliera con mis amistades viviendo mi vida joven como siempre, pero era difícil.

Mi abuela María Camila:

Mi abuela en sus últimos años de vida vivió con nosotros, era una anciana con 94 años, pero la mujer más simpática que jamás conocí. En aquellos tiempos de mi depresión procuraba hacerme la vida más amena contándome historietas de sus antepasados y de ella misma. A pesar de esa edad aún leía sin gafas. Tenía un libro a especie de un misal, por lo grande que era, se sentaba al sol y leía como una joven. Una mujer muy inteligente, no tenía fallos ni en conversaciones

ni en nada de lo que ejecutaba; su salud era de roble, en resumidas cuentas, era una anciana maravillosa. Mi abuela y yo estábamos muy unidas, me quería mucho.

En mi casa, donde mi madre se dedicaba a sus oficios, como coser y demás faenas de una casa. A los noventa y cinco años por culpa de una broncomanía falleció. Le guardé luto como si hubiera sido mi propia madre. Siempre fue buena católica y devota de Dios. Cuando me acostaba le rezaba a mi abuela.

Una noche, no lo olvidaré jamás, hacía tres meses que había fallecido, aún seguía muy fresco su recuerdo en mí. Yo era una chica sencilla; aquella noche hubo un apagón de luz al momento de irnos a dormir y para que no se quedara la casa a oscura, mi madre me mandó encender una mariposa, esa lamparilla de algodón con una mecha que flotaba en un recipiente con aceite. Puse el vaso con la mariposa encendido en una habitación contigua a la mía, de tal manera que yo solamente percibía un resplandor. Coloqué el vaso encendido en la repisa y como tenía que arder hasta consumirse, le ofrecí aquella tenue luz al alma de mi abuela. Me acosté, como todas las noches le recé. Fue la noche más larga de mi vida.

Cuando terminé de rezar me dormí enseguida, pero de improviso un ruido debajo del colchón y de la almohada me despertó. Tanto era el ruido que me fui haciendo un ovillo y escurriéndome hacia los pies, pero el misterioso sonsonete me iba siguiendo; tanto que ya de madrugada llamé a mi madre para que fuera a mi habitación, pues a mí me daba miedo levantarme y cruzar la casa medio a oscuras. Nada más presentarse en mi alcoba di un salto y me cogí a ella abandonado ambas el cuarto. Terminé de pasar la noche con mis padres en su cama.

Al día siguiente vacié la lana del colchón y de la almohada y estuve mirando y examinando con toda curiosidad, pero no había nada, todo era normal. A la noche siguiente mi sobrina Amalia, una chica de quince años se fue a dormir conmigo pues a mí me daba miedo dormir sola; nos acostamos y apagamos la luz y antes de dormirnos ya empezó el ruido, otra vez tanto, que llamamos a mi madre y nos abrazamos las dos a mi madre huyendo de aquella sala. Y así sucesivamente, mi hermana, mi madre, todas se iban acostándose conmigo para ver si seguía oyendo el ruido, hasta mi hermano que dormía en la habitación de afuera, lo sentía perfectamente. El ruido era parecido al de las palomitas de maíz en el momento que se están haciendo.

Otra noche saqué el colchón y lo puse en el suelo, enfrente de la habitación de mis padres, aquella noche estaba yo sola, ya llevaba un mes sufriendo sin poder dormir. Empezó otra vez el ruido debajo de la almohada, desesperada me eché a llorar. En aquel momento sentí en el repartidor, que era la pieza de afuera donde estaban ubicadas las escaleras, un golpe estrepitoso como si la mesita que había de centro con una maceta hubiera caído rodando por la escalera. Pensamos que era el gato que había saltado tirándolo todo. Encendió mi madre la luz y salimos a ver qué pasaba y todo estaba normal, como siempre y ni el gato estaba por allí.

Aquella noche y con el tremendo ruido que se sintió, se acabó todo el ruido que había venido martirizándome durante un mes entero. Me llevé la camita a la habitación de mis padres y a su vera dormí todo el verano. Terminó aquel martirio sin saber el porqué de semejante misterio. Desde entonces nunca rezo a ningún muerto a la hora de acostarme. Me pasé tres años con depresión.

Mi hermana Basilisa vivía en El Chorro, provincia de Málaga. Mis padres me mandaron un mes allí para que me distrajera y fuera avivando mi vida apagada. Así fue que me pasé un mes maravilloso, lo que hizo encender en mi un nuevo día, ¡Otro amanecer!

Mi pueblo Cástaras:

A últimos de los cuarenta, en el pueblo empezó alguna emigración. Hubo gente que se fue a Alemania a trabajar. Los años de estrechura ya habían pasado y las cosas estaban encauzadas como normalmente había sido antes en el pueblo; pero no obstante la gente se iba civilizando y aspiraban a un futuro mejor, aunque seguía el ritmo de sus tradicionales costumbres.

El trabajo ordinario del lugar era el campo, siempre el campo. La única expansión de los hombres era ir a la taberna. Allí se juntaban buenos grupos de bebedores, el vaso de vino en sus manos era un perfecto complemento. Según las costumbres, la taberna era sólo para los hombres, si alguna mujer entraba la miraban como si fuera una cualquiera.

Por eso en ella sólo se veía a hombres a no ser que fueran a comprar una botella para llevarla a casa. Como el pueblo era cosechero de vinos, a la gente le gustaba ir a comprarlo a las casas que lo cosechaban y el vino iba directo de la cuba, el cual tenía más calidad. También había casi siempre jugadores de cartas que se jugaban hasta el apellido y a veces se cegaban en el juego que se tiraban hasta tres días jugando en el reservado de la taberna.

Cuando iban a casa ya tenían la pelea con la mujer, o bien

porque la esposa le reprochaba la manera de actuar o porque se había jugado hasta la chaqueta, por esas causas había hogares envenenados. Mi hermana la mayor sufrió bastante con estas cosas del juego porque el marido era un jugador empedernido. Hubo ocasiones que la cosecha de aceite, ya en el molino, se la jugaba entera; otras veces se jugaba el cerdo ya cebado para matar. En otra ocasión, tenía mi hermana un saco de harina preparado para ir a primera hora a amasar y cuando se levantó para ir al horno con su levadura preparada de la noche antes, se encontró el lugar del saco pues la noche anterior lo había llevado su marido a la taberna para jugárselo.

Casos de estos le ocurrieron bastantes. Cuando el cuartel de la Guardia Civil se encontraba en el pueblo, algunas mujeres se presentaban allí llorando porque el marido llevaba tres días seguidos jugando y sin aparecer por casa, ¡claro, clandestinamente!... y el cabo se dirigía a la taberna preguntando por los jugadores y como permanecían en el reservado, él sólo quería espantarlos a sus casas; lo contaba riendo, sentía las carreras del grupo de jugadores que huían por la puerta falsa o por los terrados.

Los mozos, como les llamaban en el pueblo:

Como no había sitio de expansión, cuando los mozos volvían de las faenas agrícolas cenaban, se arreglaban, se colgaban un buen cayado del brazo y se iban de visita a las casas donde había mozas, para pasar la velada distraídos. Solían ir a la casa donde tenían más confianza o a la que había una moza que a él le gustaba, o que la estaba pretendiendo y sólo con los gestos y miradas ella ya sabía que era

un pretendiente ansioso.

Por eso en casa en la que había mozas nunca estaba libre de visitas. Al anochecer, las mozas tenían el cuidado de poner la cena temprano, para cuando las visitas se presentaran tener los platos fregados y arregladitas, el delantal quitado y eso sí, con sus coloretos, la cara empolvada y unas ondas en el pelo. Terminada esta tarea diaria se sentaban, si era invierno a la mesa camilla junto al brasero con el entretenimiento de hacer punto o croché.

Cuando las visitas juveniles se iban presentando, colgaban el cayado y el sombrero en la percha de la entrada, se sentaban frotándose las manos al calor del brasero o bien frente a la chimenea con abundante brasa. En los días de invierno el padre, mientras se calentaba en el hogar se entretenía haciendo obra de esparto o bien pleita o ramales de material que necesitaban las bestias para los trabajos del campo.

Una temporada estuvo visitándonos frecuentemente un solterón de unos treinta y tantos años, a este solterón parecía ser que le gustaba mi hermana, tanto le aburrían las visitas de Alejo que le entraba un sueño que no se podía contener. Cuando lo veía asomar se ponía a temblar, ya sabía que la noche iba a ser aburrida.

En los otoños cuando se recogía el maíz, formaban grandes pilas de panochas, para en la casa quitarle la farfolla. Cuando las pilas llegaban hasta el techo había que hacerlo con ayuda de muchas personas. Había costumbre de llamar a todos los vecinos y no vecinos, a los familiares, iban familias enteras pues cuantas más manos mejor. Todos, jóvenes, viejos y niños trabajaban quitándole la piel a la panocha, acto que se llama desfarfollar las panochas. Cuando se acababa la faena, la dueña del maíz obsequiaba al que había

ayudado, con una gran olla o dos, según la gente que se hubiera juntado, de castañas cocidas y vino. Luego formaban un baile.

Cada vecino, cuando le tocaba iba avisando por la tarde y todos acudían, sobre todo la juventud porque sabían que era una diversión trabajando y sobre todo el baile. Si salía una panocha colorada, que algunas eran rojas como la sangre, aquel al que le salía iba por todo el cerco de gente con la panocha roja en la mano y con la otra dando abrazos a todo el que trabajaba. Si la panocha roja le salía a un hombre, estaba obligado a ir abrazando a todas las mujeres y si le salía a una mujer le iba dando el abrazo a los hombres. Los abrazos consistían en estirar el brazo e irlo poniendo sobre el brazo de la persona a quien se le daba.

También salían panochas salpicadas con granos de color morado, al salir una de estas la gente se ponía a chillar, pues esta panochas con salpique de granos morados se llamaban panochas pellisqueras y se formaba una diversión de risas y chillidos porque el afortunado, tras enseñarla para que todos la vieran le daba un pellizco al que tenía al lado y éste al que le seguía y así sucesivamente, el pellizco iba recorriendo toda la gente, unos se dejaban pellizcar y otros huían, ese era el espectáculo y gran diversión.

Los tejados de mi pueblo y de todos los alpujarreños eran planos, con una tierra morada llamada launa, esta tierra se une de tal manera que no cala. Alrededor de la casa ponen una hilera de losas haciendo aleros que sujetan con piedras pegadas con cemento quedando un cerco alrededor del terrado. En estos terrados hacen unos tendales de panochas de maíz para que el sol las seque bien. Después de peladas, cuando están unos días al sol, se secan y desgranar haciendo la misma operación que cuando se le quita la piel.

También en otoño se llenan las blancas fachadas de ensartas de pimientos colorados. En octubre y noviembre el pueblo se viste de colores pues los terrados amarillean secando el maíz y las fachadas quedan blancas y rojas por los pimientos colgados. También había costumbre de colgar tomates para el invierno; en los días de verano que el sol calentaba, hacían orejones de tomate, se abría éste en dos partes, le echaban sal para que al secarse quedara con un bonito color rojo. Antes de que se terminaran los tomates verdes y los pimientos tiernos, así como pepinos, aceitunas y demás cosas por el estilo, llenaban en todas las casas unas orzas con todo esto en vinagre para ir acompañando a las comidas del invierno, sobre todo con las migas resultaba muy buenos estos productos.

Entonces no existían los frigoríficos ni había invernaderos, debían prepararse las cosas para la temporada que no las producía. Se hacían conservas de pimientos asados y tomates, quedaban como en lata. Mermelada de tomate en el verano, que tantos había y los que tenían mucha fruta, era el caso de mis padres, conservaban las ciruelas en pasa, colgaban las uvas en las vigas del techo de la habitación que más ventilación había.

También hacían mis padres pan de higo, llenaban una caja grande de madera de barritas de pan de higo y ya tenían para una temporada. Se llenaban las casas de frutas y cosechas frescas o secas, para abastecerse si no todo el año, al menos en el invierno; por eso en otoño todos parecían hormigas llenando la casa de alimentos. Estaban acostumbrados a ese ambiente de vida y eran felices.

En las mañanas frías, en el pueblo son muy madrugadores, al amanecer el día todas las chimeneas humeaban, pues la primera faena era encender el fuego con buenos troncos y

ya tenían la lumbre encendida todo el día. Los labradores que tenían que irse al campo a realizar sus tareas diarias, las migas es lo primero que se hacía para que el campesino se fuera a trabajar bien preparado. Cuando los hombres marchaban a las tierras, la mujer le ponía en la bestia las alforjas con la comida del mediodía y la calabaza del vino.

La vida del pueblo y sobre todo del campesino es muy esclava, pero desde que nacen se habitúan a ella, se sienten a gusto en su mundo rural trabajoso y monótono.

Las mujeres:

Las mujeres campesinas ayudaban en el campo en todos los trabajos, aunque algunos quehaceres los veían más difíciles, como el arar y segar. Estos dos trabajos era el hombre quien siempre los ejecutaba, tal vez sería, tal vez fuera porque la falda les estorbaba. Cuando había que escardar el trigo se juntaban grandes cuadrillas de mujeres y hombres, unos campesinos a otros se prestaban los peones para juntar las cuadrillas para actuar en las eras de trigo, maíz y habichuelas. El que recibía estos favores luego lo compensaba trabajando él, en los sembrados de los que le habían ayudado; atendía su labor y le echaba una mano a los vecinos.

La trilla:

En tiempo de la trilla se juntaban un buen grupo de hombres, esta tarea era muy celebrada a pesar del duro trabajo que exigía. Las mujeres también se unían y ayudaban en la casa haciendo grandes ollas de un cocido extraordinario, a base

de muchos ingredientes de grasa como tocino, morcilla y carne. El gazpacho de pepino no podía faltar el día de la parva, el gazpacho era el sello principal de las comidas que ponían en la trilla.

En la era, los hombres trabajaban duramente a pleno sol, sudaban muchísimo, por eso las mujeres les llevaban el gazpacho fresco que recuperaba el sudor derramado. La paja molida por el trillo se amontonaba con las horcas y las mujeres acudían a barrerla junto con el grano hasta quedar hecho un montón. Ante aquel montón se formaba un baile hasta que llegaba la noche y tenían que ponerse a aventar. Los hombres con las horcas y las mujeres con la escoba de mata apartaban los granzones que no volaban con la paja, hasta dejar el trigo limpio.

Era muy trabajoso, pero como se ayudaban unos a otros y la unión de tantas manos hacían la tarea más llevadera y hasta agradable. Yo no era una labradora profesional porque mis padres tenían un oficio, yo iba al campo, ella trabajaba en casa de modista y mi padre era maestro de la construcción, aunque también teníamos tierras para el gasto diario, mis hermanos se dedicaban al campo y mi padre les ayudaba lo que podía y fuera necesario.

Mis padres:

Mis padres cosechaban vino y aceite para vender, tenían muchos árboles frutales y con las tierras y huertas que tenían recogían la cosecha suficiente para el gasto de casa. Mis hermanas y yo éramos campesinas, pero cuando había que coger la aceituna y vendimiar, entonces íbamos también las hijas. Pero mi madre nos necesitaba en casa para ayudarle

en la costura y en los trabajos domésticos.

Mi barrio:

El barrio en que vivíamos estaba rodeado de campo. La casa de mi padre se hallaba situada en un lateral, por lo cual pegábamos al campo. Encima del techo de mi casa daban sombra unos grandes olivos, pues detrás del barrio había una textogran haza de olivos y debajo de la portada teníamos otra, por consiguiente, estaba rodeado de campo sembrado.

Enfrente del barrio se encontraba una hilera de huertos alargados haciendo forma de bazares. Aquellos huertos eran una delicia, en el suelo mi padre criaba hortalizas y por las orillas, unas hileras de árboles frutales que nos daban fruta muy variada. En las cabeceras de los bancales subían por la pared arriba grandes parrales, quedando desde un huerto al otro como una sábana verde.

Cuando se entraba en aquellos deliciosos huertos con tanta fruta variada y el verde de las hortalizas parecía en tiempo de verano que se entraba en el jardín del Paraíso. De mi casa a este edén había muy poca distancia. Algunas veces estábamos guisando y nos faltaba alguna verdura y de un salto la traíamos, la casa del huerto la separaba un barranco con agua que se atravesaba pisando por unas piedras puestas en medio haciendo hilera. Aquellas piedras las pasaba yo saltando, me servía como un deporte.

Desde este barranco a los huertos se subía una pendiente cubierta de grandes matas de orégano, tomillo y jaras. Cuando subía de aquella terrera pendiente, el vapor fresco



Vista del Barrimedio de arriba, donde estaba la casa familiar de Leonor Almendros.

(Foto: Felipe Rodríguez Moreno, 1955).

del agua del barranco y el perfume de tantas hierbas aromáticas daban un ambiente romántico. Cuando era niña y luego joven tantas veces subía aquel pendiente caminito a la sombra de los olivos y las higueras con los trinos ensordecedores de los pájaros que por aquellas alamedas me parecía estar viviendo en un mundo de ilusiones.

Por las mañanas el despertador que teníamos era el piar de los gorriones que se paraban en los olivos que caían encima de mi casa. Por delante de mis ventanas pasaban unos alambres de la luz que amanecían negros de las golondrinas que nos saludaban con sus cantos. Conviviendo con nosotros en nuestra casa tuvimos en cierta ocasión una parejita de estas aves que criaban sus polluelos en el nido que hicieron en una viga del techo. Desde luego que por las mañanas no había más remedio que madrugar, pues tanto ruido de pájaros no nos dejaban dormir, aunque cuando teníamos sueño nos servía como una música relajante. Cuánto desearía volver a vivir entre esta naturaleza en aquel limpio aire de campo donde todo es acariciante y sencillo, donde la vida es tranquila y pacífica.

Sin embargo, las gentes del pueblo nos íbamos buscando la ciudad, la masa de humo y las contaminaciones. Íbamos huyendo del pueblo y buscábamos otra vida distinta, otra vida envenenada. En los últimos años de los cuarenta la gente estaba un poco impaciente ya que algunos se habían ido a vivir a Alemania, pero el pueblo todavía tenía su vida normal y tradicional. Los hombres seguían su marcha de expansionarse con el vino. Mis padres como lo vendían, aunque no era un bar sino una bodega también los bebedores nos daban buena lata.

Al pueblo llegaban los pescadores con el pescado en sus bestias, lo llevaban en capachos con su sal para aguantarlo;

este pescado era muy gustoso, ya fuese porque lo pescaban con red más natural o porque ya iba sazonado con su sal. Venía de la costa granadina de la Rábita y la Mamola, dos pueblos de la costa alpujarreña. Toda la noche se pasaban andando, a lo mejor con un viejo borrico con los capachos cargados hasta arriba. cuando asomaban por un camino que daba vista al pueblo, voceaban pregonando su pesca, desde aquel sitio se sentía en los tres barrios, cuando entraba en el lugar, ya tenía varios compradores esperando. Cuando llevaba algún tiempo en la puerta de la posada, que era donde descargaba los capachos, lo que le había sobrado lo recogía y lo pregonaba dando voces por las calles con el burro, recorría los tres barrios hasta terminar de vender la carga de pescado.

Por eso aquellos bebedores empedernidos algunas veces juntándose varios compraban. una cesta de sardinas y se iban a estas casas particulares donde había bodega como la de mis padres.

Cuando se presentaban con las sardinas en mi casa se me nublaban el corazón, pues ya teníamos la juerga y la tabarra formadas. Por compromiso, aunque sólo fuera, había que asarles las sardinas y venderles el vino para acompañar. Lo mismo que hacían con la pesca a lo mejor se presentaban con un chivo para que mi madre se lo guisara y comérselo allí con el buen vino de nuestra bodega que era puro y el que mejor sabía, porque el de los bares iba bautizado y tenía menos calidad que el que se sacaba del tonel.

Mis padres eran los que soportaban todas esas tabarras que nos acarrea el tener bodega, pero como eso era de vez en cuando y siendo amistades, aunque teníamos ganancias con las ventas, no les quedaba más remedio que alternar. Cuando se calentaban con el vinillo y éste que lleva más

grados que otros, al momento empezaban los cantes y las palmas. Unos cantaban por seguidillas, otros por martinetes o serranas, esta gente antigua eran muy cantores y tenían cantidad de arte para el flamenco.

Hubo veces que, en sus farras, para acompañar sus cantos y palmas se valían de cualquier objeto que pillaban, incluso hasta llegar a coger la piel seca de las panochas que les llamaban farfolla, cuando está seca cruje mucho y agitándola contra la mano hacían su música; uno que se llamaba Paco Vigilia tocaba la guitarra con la boca y lo hacía tan bien que parecía una guitarra de verdad. Ellos en el mundo de su pequeño pueblo se pasaban la vida de la manera que mejor veían, pero vivían a gusto.

El pan:

En el pueblo había algunos hornos públicos para ir a amasar el pan. Además, las panaderías lo vendían caliente todos los días. Pero también había en la mayoría de las casas, horno que se solía usar una vez a la semana. Mis padres lo tenían, la cocina estaba en el piso de abajo y encima de la hornilla, la boca del horno, la misma chimenea servía para amasar el pan y para guisar.

El día que se amasaba era una jornada de mucho trabajo, pues el pan se hacía con más reposo y se necesitaba más tiempo para hacerlo. Primero de una pequeña taza de masa que se guardaba, ya teníamos la levadura para la semana siguiente, con esta levadura que ya se encontraba seca la noche antes de amasar, se hacía un plato de masa, se tapaba con un paño y a la mañana siguiente amanecía fermentada; esta gran fuente de levadura se echaba a la masa del pan que

era la que tenía que crecer y fermentar. La masa se abrigaba en la artesa y al rato que ya había crecido, nos poníamos a hacer el pan. Cuando pasado otro rato estaba crecido el pan, se calentaba el horno quemando leña dentro de él procurando que tanto el horno como el pan estuvieran a punto a la misma vez, de este modo el pan aguantaba más tiempo tierno y era más sabroso.

A mí me salía un pan muy bueno, desde que era bastante jovencita ya me ponían a amasarlo, pues para que salga bueno hay que trabajar bien la masa y yo era una chica con unas fuerzas extraordinarias. Algunas veces se prestaban los panes a otras vecinas y de esa manera se lo comían más tierno.

Las comidas típicas de mi pueblo:

En mi pueblo se hacían comidas típicas como las migas, gachas, potajes, el cocido y las cazuelas. Con escasos ingredientes salían gustosas al máximo, con unos simples pimientos fritos sabían a gloria. Esto creo que se debía al cultivo de las hortalizas que se criaban con abono de los animales.

Las migas más populares eran las de harina de maíz. Las gachas se hacían con un caldo colorado que iba compuesto con un sofrito con cebolla, pimiento verde y tomate. A este sofrito se le echaba un pimiento rojo seco y tostado en el aceite que se ponía en la sartén; con este pimiento se fríen unos dientes de ajo y se machacaban en el almirez añadiéndole otro diente de ajo crudo; también se le añadía al sofrito costilla de cerdo frita, lomo o pescado frito. Cuando esta

salsa caldosa había dado unos hervores con la carne o pescado deseado, se echaban las gachas, ya cocidas en la otra sartén y resultaba una comida tan sabrosa, que sólo el olor deleitaba.

Los cocidos se hacían con muchos garbanzos, alubias, hueso de codillo, tocino y morcilla. Se hacía de varias formas, por ejemplo: el cocido de col se acompañaba de alubias, patatas, tocino fresco y morcilla. El cocido de garbanzos se acostumbraba a hacer con judías tiernas, tocino, tomate y patatas, también se le echaba un pimiento verde. El cocido de nabos también resultaba bueno.

Los potajes igualmente tenían muchas versiones, la más típica era la de los hinojos, claro está, en el tiempo que se criaban. De otras verduras como acelgas, col, espinacas, etc. eran también muy ricos. El hinojo se hacía con judías, era lo que mejor le quedaba; cuando las judías estaban cocidas se le añadían las verduras y las patatas, se le machaca un pimiento rojo y un ajo para sabor y color. Estos sencillos potajes estaban deliciosos, eran unas comidas fuertes.

Ya en otras páginas les cuento cómo la comida típica de la fiesta mayor y del verano se compone de hortalizas en abundancia.

Las patatas con carne en estofado:

Se corta la carne en grandes trozos, en el fondo de la cacerola se ponen unas lonjas de beicon, encima se colocan la carne (cualquier carne es buena) con la carne se mezclan unos cuantos choricitos, unas alcachofas en trozos, champiñones, laurel, ajos en abundancia, aceite y perejil, un vaso de vino hasta cubrir la carne, sal y el zumo de medio limón y cuando se cuece la carne con todos estos condimentos se fríen unas tiras grandes de patatas en abundante aceite para

que estén bien doradas que coronarán el plato y se comen acompañadas de una ensalada o gazpacho; y ... buen provecho.

El choto al ajillo:

En mi pueblo se estilaba mucho el choto al ajillo, se freía con ajos y una vez frito se le echaba vino y pimentón según la cantidad de carne y después de darle dos o tres vueltas en la sartén se apartaba y servía, era una comida ligera y muy sabrosa.

Salsa de cabrito o cordero:

De animales tiernos pero crecidos, que la carne esté hecha: se pone la carne en trozos medianos a freír, así como unas rebanadas de pan y ajos además de almendras peladas, pasándose todo ello por un turmi y añadiendo ajos crudos, perejil, un vaso de vino, pimiento en rama, ya remojado; esta salsa se le añade en la sartén a la carne frita, revolviéndose con el aceite. Después de hervir unos cinco minutos la salsa con la carne se aparta del fuego y ya está lista para servir.

Los buñuelos:

Los buñuelos se hacían en Semana Santa, para San José, en las onomásticas, bodas, bautizos, etc. Los buñuelos están siempre presentes en todas las celebraciones del pueblo; la bandeja de los buñuelos y el porrón de vino del tonel, vino casero del que allí se cosecha. Pues bien, los buñuelos se hacían de esta manera: se preparaba una recentadura o levadura en una fuente la noche antes, como cuando se amasaba el pan, en un lebrillo grande, es lo que entonces se empleaba en estos lugares. Lo ponían casi lleno de harina, la masa fermentada se deshacía en agua tibia con la sal que necesitaba la masa. Cuando ésta ya estaba trabajada con los puños, la iban ablandando hasta quedar tierna y correosa. Cuando la

masa reposaba un rato, se ponía una sartén grande con una cantidad de aceite un poco por encima de la mitad; cuando el aceite estaba fuerte se ponía un recipiente de agua tibia sazonada al lado de la sartén y con las manos mojadas en esa agua, se cogía un puñado de masa haciéndole un agujero con las manos al echarlo en la sartén, en la cual el buñuelo crece al freírse, quedando el orificio en el medio; resultando de lo más sabrosos y suaves, aguantan tiernos, dos o tres días.

El potaje de castañas:

Se pelan las castañas tostadas y se ponen a cocer con canela en rama y azúcar y cuando las castañas están tiernas, se apartan cubiertas del caldo dulce y se dejan enfriar y así se sirven de postre.

Las cazuelas:

Las cazuelas se hacían de varias maneras: de patatas con arroz o con patatas y fideos; esto iba con un sofrito de cebolla, pimiento tierno, tomate, perejil, ajo y especias como pimentón, pimienta o cominos.

Las cazuelas en crudo:

Se ponían las patatas en la olla o cacerola, picadas en trozos grandes, se le ponía unas sardinas o almejas, pimiento tierno, cebolla y tomate, todo picado en las patatas, perejil, ajo, comino, laurel, azafrán, aceite y sal. Todo esto se pone al fuego a cocer con un pimiento en rajas resultando una comida rápida y fácil de hacer y muy buena como primer plato. También se solían hacer muchas fritaíllas con carne, pimientos y tomates.

Arroz con leche:

Se pone a cocer el arroz con cáscaras de limón, una tira de

cáscara de naranja y canela en rama. Cuando el arroz se va cociendo se añade la leche sin parar de removerlo. Cuando está tierno se le echa azúcar, esto un poco antes de apartarlo, se le quitan las cáscaras y trozos de canela y se sirve frío en platillos de postre espolvoreándolo bien con canela molida.

Cuando hay pan duro, para desayuno:

Se cortan unas rebanadas de pan, se mojan en leche, después en huevo batido y se fríen en aceite fuerte; después se espolvorea con azúcar y canela. Lo mismo se hace con vino en vez de leche, lógicamente es un sabor muy diferente.

Estas son algunas comidas típicas de mi pueblo.

En los años cincuenta:

En los años cincuenta la emigración iba en aumento en mi pueblo y en la década de los sesenta se quedó desierto. Causaba asombro ir a mi pueblo... todo eran casas cerradas y tierras abandonadas.

¿A dónde iban las gentes aquellas sin saber nada más que labrar la tierra? Pues muy sencillo, toda su vida no habían visto otra cosa que el pueblo y la esclavitud del campo, eran unos años en que la vida moderna aumentaba en sus progresos eléctricos y otras novedades, las que daban tantas facilidades para llevar una vida cómoda y amena.

Para esta gente tan rústica la vida cambiaba como de la noche al día; las ansias de buscar más comodidad se iban aumentando de forma acelerada. Los jóvenes eran los primeros que se iban a la ciudad, a cualquier parte de España, lo que se pretendía era salir del pueblo, incorporarse a la masa

de una ciudad escuchando el ruido de maquinarias o las órdenes de jefes y encargados, donde se respiraba el aire contaminado, donde se topaba por la calle con los tumultos de la gente que caminaba deprisa por las aceras, cada cual a su destino, donde en medio de tantas personas se sentían solas sin tener con quien charlar ni tener a quien decirle adiós al pasar, porque a nadie conocían y donde la vida pasaba más veloz porque siempre hay que ir corriendo y mirando la hora del reloj.

Su tranquila vida familiar de los pueblos la estaban convirtiendo en azorada vida de la ciudad, sin darse cuenta se iban encontrando en un mundo distinto completamente al que habían tenido. Cuando ya estaban acomodados en un trabajo, estos jóvenes que un día salieron desprendiéndose de la familia, de sus amistades y de su pueblo, ellos eran los que después se llevaban a sus familiares que dejaban sus tierras y casa abandonadas. Hubo familias que prosperaron y sus vidas sufrieron gran cambio y otras seguían trabajando como fuese para conseguir saciar el ansia de cambiar su vida en todos los estilos.

Durante esta década de la dictadura franquista, muchos pueblerinos se filtraron en las ciudades, sobre todo en las de más ambiente de vida como Barcelona y otras por el estilo. El cambio, en su vida de esas gentes rústicas al establecerse en estas grandes ciudades fue un ascenso en su mundo educativo, encontraban otros medios donde ampliaban su cultura, en el pueblo eran deficientes, las personas más humildes sólo podían hacer una simple básica, lo que un maestro de pueblo les enseñaba.

En el pueblo había unas cuantas familias que sus hijos podían desplazarse a las ciudades como lo iban haciendo, pero

sólo de tres partes, una, el resto se conformaba con un maestro de pueblo, debido a su deficiencia económica. Las humildes personas que por esas circunstancias se tenían que quedar sin sus estudios correspondientes, al salir los emigrados a las ciudades, las nuevas generaciones lograban esos estudios que en el pueblo no conseguían. Se vivió una década en estas circunstancias, en las ciudades había más gente de los pueblos que de la misma ciudad.

Las jóvenes generaciones se sienten hijos de estas grandes capitales, los que vinieron pequeños porque se han criado en este ambiente y los que han nacido en ella porque son nativos de esta ciudad y oficialmente son hijos de ella. Los cabeza de familia que un día salieron del pueblo buscando bienestar, luego llegan a tener raíces de estas grandes urbes por sus hijos y por sus bienes prosperados.

Los años han ido transcurriendo en este ambiente. El pueblo que en mis tiempos se vio tan lleno de vida porque rebosaba de habitantes, llegó a una etapa en que todos sus vecinos lo dejaron abandonado excepto unas familias que su vida se la pasaban en el campo, permaneciendo en un silencio absoluto.

El único medio de ver a las personas que quedaban en el pueblo, era los domingos a la hora de la misa, porque eso sí, cristianos y devotos siempre ha habido y a la hora de la misa dejaban sus tareas para ir a la iglesia. Aunque en tiempo de verano un cura joven que tenían en aquellos años se desplazaba a la vega alta, donde los campesinos tenían sus cortijos en los que vivían esta temporada, para que no abandonaran sus trabajos por muchas horas, el joven y simpático cura en las mismas montañas y a pleno sol les decía la misa dominical.

Eran gentes tan sencillas que aquella hora santa al sacerdote se lo gratificaban dándole hospitalidad en sus humildes cortijos, lo que el cura aceptaba cordialmente; le ofrecían un almuerzo con las sabrosas migas de harina de maíz humeante, todos comían en la misma sartén, acompañadas de ricas hortalizas, aceitunas y gazpacho. El joven cura, con su amabilidad y simpatía hacía a los campesinos felices, él también se sentía satisfecho adaptándose al buen ambiente de aquellos sencillísimos campesinos.

En aquellos tiempos yo vivía en Granada y tuve que ir al pueblo a vender una pequeña tierra que había heredado de mis padres. Al llegar allí, era sábado y quedé sorprendida cuando en una pista que estaban haciendo y que iría a parar a la plaza del pueblo, el joven que contestó a nuestras preguntas y que trabajaba en dicha carretera era el mismo que el domingo revestido como Dios manda estaba diciendo misa, era el párroco.

Quedamos sorprendidos con el cura comunista, como así lo expresaba el mismo en el sermón de la misa, aquella mañana de domingo en la homilía nos explicó que trabajaba con los obreros porque era comunista como Jesucristo, comunista y pobre.

Se metió la carretera hasta la misma plaza, los pocos que quedaron ya podían llegar con sus vehículos al centro del pueblo y lo mismo los visitantes como nosotros. Aunque deshabitado, las personas que en él vivían se podían surtir mejor de alimentos y el pescadero ya podía llevar en una moto su mercancía hasta la misma pescadería.

Cuando Cástaras estaba tan habitado hubiera tenido más vida si la carretera hubiera terminado dentro del pueblo,

pero en aquellos tiempos se encontraba en medio de dos carreteras, ambas de nuestro término, pero una cruzaba la Contraviesa y había que andar cuatro kilómetros para coger el coche de línea sirviéndonos de caballerías y la otra atravesaba la vega alta de la sierra, sólo teníamos que andar dos kilómetros, pero para llegar el coche a la ciudad echaba más horas porque había más recorrido por esa parte.

Había muy malas comunicaciones por carretera en tiempos anteriores, impidiendo haber vendido muchas cosas de las que en el pueblo se cosechaban, mis padres tenían delicias de frutas y se le pudrían porque al ni haber carretera no había forma de venderlas.

En los años sesenta:

En la década de los sesenta ya no vivía yo en el pueblo, entonces bajaron la carretera de la sierra hasta el pueblo. Era un gran beneficio, pusieron un coche que hacía el trayecto diario llevando a los viajeros a Torvizcón por donde pasaba el autocar de línea. La carretera moría en el pueblo, si hubiese llegado a enlazar de tal manera que Cástaras quedara a un paso de la carretera, las cosas habían sido distintas, el pueblo hubiera tomado otro ambiente con la comunicación que necesitaba. Con todo esto, llevaron el teléfono al pueblo.

Las casas que quedaron cerradas se iban cayendo, los pocos vecinos que seguían allí se marcharon a vivir a las mejores viviendas, que se encontraban en el centro, así el campesino que siempre había vivido en una casucha de mala muerte en los barrios más humildes, luego residía en el centro donde

vivían los ricachos. Casas bonitas alrededor de la plaza, llenas de balcones que en otros tiempos se vieron adornados de macetas floreadas y de bonitos y ordenados muebles... después daba pena porque llegaron a meterse los campesinos y claro está, cada persona pone lo que maneja. Después se veían las entradas totalmente llenas de sacos amontonados y haces de hierba para los animales. Daba pena ver el pueblo en aquel estado de decadencia, se encontraba como un enfermo moribundo.

La casa de mis padres, donde yo nací y me crié fue siempre de mucha alegría y muy cuidada, como mi padre era maestro albañil de continuo la estaba arreglando y la tenía hecha un primor. Pero todo llegó a su destrucción, las casas cerradas se caen y al morir mi padre, a mi madre me la llevé a vivir conmigo a Granada y la nuestra quedó cerrada.

Había un poyete que daba la vuelta a toda la fachada empedrada, la parte superior de aquel banco hecho de obra y que servía de asiento llevaba unos anchos y especiales ladrillos rojos quedando muy vistoso con el blanco de la cal. Mi desilusión fue grandiosa cuando la última vez que estuve allí me encontré el vistoso y largo poyete con los ladrillos arrancados desde una punta a la otra. Pregunté por la persona que había hecho aquello y los vecinos me dijeron que fue mi primo Ángel, se los llevó para el suelo de un horno de una panadería que tenía, le dijo a los vecinos que ya nos lo había hecho saber a nosotros. Cuando yo hablé con mi primo y me contestó que aquellos ladrillos eran estupendos para el horno de la panadería y se cocía mejor el pan; que él pondría a cambio una capa de cemento, cosa que nunca hizo. Cuando una casa se cierra lo que detrás viene es la destrucción y así pasó con la mía y con la mayoría del municipio.

La última vez que estuve allí fueron momentos de pena y de

ilusión al visitar aquel rincón de tierra que me acunó, recorrí todos los sitios, esos que tan buenos compañeros fueron de mi infancia y mi juventud; los pies no se quedaban quietos, corría y corría de un sitio para otro mirando los lugares donde yo pasé tantos años de mi vida, fui al lavadero del barrio, bebí con ansias de aquel gran manantial de agua fresca y sonora que salía de aquel grueso tubo, cayendo aquella hermosura de agua haciendo una cascada alrededor del precioso pilar de piedra picada, al lavadero donde tantas veces lavé la ropa; me fijaba en las piedras que a mí me gustaba elegir para lavar.

Las alamedas que en torno de aquella madre fuente había, nos daban frescura con su sombra, el césped de los alrededores me gustaba contemplarlo con ahínco, me parecía haber retrocedido por el túnel del tiempo recordando mis años pasados. Fueron momentos de mucha emoción, quise ver los huertos frutales que se encontraban enfrente, había que cruzar el barranco de agua, en medio del cual había unas piedras, saltando de una en otra pasábamos al otro lado. Quise hacerlo corriendo lo mismo que en mi juventud. Cuando llegué a los huertos sentí un poco de pena pues no estaban tan cuidados como mi padre los tenía, muy emocionada los miraba y sentía alegría y ganas de llorar.

Me encontré a Dolores Ramírez, una vecina de toda la vida, nos saludamos con mucha alegría, nos veíamos al cabo de varios años. Era una pobre mujer sola y sin medios económicos, cuántas veces la socorrió mi madre y yo no quise que aquel día fuera menos que otros, al despedirme le metí en el bolsillo algún dinero. Estas personas eran sencillas y abandonadas del mundo, pero amadas por Dios. Estaban aclimatadas a la esclavitud de aquellos rincones que se sometían a su miserable vida sin aspiraciones de buscar otra mejor a

causa de su escasa cultura. No vieron desde que nacieron otra cosa que ese trozo de cielo y se ceñían a su pobreza.

Me pasé veinticuatro horas en mi pueblo hasta solucionar los asuntos que nos habían llevado hasta allí; me hallaba muy feliz en mi pueblo pero sentía un vacío al ver las cosas tan distintas a los tiempos en que yo lo habitaba. Las pocas gentes que en él se veían eran caras nuevas, muy pocas quedaban conocidas, era todo tan distinto que me parecía estar en otro lugar.

La crisis en España:

Desde aquella época a la vuelta de veinte años, las cosas fueron cambiando. Hubo gentes de las que se encontraban sin trabajo que volvieron al pueblo para labrar las tierras abandonadas. Las personas que en años pasados habían salido de allí buscando otra cosa mejor y tuvieron la suerte de mejorar económicamente, ahora vuelven a establecerse en el pueblo, a coger aquellas tierras abandonadas y casas en ruina para darles de nuevo vida. Están levantando las casas caídas, reconstruyéndolas en un estilo más moderno.

Los que se han jubilado quieren terminar su vida en medio de la paz de su aldea y se acomodan con todo confort o se van de vacaciones a su pueblo natal. También hay otras personas que con la crisis sufren estado de desesperación con el trabajo y recurren al pueblo antes de pasar miserias en la ciudad.

Cástaras se va reconstruyendo otra vez, sus hijos pródigos que en tiempos pasados lo abandonaron, unos porque hicieron fortuna y allí van a pasar el verano y otros por la falta

de trabajo, el caso es que estaba muerto y ha vuelto a tomar vida. Ya hay médico, cura, maestros, practicante y todos los requisitos que un pueblo necesita, como tiendas y otras cosas que en él habían muerto.

En los últimos años de los setenta a los ochenta la carretera que entraba al pueblo y que en él moría, los que residían allí se han interesado en trabajarla y unirla con la de la costa, la que pasa por la parte baja de la Contraviesa la han sacado por un lugar que se llama el Camino Nuevo, por cierto, es un sitio muy rocoso y les ha costado mucho trabajo y bastante tiempo toda esa labor, todo el trabajo que se ha hecho en ese trozo ha sido a base de dinamita.

La carretera la han bajado por el cortijo de don Juan, una gran cortijada, se le nombra así, hasta el río enlazándola con la de la Contraviesa baja, porque por la zona costera pasan dos ramales, el de más arriba pasa por la costa como Albuñol y otra barra de pueblos; el otro pasa por encima del río que es la más cercana a Cástaras y la que pasa por el pueblo. Mi pueblo ha tomado en poco tiempo una vida muy esperanzadora pues la carretera enlazada presta una ayuda muy grande, contrarrestando la decadencia anterior. Las cosas van cambiando y caminando hacia una situación más iluminada para los vecinos que en él viven. No con excesiva velocidad, pero sí con buen ritmo, en pocos años parecerá otro distinto y los que allí viven se hallarán en un ambiente más ameno y mucho más comfortable.

Cástaras resucita:

Las cosas vuelven, aunque con lentitud a su cauce y es una

ilusión para los que nos hemos criado allí porque es un pueblo tan grande en su término, tanta riqueza de aguas produciendo cosechas de sierra y de costa, que, mirándolo detenidamente, es un prodigio; es maravilloso el paisaje para pasar unas vacaciones en él.

Cástaras prodigioso, que guarda maravillosas historias moriscas y es que fue un rincón muy apreciado por los moros, cuando se marcharon con la intención de volver, se dejaron unos tesoros enterrados que han ido apareciendo lentamente. Algunas personas del pueblo trabajando en las excavaciones al hacer alguna reforma en las casas han encontrado orzas repletas de monedas, las cuales se han revalorizado muchísimo económicamente.

Cuántas señales aparecían en las excavaciones, encontrándose objetos como ánforas, candiles todo de barro muy melados; esto sirvió de pista para encontrar el tesoro que después aparecería, una orza de barro llena de monedas de oro. Cuántas han aparecido, se daba a entender que los moros tenían intención de volver, dejando sus riquezas bajo tierra. Otros se bautizaban por no abandonar sus bienes, por mi pueblo y alrededores alpujarreños no se suele ver gente rubia, la mayoría del personal es moreno con los ojos negros, con aire moruno. Los árabes se fueron y los que quedaron sembraron su raza por aquellos parajes, quedando por allí este aire arabesco.

Las leyendas cuentan historias muy bonitas de aquel tiempo, historias muy hermosas de cuando los moros le declaraban su amor a las damas, las obsequiaban con bonita música de laúd y guitarra bajo las rústicas ventanas de aquellas calles pedregosas.

Hubo amores apasionados, odas amorosas dignas de ser leídas con el primor que cortejaban a su amada. Tal vez el usarse en aquellos pueblos estos instrumentos musicales de cuerda como guitarra, bandurria y laúd provenga de los mencionados árabes. Muchas cosas y costumbres muy parecidas a ellos serán también una herencia que dejaron nuestros antepasados árabes.

Estas gentes no eran moros guerreros ni mal intencionados, eran moros campesinos que vivían pegados a la tierra trabajándola duramente, así conseguían sus riquezas. Hacían su vida cotidiana igual que los cristianos han seguido haciéndola. Porque casi eran ellos mismos quienes siguieron en la Alpujarra Granadina, haciéndose cristianos la mayor parte de ellos que era el modo de seguir junto a sus riquezas.

Desde entonces para acá, las mismas costumbres de celos han seguido encadenadas de una generación a otra sin llegar a desaparecer y permaneciendo hasta los últimos tiempos. Hay infinidad de ruinas por aquellos lugares, viviendas que fueron hechas y abatidas por ellos, pues hasta el postrero momento permanecieron en la Alpujarra siendo las últimas tierras españolas que abandonaron.

Cástaras mi bello pueblo:

Hasta la cuarta generación de mis raíces se crio en Cástaras. La cuarta emigró del pueblo cuando éramos jóvenes abandonando la riqueza de Dios que es la naturaleza salvaje del pueblo y la belleza de aquel sitio tan limpio y puro, libre de contaminación. Nos introducimos en las ciudades a vivir apretujados entre la multitud de gentes de todos los lugares respirando aire contaminado.

Donde nació la quinta generación de mis raíces, por ejemplo, yo misma, estuve viviendo en medio de tan grandiosa naturaleza, donde nací y crecí hasta los veinticinco años. A esa edad me casé y me fui a Granada a vivir hasta que cumplí medio siglo. Durante este tiempo nacieron mis numerosos hijos, se criaron en la ciudad granadina de muy distinta forma a la del pueblo.

Se criaron en la ciudad en medio de intensa polución, pero eso sí, acaparando cultura y alimentando su inteligencia, llegando a ser personas de una formación sólida. Esta preparación en el pueblo sólo la conseguían los que tenían recursos económicos para el desplazamiento a la ciudad donde por mediación de los estudios alcanzaban gran formación. Por ejemplo, yo fui una de esas víctimas que se encontraba en ese cinturón apartado de todas esas ventajas. La quinta generación lleva una agitada vida, no conocen el pueblo de donde proceden, no saben nada de lo que es la vida de un pueblo, ni han disfrutado de la naturaleza mucho menos de aquella bendita naturaleza de mi pueblo.

Cuando a mis hijos les hablo de Cástaras se quedan un poco extasiados, es cosa que no conocen y al contarles yo algunas aventuras desarrolladas allí lo encuentran como algo fantástico, como algo maravilloso que ellos no han llegado a ver. Ya hay sexta generación con vástagos sin nudos que de prisa van creciendo, arbolándose la sexta generación de mis raíces, raíces que quedaron muy profundas y cogieron gran fuerza de la tierra para ir prevaleciendo sus largas ramas.

Mi larga y grande familia, en la cual mis primeros antepasados nacían y morían en el mismo pueblo extendiéndose las ramas de varias familias que se componían de unos cuantos apellidos. El apellido se propaga de tal manera que, aunque era la misma rama no se encontraba en una parte de las

familias parentesco alguno.

La rama de los Almedros que es mi primer apellido: esta rama tanto se propagó que medio pueblo se apellidaba así, es una de las más grandes que hubo, aunque al marcharse tanta gente, tirando cada uno por su lado, quedó deshecha. Cuyo apellido se ha ido introduciendo por otras tierras en la geografía española, prevaleciendo con brotes en distintos sitios, siendo esta larga rama que en anteriores tiempos permaneció en el pueblo, como la madre rama por ser la más amplia, hoy se halla disuelta y diseminada.

Como yo, por ejemplo, me encuentro en la Ciudad Condal desde la que escribo este libro como recuerdo de mi vida pasada y antepasada.

MI PUEBLO, CÁSTARAS

No puedo olvidar tu belleza
mi blanco pueblo andaluz
que visto desde las alturas
en medio de su verde vega,
parece una tacita de plata
relumbrando por su cielo azul.

Se encuentra en el valle
de tres montañas,
por su blancura y belleza
visto desde arriba
pareces las plumas de una paloma
llovidas del cielo.

Con sus grandes alamedas
compañeras de barrancos,
con sus tiernas copas
rizadas por el aire.

Alamedas frescas en días calurosos
de un cálido verano,
cuando el sol calienta
con las fuerzas de sus rayos.

Alamedas armonizadas
por el alegre canto de los pájaros,
el canto romántico del ruiseñor,
el silbido de las mirlas
y cantos de jilgueros.

Sentados en el fresco césped
se siente tanta paz
que da soñolencia,
una soñolencia que, despierta

se llega a soñar.

En este dulce ensueño
el espíritu se eleva,
introduciéndose entre
unas nubes blancas que corren
por el cielo azul
brillantes por el sol andaluz.

Este sueño es tan feliz
que la paz que el espíritu
siente, va acompañada
de una música tan dulce
con un brillo celestial
que da pena despertar.

ASÍ ES MI PUEBLO

El gorrión en los olivos
con los ojos puestos
en la espiga,
la espiga de un dorado trigo.

Piensa devorar la espiga
para comerse su grano,
con el aire de una brisa
caliente del verano.

Y en el murmullo de las aguas
que se estrellan en los barrancos
cantan canciones de amores,
amores con desengaños.

Y al amanecer el día
se siente la melodía
del canto de golondrinas
con sus chirridos de alegría.

Vuelan abejas y mariposas,
van por los verdes sembrados
posando de flor en flor,
donde comen embriagados.

Campos de mi Andalucía
con sol y montañas nevadas,
donde reina la armonía
con olor a tierras labradas.

Donde se elevan los campos
del labrador que va arando
bajo el sombrero de paja
y la semilla tirando.



Fotografía: Nacy Ligeró, 2013

Aquí asoma la iglesia; enfrente unas lomas sembradas y en ellas un cortijo que queda escondido, llamado el cortijo de don Juan, está habitado por varios vecinos formando una pequeña aldea.

Al fondo se levantan unas pequeñas montañas: la Contraviesa. Estas montañas quedan por delante del mar. Todo esto que se ve pertenece a mi pueblo, porque Cástaras es muy extenso en término territorial.

En estas montañas de costa se cosechan los mejores vinos de la Alpujarra granadina, están cubiertas de viñedos, higueras y almendros; el suelo produce inmensidad de cereales, en sus tierras de secano regadas por la lluvia. Esta especie de aldea llamada las Rozas, está cuajada de cortijadas donde tienen escuela, iglesia y comercio. Esta gente solo se desplazaba a Cástaras para asuntos concretos como entierros, pagar la contribución de las fincas y en las fiestas patronales de San Miguel y San Antonio.



Fotografía: Jorge García, 2010.

La fotografía que aquí vemos nos muestra las montañas que rodean el pueblo, éste queda en el valle de tres montañas, a saber: la de Mansilla rica en minas de mercurio, hierro, plomo y azogue, ya explotadas. Las otras son la de la Hiedra y la del Conjuero.

Aquí se ve el pueblo hundido en su valle, sólo asoman las escuelas y el verde de los álamos que se levantan de los barrancos de agua, ésta se desliza por sus pendientes tierras, las que riegan las siembras de la vega baja y abrigada. A estos huertos que se esconden entre los álamos se les llama los huertos de lo Hondo.



Fotografía: Jorge García, 2006.

Esto es un lateral dando vista a la carretera que da entrada y salida al pueblo. Junto a él, huertos al estilo de basares que poseen olivos y árboles frutales; ahí se siembran ricas hortalizas porque este pueblo es abundante en agua, por ser terreno quebrado, nacen fuentes por todos los sitios formando los barrancos que riegan y dan vida a estas tierras que rodean el pueblo, son abrigadas, por eso se crían olivos, higueras y muchos frutales y a las afueras los viñedos y almendros. Aquí se produce de todo: cosechas de costa que son las que rodean el pueblo y cosechas de sierra que quedan en la vega alta de Cástaras.



Fotografía: Pilar Mezcuca, 1991.

Esta parte del pueblo se llama el barrio de las Eras y junto a él están las escuelas, debajo de éstas hay otro pequeño barrio llamado Los Corralones, es más humilde. El barrio de las Eras es llamado así porque lo coronan unas grandes eras donde se trillaban los cereales de las tierras más cercanas. Estas eras se encuentran en lo alto del barrio, desde donde nos gustaba salir paseando hacia ellas porque se respiraba aire puro, al quedar en lo alto de un cerro. Al pie del cerro lo rodean barrancos con hermosas alamedas que dan vista a maravillosos paisajes.

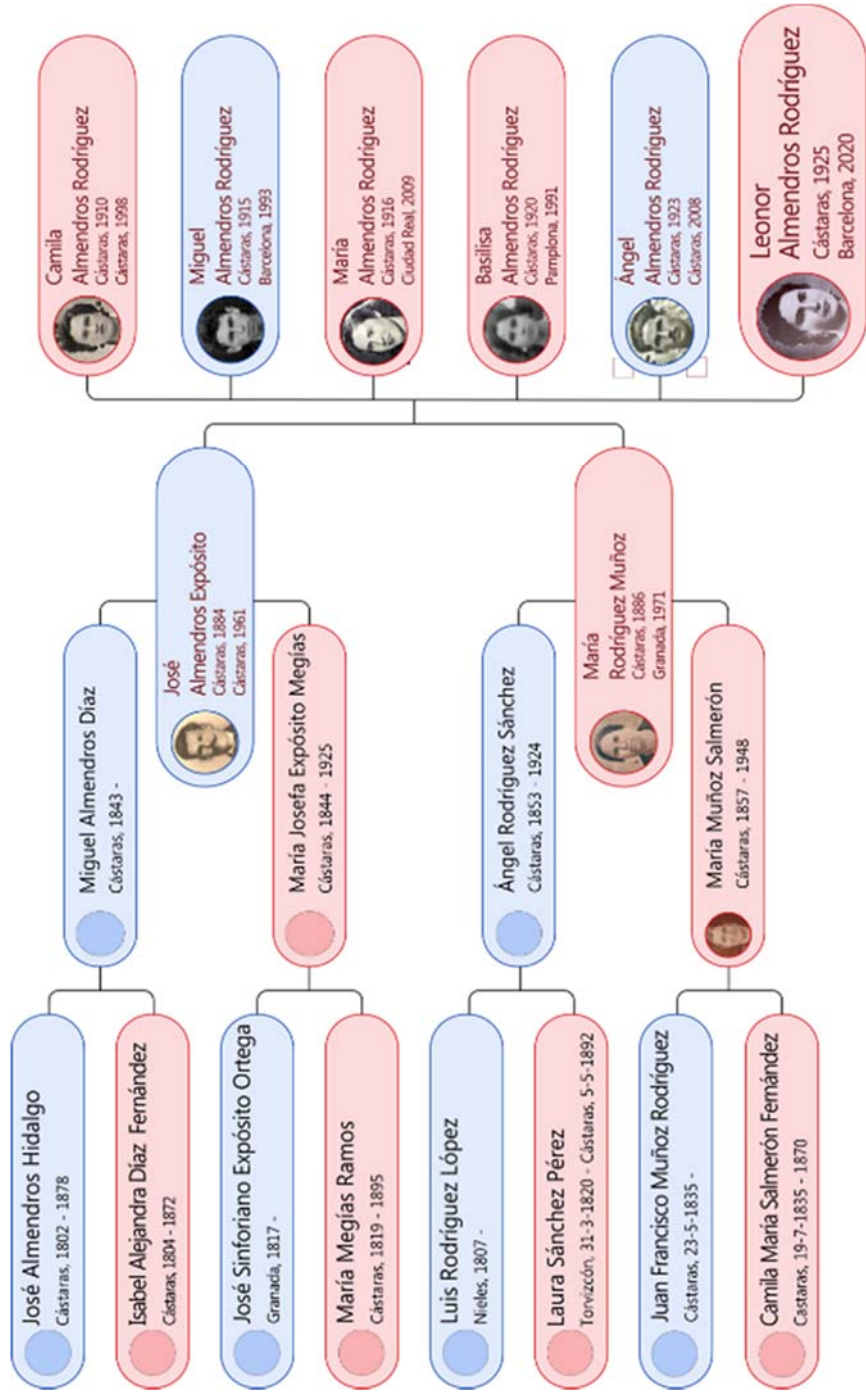
Leonor Almendros

En este popurrí poético expreso algo de lo que es mi pueblo.
Aquí termina este relato histórico: todo lo que en él escribo
es verídico.

Barcelona, mayo de 1983.



Leonor Almendros Rodríguez



Cuadro de antepasados y hermanos de Leonor Almendros

ÍNDICE GENERAL

Presentación	9
Mi pueblo, Cástaras:.....	15
Mis raíces, mis antepasados:	20
Mi abuelo Ángel:.....	27
Mis abuelos paternos:.....	37
Mi pueblo:	41
Épocas de mi pueblo:	44
Mis padres y mi familia:.....	45
Mi padre en Argentina:	48
Mi pueblo y mis antepasados:	52
La naturaleza y secretos del pueblo:	56
El tajo del Sombrerillo:	57
La juventud:.....	59
La noche de San Juan:.....	61
Los personajes de mi pueblo:	65
Los novios en el pueblo:.....	67
Los carnavales en mi pueblo:	70
Mis antepasados:	71
Murió el abuelo Ángel:	72
Mi abuela María, mi abuela paterna:.....	73
Mi pueblo en los años treinta:	75
Mi familia:.....	77

Juan Carmona:.....	79
Las fiestas patronales:	80
La política del pueblo:.....	81
Ratos de angustia:.....	82
La huida de mi familia:	83
Las fuerzas rojas:.....	87
La guerra:	92
Mi padre:	93
La Guerra Civil:	103
Mis raíces:	106
Era el año mil novecientos treinta y nueve.	107
La guerra:	108
Las sierras alpujarreñas:	109
La guerra fría:	109
Mis familiares:.....	110
Una mañana triste:.....	112
Todo se arregló:.....	118
Mi madre reflexionó:.....	121
Los años del hambre:.....	122
Los años cuarenta:	128
Formalizó una fiesta:.....	128
Los bandoleros:	130
El día de San Juan:	133
Los rojos bandoleros:	135

Nuestro noviazgo terminó:	138
Los años cuarenta:	139
Mi abuela María Camila:.....	139
Mi pueblo Cástaras:.....	142
Los mozos, como les llamaban en el pueblo:.....	143
Las mujeres:	147
La trilla:	147
Mis padres:	148
Mi barrio:.....	149
El pan:	153
Las comidas típicas de mi pueblo:	154
En los años cincuenta:	158
En los años sesenta:.....	162
La crisis en España:.....	165
Cástaras resucita:.....	166
Cástaras mi bello pueblo:	168
Mi pueblo, Cástaras.....	171
Así es mi pueblo	173



LEONOR ALMENDROS.

Es una madre de familia numerosa. En su edad madura quiso escribir sus memorias, *Una vida con espinas*.

Se sentía feliz en este campo de la escritura, siguió escribiendo poesías y ha publicado un libro titulado *Vida y amor*. Contiene unos poemas muy tiernos sobre la vida y el amor. Necesitaba seguir escribiendo, lo hizo con una novela titulada *Marinera* que encierra una vida dramática con tiernas aventuras de amor del personaje, quien después de una vida de sufrimientos se le abre una ventana a la felicidad al conocer a un hombre con el que se casa y es feliz.

Después escribió otro libro, *Mi pueblo y mis raíces*. Trata de la vida y costumbres de su pueblo, de la Guerra Civil española y de toda su rama familiar desde sus antepasados, es una historia real.

A continuación, dio a luz otro libro de cuentos de terror, que termina con una serena paz, *Cuentos basados en mis sueños*.

Tuvo que hacer un viaje a Estados Unidos, concretamente a California, en el cual recorrió las ciudades californianas, recopilando historias de El Paso, de cuando esos sitios se repoblaron y cómo se encontraban en la vida actual y las vivencias de su viaje; de esta experiencia surgió *Mi viaje a california*. Luego escribió otro de poesía, *Gaviota en vuelo*. Actualmente está elaborando una novela que se titula *Una gata en celo*, es la historia de una chica revoltosa que terminó quitándole los novios a sus amigas.

Leonor colabora a través de sus trabajos con varias revistas como *Memorandum* y otras más. Su poesía es reconocida en Tarragona, cada año sale en el libro de fiestas. También

ha escrito un libro de poemas titulado *La sombra del destino*.

Leonor sigue escribiendo, le encanta la poesía y por eso montó en Barcelona una tertulia literaria poética, en la que lleva ya siete años actuando como coordinadora en casas regionales y centros de jubilados, en los que también hace recitales poéticos.

El significado de esas tertulias es ayudar al nuevo escritor, que no es conocido. En ellas se leen sus escritos, después de ser aplaudidos se comenta su contenido y la calidad del poema o narración. Esto es una ayuda para darlos a conocer y que den su primer paso en el arte.

Leonor piensa seguir escribiendo, su ilusión es la creación literaria y se siente feliz dentro de este campo.



Historias de la saga familiar, recuerdos de infancia y juventud, impresiones, emociones, vivencias... Un relato autobiográfico de Leonor Almendros, que acontece en Cástaras, la aldea donde nació, creció y transcurrió casi un tercio de su vida.